*QUERIDA SHIRLEY: Hoy me volví mala.*

***Autor:*** *Javi Tarancón*

***Correcciones y Estilo****: Adrián Bautista*

*A mi madre, por haberme enseñado a reírme de todo,*

*a reírme de todos,*

*y sobre todo por enseñarme a reírme de mí.*

*A Adrián,*

*por su paciencia infinita,*

*por este trabajazo estilístico,*

*por su bondad, por su generosidad*

*y por ser un compañero de vida.*

*A Bongo, Cora, Safo, Talía, Bienve*

*Trosky, Edi, Babú, Shirley y Frodo*

*porque una vida sin mascotas no es vida.*

**NOTA DEL AUTOR**

Esta novela nació a principios del año dos mil siete, poco después de morir mi madre, aunque en aquel momento la madre de Margarita aún no tuviera el protagonismo que finalmente adquiriría en la novela. La presencia de aquella ausencia, ya permanente, de mi madre, constituía la idea y la causa principal de la misma, aunque yo, en ese tiempo, aún no lo supiera. ¿Sería posible superar el dolor de la muerte materna en algún momento? Difícil, muy difícil. Fue entonces cuando una idea comenzó a rondar mi mente, el dolor sería más soportable si mi madre, durante toda su vida, hubiera hecho insoportable la mía.

Y así, con esta idea, poco a poco fui dando la vuelta a la forma de ser de mi madre y transformándola, intentando resolver el dilema: por un lado, sentía la necesidad de que su imagen perdurara en mi tiempo y de acercarla a aquellos que también querían recordarla, por otro, aunque su gracia e ironía no tenían límites, no me sentaba bien retratarla con cariño. Aprendí así a despreciar su personaje en la novela y aquel recurso me ayudó a superar mi dolor, a pesar de los millones de expresiones suyas que puedo reconocer en la madre de Margarita, mi dolor se alivió al verla descrita con tanto desprecio, Este no es un relato autobiográfico, por más que en la vida real yo ande mucho más zumbado que la protagonista, no, esta novela es, sencillamente, un antídoto al sufrimiento y un sentido homenaje a mi madre.

Dos mil siete fue un año triste y alegre a un tiempo, por múltiples razones; una mañana de aquel año, al entrar en la sucursal de un banco para hacer unas gestiones, se me ocurrió una historia de amor imposible que terminó convertida en un breve relato de cuatro páginas, una historia de vida que, paradójicamente, encajaba a la perfección en aquella idea de rendir tributo a mi madre en una novela. También aquel año Grecia se instaló en mi vida y aprendí a amarla mientras la exploraba a lo largo de los siguientes cinco años.

Y así, sin apenas proponérmelo, comencé a escribir una tragicomedia imposible de luces y sombras, dura historia de dolor, acoso, soledad y sueños frustrados pero enfocada y contada desde la comedia y el humor, retratada con la carcajada de la ironía, intentando buscar siempre la luz al final del túnel, esa pequeña chispa que nos permite avanzar y seguir adelante pese a todo. También esto lo aprendí de mi madre, esa vis cómica salvadora, esa necesidad de buscar la parte divertida de la vida y suavizarla, por muy dura y cruel que nos resulte a veces. Una historia que ha tardado catorce largos años en escribirse, que ha pasado por mil versiones, que ha sido retocada hasta el aburrimiento y a la que he querido y odiado a un tiempo, que ha crecido conmigo como una sombra y en la que encallé durante años, incapaz de pasar del capítulo ocho. Muchas veces olvidada y repudiada, me obligaba luego, al retomarla de nuevo, a una exhaustiva revisión por haber envejecido con el paso del tiempo y haberse tornado otra mi mirada, cambiando y reescribiendo cada capítulo, en un círculo infinito y enfermizo que no cesaba nunca, incapaz de terminar y ponerle punto final y obligado constantemente a retocar, y retocar, y retocar.

Hubo en todos esos años sufridores de infinita paciencia que soportaron mi insistencia y mis incertidumbres, victimas impagables de mis dudas, titubeos y nervios al escribir la novela, Adrián (a él quiero dedicarle otro párrafo), Sarah (¡cuántas horas de aeropuerto leyéndote!), Concha, que entre puntada y puntada de costura se vio obligada a abrir bien la oreja y escucharme, a Joaquín, a Ernesto, a Nanna, que en menos de una semana se la leyó y la tradujo al griego, a Marta ….

Con todos ellos estaba en deuda y les debía un trabajo completo, no sólo capítulos sueltos, así que me animé a editar cincuenta ejemplares y minuciosamente se los entregué a los sufridos lectores con la intención de que me trasladaran su opinión sobre aquel texto en bruto (aún estaba sin corregir) y poder con sus consejos decidir sobre el futuro de la historia. El resultado fue realmente satisfactorio: siete ni la leyeron y creo que tampoco lo habrán hecho hasta ahora, dudo que lo hagan algún día; otro comentó que no le había hecho mucha gracia pero que tampoco lo había pasado mal con la lectura, también hubo uno que me repitió encarecidamente que mi novela era una auténtica mierda, pura basura. En fin, hasta ahí los comentarios negativos, porque la verdad es que el resto, los otros cuarenta, estaban emocionados con el libro y francamente, me trataron casi, casi, como a un auténtico escritor. Les fascinó tanto que incluso hoy, un año después, siguen hablando y haciendo comentarios elogiosos de la novela. Ya, ya sé, la suma de los que acabo de enumerar no completa los cincuenta ejemplares, falta uno, pero es que ese decidí quedármelo yo de recuerdo. En resumen, todos estos comentarios me animaron a intentar publicarla y tras tomar la decisión, quedaba la dura tarea de corregir, ordenar, aclarar, pulir, en fin, la tarea más ingrata y dura de todas, pero eso sí, con el aliciente de esos comentarios favorables resonando en mi oreja.

Y aquí entró en acción Adrián Bautista, a él le debo este resultado final del que me siento sinceramente satisfecho, le agradezco su trabajo impecable, su paciencia y aguante ante mis ataques de histeria cada vez que retocaba algo que yo no quería cambiar y, en definitiva, su dedicación y esmero por culminar ese espléndido trabajo y llegar hasta el final, aceptando estoicamente algunos de mis rechazos a sus correcciones. Ojo, digo algunos porque la mayoría fueron aceptados. Y gracias, sobre todo, por resistir y continuar la labor incluso cuando yo ya había tirado la toalla. Leerla ahora me hace sentir tan feliz como el día en que la terminé. Esta obra que tienes en tus manos ahora será siempre el resultado de un trabajo en equipo, un trabajo del que me siento doblemente orgulloso. No basta con inventarse una historia, hay que saber escribirla.

También quiero incluir en este agradecimiento con una mención especial a María Pérez que desinteresadamente iluminó este libro con una última revisión y terminó de pulir la novela.

Tan solo espero que la disfrutes y te haga pasar un buen rato, esa fue mi pretensión fundamental al escribirla, intentar sacar una sonrisa de aquel lector que le tocara en suerte.

Finalmente, me resta advertir que todos los personajes del libro son ficticios, ninguno, salvo Babú, está basado en personajes reales. Aunque eso no impida que algunas anécdotas sean verídicas y robadas a ciertas personas, confío en que nadie se ofenda si casualmente se siente identificado, o si encuentra un pequeño trozo de su vida entre las páginas del libro, sinceramente, su aparición constituye más un acto agradecido de reconocimiento y cariño por haberlas compartido conmigo, sin ellas no habría sido posible completar esta novela.

**PRIMERA PROMESA. -**

Ha llegado el momento de darle a mi cuerpo un homenaje (aunque sea sólo por llevarle la contraria a mi madre); acabo de cumplir cincuenta y cuatro años y te prometo que, antes de cumplir los cincuenta y cinco, habré dejado de ser virgen.

**SEGUNDA PROMESA. -**

Sabes que nunca he viajado en toda mi vida (salvo una única vez siendo muy pequeña), pero te prometo que, cumplida mi primera promesa, tendré el valor suficiente para atravesar el continente y encontrarme contigo; después de tanto tiempo sin vernos, ¡por fin iré a visitarte a Grecia! A ti, a mi única y verdadera amiga, aquella que una tarde lejana me confió los secretos más íntimos de su vida.

**TERCERA PROMESA. -**

Ya estoy harta de ser, en mi trabajo, tan sólo una parte más del mobiliario, harta de no ser tenida en cuenta, harta de burlas y de tantas bromas sobre mí, te juro que, aunque no sé cómo podré hacerlo, se van a terminar acordando de mí durante toda su vida, te garantizo que, desde entonces, ya sólo hablarán de mí y me recordarán como la Hija de la Gran P… que pasó por el Ministerio y lo arrasó.

También te juro Shirley, que no descansaré hasta dar por cumplidas estas tres promesas y, para dejar constancia de este juramento y no olvidarlas, las pongo aquí por escrito, así me acordaré de ellas todos los días, cada mañana al levantarme y cada noche al acostarme.

Fdo. Margarita López

# Uno

*Mi madre fue la primera persona en entender la simbología y el significado de las teclas de los nuevos aparatos tecnológicos que poco a poco fueron invadiendo nuestra vida cotidiana. Todo comenzaba a funcionar cuando se pulsaba la tecla “on” … “onde se enciende”*

**Mi muy querida Shirley:**

Seguramente estabas metiéndote en la cama en el mismo instante en que mi madre se moría, tú eres muy de trasnochar, de eso no tengo duda. Te estabas metiendo en la cama y al echarte la sábana por encima, una sábana húmeda y fresca con olor a sal y a sol que impregnaba todo tu cuerpo con la brisa de un mar que yo nunca he podido ni ver ni oler, justo en ese instante, mi madre me dedicaba todo su amor con sus últimas palabras, ¡Malapuutaaa!!! La vida está organizada así Shirley, instantes unidos cronológicamente, puras y extrañas coincidencias. A un tiempo, tú te metías en la cama, ella moría y yo, sencillamente, me hacía tres promesas que tendría que cumplir antes de morirme físicamente del todo.

La vida me enseñó que hay dos formas de morir; una es la física, esa en la que, por más que lo intentas, no puedes levantarte para demostrar que aún estás viva, y la otra, la peor de todas, aquella en la que para la mayoría de la gente ya estás muerta desde hace mucho tiempo porque, simplemente, no existes. Esta última muerte es terrible y brutal ya que, aunque duela, tienes que seguir levantándote cada mañana hasta que llegue la otra, la que cierra todas las heridas y te permite, al menos, descansar para siempre. Una vez leí, en una novela, que el castigo que infligían los clanes prehistóricos a los que incumplían una norma, consistía en condenarlos en vida a esa segunda muerte. Aquel acto me impresionó muchísimo porque, al final, eres tan invisible para todos que terminas llegando, tú sola, a la primera, la física. Con los años comprendí que aún hoy, en estos tiempos tan modernos, seguimos igual, infligiendo y extendiendo ese mismo castigo por el mundo.

Así que mis promesas iban dirigidas a esas dos muertes, a aquella en la que el corazón deja de latir y, como decían en el pueblo de mi muy querida madre, “no sé dónde vamos, pero a criar malvas seguro” y a aquella otra en la que te toca caminar como un cadáver por un mundo en el que pasas totalmente desapercibida y al que, sinceramente, le importas una mierda.

Mi primera promesa, que juré justo cuando mi madre exhalaba su último aliento, fue que antes de cumplir los cincuenta y cinco, dejaría de ser virgen.

La segunda, al imaginarte metiéndote en una cama junto al mar que, cumplida la primera promesa, tendría el valor suficiente para visitarte; promesa tan inalcanzable como la otra porque, entre otras cosas, nunca tuve valor para viajar sola, acompañada tampoco.

Y la tercera, y no menos importante, la de volverme tan mala persona como mi madre siempre pronosticó. Y juro no descansar hasta que en el trabajo sólo me recuerden por ser una hija de la gran puta y no como una parte más del mobiliario. Esta es la que más me ilusiona y he de confesarte que hasta me excita, solo hay un pequeño problema: no sé cómo hacerlo. Pero, por un precioso instante, la imagen de mi Ministerio ardiendo con todos mis queridos compañeros dentro, tomó forma.

Como te decía, Shirley, mi madre consiguió lo que muy pocos consiguen en la vida física (aunque para ella todo fuera una prueba de Dios): el altísimo le permitió enterrar a todos sus familiares, amigos (si tuvo alguno) y conocidos. Sus pocos enemigos declarados eran mi padre, Stalin, Satanás y yo, la peor de todos. El resto del mundo no existía para ella. Y también logró cumplir su gran promesa, enterrarme en vida. Su único propósito desde que nací fue hacerme tan infeliz que no importase si estaba viva o muerta, y lo consiguió, ¡vaya si lo consiguió!

Cuando estás en el tanatorio se te pasan muchas cosas por la cabeza que no puedes controlar, viajan solas y te revuelven con imágenes. Sin embargo, por la mía solo pasaba una, largarme a mi casa vacía y comenzar a escribirte. ¿Por qué tenía que seguir allí esperando? ¿Esperando a qué? Total, mi madre no iba a moverse hasta el día siguiente, cuando se la llevaran para incinerarla. Mi única obsesión era plasmar en un papel lo que siempre te conté de viva voz, muy bajito, a ti mi confidente; y así, fijar por escrito mis promesas contigo como testiga. Porque tú, solo tú, eres mi única y verdadera amiga. De este modo, para mí, esta carta será como un contrato firmado que estaré obligada a cumplir sí o sí, y al verla cada mañana se renovará mi promesa. Fijar las ideas por escrito nos ayuda a no olvidarlas. Si no, rápidamente se las comen otras ideas contradictorias que nos vienen a la mente en carrusel, y se olvidan. Por eso, el papel es importante para escribir una promesa, o dos, o tres; ayuda a que se cumplan. Mi madre le hacía las promesas a San Germán, yo quiero hacértelas a ti.

Por el tanatorio ha pasado muy poca gente, normal, por parte de mi madre ya estaban muertos casi todos. Si alguno vino, yo no lo he visto, y por mi parte, como también estoy muerta, tampoco ha venido casi nadie. Los únicos asistentes: la analfabeta de la Dientes, la zorra de Leyre, el borracho del Interventor, Herminia, la teatrera (que, aunque su madre está viva, solo ella sabe lo que significa perder a una madre), la loca de San Germán con sus inseparables hermanas y Kasandra, la agorera, esta última con el único propósito de cotillear para informar después del evento a quien la quiera escuchar, aunque estuvo incluso menos tiempo que Herminia. Si Marisol y Maricarmen son nuestras informadoras de planta, Kasandra es la informadora ministerial, esa es su misión en la vida, da igual que diga la verdad o que mienta, ella informa y punto. Le puse el mote de Kasandra porque cuente lo que cuente, siempre es malo. Para que me entiendas, ella pasó por aquí, me dio dos besos y el pésame, miró a su alrededor y se marchó sin hacer ruido. Después contará mi poca vergüenza por no estar llorando, que mi madre parecía una mendiga con ese camisón que llevaba, que yo estaba borracha, que intenté tocarle una teta, y yo qué sé que más, lo que sea. Todo el mundo la teme porque es capaz de hundirte la vida en veinte segundos. ¿Será por eso por lo que tiene tantos amigos? Vamos Shirley, que prácticamente he estado todo el tiempo sola, bueno, con la Dientes, que es como estar sola, con la radio sonando en una emisora que no se entiende, en parte porque estaba mal sintonizada, en parte porque no interesa.

Imagino que tendrás mucho lío en el restaurante y, además, seguro que lo que voy a contarte te da igual y ni te importa, al fin y al cabo, aunque seas mi mejor amiga, lo único que puedo contarte son vidas ajenas. La mía no existe.

Tras este preámbulo aquí sentada frente a mi vieja máquina de escribir, aún intento quitarme de la cabeza las últimas palabras que me dedicó mi querida madre antes de morir:

¡Malapuutaaaaa! (Qué lindo)

Tampoco sé que hago escribiéndote en castellano. Intentaré que no sea muy complejo porque no sé si en todos estos años has sido capaz de entender el castellano a este nivel. En realidad no sé si en todos estos años has aprendido algo de castellano. No puedo escribir mis memorias en inglés, que sé que es tu lengua nativa, porque no hablo ni una sola palabra del idioma y, aunque imagino que a estas alturas ya hablarás griego a la perfección, tampoco conozco muchas palabras, solo las pocas que he aprendido a fuerza de memorizarlas viendo un diccionario. Así que fíjate qué disparate, estoy escribiéndote en un idioma que no vas a entender cuando lo leas. No importa, yo lo escribo y ya, si eso, y si tienes interés, le dices a alguien que te lo traduzca, no quiero que esto sea un obstáculo para conseguir mi propósito.

Malaputa tiene una traducción terrible porque si ya es pecado mortal ser puta, crear una nueva palabra añadiéndole el adjetivo por delante, eso ya es tremendo. Sé que los griegos tenéis una palabra muy bonita para decir prostituta: Πεταλούδα της νύχτας – Mariposa de la noche (créeme que malaputa no tiene nada que ver con eso) y viniendo de una madre, peor todavía. Si hay una palabra griega para decir polilla de la mierda, esa es la traducción. Malaputa, ¿cómo es posible que sea la única palabra capaz de resumir la relación con mi madre?

Mi querida y amada madre pasó los últimos años de su vida sentada en una silla de ruedas, sin salir de la enorme casa en la que vivíamos, una casa céntrica de nuestra propiedad en pleno barrio de Salamanca, una casa enorme y fría, con unos vecinos tan costumbristas y rancios como nosotras mismas, una casa añeja y caduca, de las que te obligan a vivir siempre de puertas adentro, las mirillas se inventaron con el único fin de poder observar y criticar a los vecinos que deambulaban por el descansillo sin exponerse demasiado, desde el anonimato. Mi madre se sabía las horas de salida y llegada de casi todos, no necesitaba anotarlo en ninguna agenda, incluso allí donde no llegaba el campo visual de la mirilla, llegaba mi madre. Al menos no era tan arriesgada como la pobre Doña Inés, que salía al descansillo a mirar el interior de las bolsas de basura que dejábamos junto a la puerta para que las recogiera el portero. Así, el equipo que formaban mi madre y Doña Inés era equivalente al Mosad y al FBI juntos.

Malaputa, con esa tierna palabra se despidió de mí la muy hija de la gran puta, dándome así las gracias por todo mi sacrificio. *…¡Malapuuutaa!...* Pobrecita mía que en gloria esté, ya se enterarán allí arriba de la joya que se llevan. Mi primer pensamiento fue que en cuanto San Pedro hablara con ella para hacerle la ficha celestial, seguro que me la mandaba de vuelta unos años más, quizás esa fue la razón de mi insistencia nerviosa para que la incineraran cuanto antes. Ahora que por fin se había marchado, no era cuestión de que me la devolvieran.

Sus últimos meses de vida los tuvo que pasar en el dormitorio y para ella no había nada peor que eso, aquel encierro era su fin porque se acabó su dominio, se le acabó fisgonear en mi habitación (aunque seguro que, aprovechando mis horas laborales, mandaba allí a la chica que la cuidaba). Cada mañana, antes de irme al trabajo, entraba en su habitación para despedirme de ella mientras Jeniferisabel le preparaba el desayuno que ya no se tomaba y que yo sospechaba que la cuidadora devoraba en cuanto salía por la puerta, a mí me daba igual, Jeniferisabel nunca fue amable conmigo, era la discípula de mi madre y seguramente de San Germán. Tampoco se acercó al tanatorio, a pesar de que yo la avisé. Pues bien, cuando la chica estaba en la cocina, yo aprovechaba para darle a mi madre un beso de despedida en la mejilla, no quería que oyera lo que me decía tan cariñosamente tras el beso, emitía ese leve susurro, ese calor maternal que te acompaña cada vez que una madre se acerca a decirte algo al oído, *¡Malapuutaaaaaaa!* Y con ese susurro enternecedor, la muy cabrona, se murió.

Terrible noche de finales de septiembre en la que una premonición me despertó cuando la casa estaba totalmente en silencio (esto, Shirley, se me ha ocurrido ahora porque quedaba más poético pero, en realidad, la casa siempre estaba en silencio), lo cierto es que aquella noche yo sabía que algo no iba bien (si alguna vez algo fue bien en esta casa), pasados esos segundos en los que te quedas sin respiración esperando a que algo suceda, volví a conseguir quedarme dormida y, justo entonces, escuché el golpe de un vaso chocando contra el suelo, un golpe seco, de esos que te atraviesan el alma incluso antes de sonar, pensando en la cantidad de cristalitos que estarás obligada a recoger durante semanas. Me levanté de la cama y fui hacia su habitación convencida de que habría vuelto a tirar el vaso de agua que todas las noches dejaba en su mesilla (costumbre inútil porque últimamente ya no le quedaban fuerzas para sujetarlo). Al agacharme a recogerlo me sorprendió de nuevo la reflexión de siempre, ¡que duros son los vasos de Duralex!, ¡con la cantidad de veces que se ha caído y no se rompe nunca! Y pensando en la dureza de los vasos me acordé de ti y me llegaron a otro espacio del cerebro las tres promesas, todo a la vez, mi madre agarrada a mi pelo, un Malaputa que se instaló en el aire, las tres promesas y tú.

Se agarró a mi pelo con tanta fuerza que, tres días después del funeral, aún seguía teniendo dolores de cabeza. Por primera vez agradecí que la naturaleza no me hubiera regalado una cabellera tan estupenda como la de Doña Inés. Mis pelos parecían estar siempre enfadados entre sí, distanciados, empeñados en hacer ver a todo el mundo que yo era de escasa melena, pero de una escasa melena con vida propia, imposible darle una forma coherente. Siempre tuve que llevar pelo corto, de joven lo llevaba cortado como las señoras mayores y ahora que ya soy una señora mayor, lo llevo cortado como una señora mayor. Mi madre me contaba la historia de mi pelo, ella siempre dispuesta a contar una anécdota cariñosa para explicar mis problemas, me decía que el día que se estaban repartiendo los pelos en el departamento de pelos del limbo, yo debí de llegar tarde, cuando ya estaban barriendo, y me vaciaron el recogedor encima de la cabeza. …*ya en el limbo sabían que eras una furcia, solo las furcias tienen el mismo pelo que tú, por eso todas llevan peluca…*

Lo más curioso de ese momento sublime fue que, mientras yo chillaba por el dolor que me estaba provocando mi madre agarrada firmemente a mis pelos y volvía a decirme su Malaputa, lo pronunció tan claro y en un tono tan alto, (hacía ya mucho que su voz era un susurro), que aquel Malaputa sonó perfecto y rotundo, como cuando su voz no era aún la de una frágil e indefensa anciana cabrona. Y se murió, dejó de respirar justo en el momento en que tú te metías en la cama y yo gritaba al aire mis tres promesas con la esperanza de que el oído de mi madre pudiera aún escucharlas.

Estaba deseando llegar a mi casa, a su casa, a esta enorme casa en la que por primera vez puedo cerrar todas las puertas, libre, segura, con la certeza de que ya no está, ahora solo existe dentro de una urna del tamaño de un huevo de avestruz.

Estoy agotada, machacada, muerta, ya sabes, y sin embargo, aunque no siento las piernas, tengo una extraña sensación de paz, como el nirvana ese de los indios; Por toda la casa, por cada rincón, busco, sin éxito, esa sensación que todos cuentan cuando alguien se va para siempre, …*Hace tres meses que murió mi Juan y todavía le oigo respirar en la cama. -Hace dos años que se nos fue el siamés y chica, aún aparecen pelos de gato por cualquier sitio, como si siguiera restregándose por las cortinas el cabrón del gato. …* pero por más que busco, nada de nada, solo silencio, tan denso que se mastica, solo se rompe con cada golpe de tecla en la máquina de escribir, la mismita con la que preparé mi oposición pero aún tira, tan vieja como Herminia (nunca me lo dijo pero seguro que ella inventó la primera máquina).

Si por un casual mi madre hubiera oído en medio de la noche un solo golpe de tecla, seguro que, con esa educación suya, me hubiese dicho, sutil como siempre, que por favor dejara de escribir. *… ¡Malapuuutaaaaa! ¿Qué coño haces tocando la tecla a estas horas, no ves que la mama no puede dormir? Estate quieta y no te toques, ni tú ni la maquinita ….* Aunque ya era una anciana, me daba pavor, por eso ahora, por primera vez en cincuenta y cuatro años estoy disfrutando, dándole a las teclas, haciendo ruido y sin oírla, ¡que gloria! Y también por primera vez, ya ves que tontería si estoy sola, he cerrado la puerta de la habitación sin miedo a sus reproches. *¡Margaritaaaa! ¿Qué hace la puerta de la habitación cerrada? -La habrá cerrado el aire madre. -Las niñas buenas Margarita, duermen con la puerta de su dormitorio abierta, las malas o las muy zorras, cierran las puertas para tocarse aquello que no se debe tocar. -Madre, ¡que tengo cuarenta años y estoy leyendo en la cama! -Entonces deja la puerta abierta y así mamá no pensará que eres de las zorras…*

¡Qué poca vida en tantos años! Tengo tan poco que contarte, y lo que es peor, qué pocas alegrías. Por eso me recreo pensando en seguir tu ejemplo algún día, y me alegro imaginando que en algún momento tendré el valor de hacer lo que tú, aunque claro, yo ya tengo cincuenta y cuatro años y tú, con solo cuarenta, tomaste las riendas de tu vida; si se hubiera muerto entonces, pero también para eso llego tarde, Margarita la zorra tiene exactamente cincuenta y cuatro años.

Bueno, a lo que iba, en el tanatorio se te pasan muchas cosas por la cabeza y, como la Dientes estaba sentada junto a mí, me dio por pensar en comprarme un mono, ¡siempre quise tener uno Shirley!, bueno, en realidad lo que quiero es un chimpancé, porque siempre me hizo gracia la mona Chita pero, siendo práctica, mejor un mono Titi de esos, aunque también para eso llego tarde, con cuarenta aún me lo plantearía, pero viven más de cincuenta y no veo al pobre mono cuidándome postrada en la cama, agonizando como mi madre.

De las tres promesas, la de dejar de ser virgen es la segunda que me parece más difícil, no por mi físico, si tuviera que describirme tal y como soy ahora, diría que me sobran algunos kilitos, no sé, veinte o cuarenta, cojeo un poco porque tengo un dolor constante en una rodilla que me está matando, no visto elegante (apenas tengo tres vestidos que combino a la perfección semanalmente para ir al trabajo y los fines de semana los paso en camisón), genéticamente tengo una bonita dentadura y no tengo ni un solo grano en la piel. En resumen, si no se me nota la cojera puedo parecer una mujer de unos cincuenta años. Algunas compañeras del trabajo están como yo o peor y tienen hijos y maridos y Herminia seguro que, si le preguntas, hasta nietos tiene. Si es que incluso la Dientes está casada, que mira que es simple y fea la pobre.

Mi problema es que se palpa a la legua mi desinterés por la vida, igual es porque ya estoy muerta, pero estoy convencida de que esa falta de interés hace que no le resulte interesante a ningún hombre y, quitando a la Dientes, también me doy cuenta de que tampoco soy interesante para ninguna mujer. Ahora que lo pienso, la verdad es que la Dientes no entra en la categoría de mujer, es lo más parecido al monito que quería comprarme, lástima que de vez en cuando hable.

Si mis compañeros de trabajo supieran todo lo que sé de ellos, igual hasta me tenían en cuenta, pero como jamás les he dado la mínima señal de lo bien que los conozco, mejor incluso que ellos mismos, ni me prestan atención, bueno, solo para burlarse a mi costa. Sí, Shirley, se ríen de mí, y no me extraña, a mi edad, medio calva, con un poquito de sobrepeso, hablando con una silla y viviendo con mi madre, tú me dirás, ¡normal! A veces me entran unas ganas de subirme a la mesa y soltarles a bocajarro todo lo que sé como una posesa, esa sí sería buena, los dejaría de piedra, entonces sí que sí, se acabarían las burlas, me respetarían por miedo, como a Kasandra, y es que Shirley, durante todo este tiempo, mi cabeza, como una esponja, ha ido absorbiendo sus vidas al milímetro, quizás porque en la mía no había nada que retener, podría enumerarte ahora mismo las fechas de cumpleaños de todo el personal de mi planta y eso que somos más de cincuenta. Supongo que no tendría mucho mérito si uno se esfuerza en aprenderlo y lo memoriza, pero cuando además te sabes hasta las fechas de cumpleaños de sus maridos, de sus hijos, la fecha en la que vinieron a trabajar al Ministerio, sus divorcios y separaciones, ya la cosa cambia, eso sí que es mérito, y no creas, no me esfuerzo demasiado, casi sin darme cuenta los números entran en mi cabeza y ahí se quedan, en algún rincón de mi memoria, claro, ¡hay tanto hueco!

Desde hace un tiempo ya no tengo acceso ni al archivo de personal, ni a sus expedientes, ni a sus fichas, y me he quedado relegada en mis funciones; justo cuando la informática comenzó a eliminar la documentación escrita, también a mí me eliminaron por innecesaria y dejé de poder acceder a sus datos, no me adaptaba al ordenador, ¡que ironía!, ¡si en mi cabeza ya los almacenaba todos! ¿para qué necesitaba yo ese maquinorrio? Y no solo me quedaba con los números, Shirley, también mis oídos registraban todo, yo, desde mi rinconcito, me iba empapando de sus conversaciones y de sus vidas, escuchando durante años desde mi mesa sus historias y claro, desde mi vida anodina e insulsa, las iba transformando y reinventando hasta hacerlas mías, sí, sí, apropiándomelas, así, para mí, yo era la protagonista o la víctima de todas y en mi cabeza fue armándose una vida ajetreada, arriesgada y, aparentemente, normal.

Pero no, Shirley, no es lo que piensas, ya te he dicho mil veces que no estoy loca, soy consciente de los robos, soy una ladrona, una furtiva, sí, pero no tengo más remedio, no me queda otra, si solo me quedo con mi vida, la de verdad, no hay dónde rascar, es un libro en blanco, una libreta vieja sin usar, una vida muerta, intenta imaginar por un momento que me hago famosa, sí, ya sé, difícil, ¿y por qué no?, si por un casual me hago famosa y alguien se empeña en escribir mis memorias, ¿entonces qué? Pues eso, nada de nada, bastaría que se sentara conmigo media hora, o menos, y ya estaría terminado, el resultado sería algo así:

La ilustre Margarita López gozó de una infancia rodeada de libros y de magdalenas con chocolate. Jamás tuvo a la Nancy enfermera. Tras el abandono del hogar por parte de su padre siendo aún muy pequeña, su madre no le permitió muchas salidas, o mejor dicho, ni la niña, ni la adolescente, ni la mujer, pisaron nunca la calle solas, siempre custodiada por la madre para ir al colegio, a misa e incluso al trabajo, siempre protegida hasta ya muy mayor, y no por falta de intención sino porque a la madre ya se le hizo muy pesado acompañarla o buscarla a la salida, entre otras cosas, por la necesidad de tener que empujar la silla de ruedas y porque tampoco tenía forma de volver tras dejarla en el trabajo. La Ilustre ya tendría unos cuarenta y cuatro años la primera vez que pudo acometer la proeza de volver sola a casa (desde el trabajo claro), tampoco había otras salidas. Su madre, una mujer de las de siempre, que hizo de su vida una cruzada para proteger a Margarita de cualquier hombre, moldeó a esta insigne “niña” a su voluntad hasta conseguir eliminar de su cuerpo cualquier rastro de deseo. Al cumplir los dieciocho se puso a trabajar en el Ministerio de Educación y Cultura como funcionaria y allí permaneció hasta su jubilación. De su vida podemos destacar lo siguiente: cada día laborable iba y volvía del trabajo a la misma hora, los sábados y los domingos los pasaba con su madre, comía magdalenas con chocolate, jamás se tocaba en la cama y siempre cogía las vacaciones en septiembre, época en la que hacía menos calor y que aprovechaba para ordenar armarios y leer alguna revista. Fin.

¿Cómo sobrevivir sin caer en la depresión con esa vida? Fácil, inventándote otras vidas, soñando y soñando y después, seguir soñando para poder llegar al trabajo con una amplia sonrisa y que esta panda de cabrones no piense, ni por un momento, que estás acabada desde que naciste. Por desgracia, a pesar de todo esto, lo piensan, pero al verme con esa sonrisa de imbécil, seguro que creerán que, además, estoy atiborrada de pastillas.

En fin, que me quedé ahí, sentada en el suelo y con su mano agarrada a mi pelo, consciente de que ya no respiraba, notando como poco a poco su mano se iba quedando fría, escuchando la palabra que aún rebotaba en la habitación: ¡Malapuuutaa! Me ha dado tiempo para hacer un viaje astral y verme, desde el techo de la habitación, sin bragas y con una camiseta azul de la que, por uno de los rotos que tiene, se me sale una teta enorme. También he podido ordenar mentalmente la lista de todas las personas a las que tenía que avisar: ninguna; la primera que me pasó por la cabeza fue la Dientes, me sé de memoria el teléfono de su casa, en realidad sé de memoria los teléfonos fijos de todos mis compañeros y ahora, en este trance, también he añadido a mi agenda mental sus números de móvil. Nunca llamé a ninguno, pero ahí están todos en mi cabeza, almacenados y por orden alfabético. Al principio, cuando comencé a trabajar en el Ministerio, cada dos o tres semanas, al llegar a casa, anotaba un número en la agenda que había junto al teléfono de la entradita. En casa el teléfono era muy importante y teníamos dos, uno a la entrada y otro en el dormitorio de mi santa madre para que así, en cualquier momento, pudiera llamar a San Germán para informarle de mis nuevas maldades de la última semana; y con esa importancia hubiera seguido hasta el fin de los días de no ser por el descubrimiento del presunto idilio de mi madre con ese cura de dudosa orientación sexual, aunque bueno, eso ya es otra historia…

Tras ese pequeño incidente ya no volvió a llamar nadie nunca, aunque yo, anotando esos números en la agenda de vez en cuando, le demostraba a mi madre que, después de todo, no era tan malaputa como ella pensaba si había podido hacer amigos en el trabajo. Y para que fuese aún más creíble y como a mí me correspondía el pago de la factura de teléfono, (eso y también el resto de gastos de la casa que para eso ya tenía un sueldo y a ella le había arruinado la vida), alguna tarde, de regreso, descolgaba el auricular y hacía como que hablaba con alguien y aunque, obviamente, lo único que oía era el tú-tuuu del teléfono indicando que no había línea por haber excedido el tiempo de marcado, en mi cabeza, te lo juro Shirley, yo escuchaba la voz de la persona imaginaria al otro lado de la línea. Llamaba mucho a Mercedes Serret para darle las gracias por invitarme al desayuno y nos partíamos de risa cuando me contaba cosas como que se había enganchado un tacón en la alcantarilla de al lado de su casa o que, durante una cita con su novio, el cabrón no le dijo nada a pesar de ver cómo se le volaban las pestañas postizas y aterrizaban pegándose en su frente. También hablaba con la Dientes y le preguntaba por sus hijos (aunque no tenga) y a veces, haciéndome la interesante, callaba un rato para luego asentir como si me acabasen de revelar un importante secreto. Créetelo Shirley, disfrutaba enormemente con estas charlas y se me pasaba el tiempo sin darme cuenta.

Otros días, cuando no me apetecía hablar, aprovechando que mi madre estaba en la cocina, pasaba por su lado para decirle que iba a llamar a Kasandra un momento porque me había dejado a medias con un comentario esa mañana. Las llamadas a Kasandra eran las mejores porque, tal como es ella, hablaba y hablaba y yo solo asentía, me contaba historias terribles y siempre se quejaba de que en su planta ella era la única que trabajaba porque el resto del personal no hacía nada de nada. Eso sí, había que escucharla siempre atentamente porque si por un descuido la interrumpías, te contaba otra vez la misma historia, en esos momentos me podía tirar más de dos horas de pie en el pasillo escuchando NADA. Luego, si mi madre se quejaba del tiempo que llevaba al aparato y lo cara que iba a ser la factura (¡ya ves tú!), me asustaba y colgaba de inmediato.

Y llegó un día, claro, tenía que llegar, …*Además de malaputa tengo una hija loca de atar, está loca, loca, qué vergüenza de hija, hablar sola, se creerá que la mama es gilipollas. No me extraña que mi marido se fuera de casa, ¿quién querría vivir con una zorra poseída? Cuando se lo cuente a San Germán se va a morir de la risa…* en que mi madre escuchó mi conversación desde el teléfono de su habitación mientras yo, confiada, la imaginaba trasteando en la cocina, y descubrió todo. Amenazó con contárselo a San Germán y siguió con su letanía y cosas así. Yo no dije nada, me fui a mi habitación muerta de vergüenza y ya no volví a hacerlo, una pena porque realmente yo disfrutaba mucho hablando con mis compañeras, pero eso sí, aunque no añadí ningún teléfono más a la agenda, tampoco borré los escritos para recordar mis felices y sordos momentos telefónicos.

Sin duda no fue buena idea llamar a la Dientes, tiene un marido que la pega, bueno, eso dice ella, aunque yo creo que no es cierto y la pobre se lo inventa para llamar la atención. La Dientes otra cosa no, pero tiene un afán de protagonismo que no tiene límites (en eso es igual que Herminia la teatrera), pero aun así la llamé, con tanto dolor en el cuero cabelludo no podía pensar con claridad. ¡Qué difícil es pensar con un cadáver enganchado a tu pelo y un Malaputa flotando en el aire!

Así que lo hice, sí Shirley ya sé, pero lo hice, llamé a la Dientes y ni me di cuenta de la hora, no me importó mucho que fuese de madrugada y aun así, a las tantas de la mañana, descolgó rauda y veloz el auricular al primer tono de llamada, ni siquiera se sorprendió de que tuviese su número, … ¿*Sí? ¿Dígame? - Dientes, perdona que te llame a estas horas, verás, no voy a poder ir al trabajo porque mi madre se acaba de morir. - Pobre mujer. Ay que disgusto Señá Margarita. Con lo que usté quería a su Santa Madre. ¿está usté sola?. - Claro Dientes, si vivía solo con ella y se acaba de morir ¿no te salen las cuentas?. -Señá Margarita, ahora mismo voy hacia su casa, dígame la dirección. -No Dientes, no hace falta que vengas, solo es por si puedes informar mañana al director. -No va a estar usté sola ahí, con ese dolor Señá Margarita, dígame la dirección que voy ahora mismo*. *…* Me puse unas bragas limpias y un camisón decente y allí me quedé, esperando su llegada sentada en el salón, por más que insistí, se empeñó en venir y vino. Yo estaba impasible Shirley, no sentía absolutamente nada salvo ese dolor agudo en el cuero cabelludo a causa del tirón de mi querida madre, pero salvo eso, nada, ni dolor, ni pena, ni siquiera un “¡por fin!”

Siempre había pensado que en el momento de su muerte yo no estaría con ella, me imaginaba sorprendida en ese trance como solía ocurrir con mis compañeros. Me gustaba ver sus caras cuando alguien les llamaba anunciando algo terrible y su estampida al salir corriendo del trabajo mientras el resto nos limitábamos a decir un ¡lo siento! *… ¡Mucho ánimo! ¡Que no sea nada!*… Tantas veces soñé y fantaseé con ese momento supremo, ese acontecimiento me convertiría en importante, aunque sólo fuese un día, y me hacía tanta ilusión que lo tenía ensayado y preparado para cuando llegase. La chica me llamaría para comunicarme que mi madre acababa de fallecer, yo me pondría de pie, gritaría un “¿Cóooomooooo?”, me dejaría caer en la mesa y, si mis pechos no lo impedían, apoyaría todo mi rostro sobre la máquina de escribir, me quedaría así, quieta, esperando a que se fuese formando un corro a mi alrededor y cuando por el rabillo del ojo viera que ya estaban todos, levantaría la cabeza y desconsolada, con lágrimas en los ojos, les diría que mi querida madre acababa de fallecer y que ni siquiera había podido acompañarla en su último momento. Sin abrazos, Shirley, los rechazaría todos porque ese no era momento para abrazos, cogería mi bolso y, cabizbaja, caminaría lentamente hacia el ascensor mientras escuchaba a mis compañeros dándome mucho ánimo y transmitiéndome todo su apoyo. … ¡Ojalá que no sea nada!... Da igual que haya muerto alguien, siempre se dice eso cuando sales corriendo, “¡que no sea nada!”. Al día siguiente iría a trabajar totalmente digna y todos admirarían mi entereza y fortaleza en ese trance, y puede que incluso quisieran llevarme a desayunar. Ese sería mi momento, allí, tomando café con magdalenas, aprovechando sus preguntas sobre mi estado, podría hablar de mí y así, por fin, tendría amigas en el trabajo porque, una vez que me conocieran y supieran cómo soy, todo cambiaría. Pero ahora ya no podrá ser, la muy cabrona se tuvo que morir cuando yo estaba en casa.

Por eso, antes de llamar a la Dientes sopesé la idea de dejarla allí tirada en la habitación y, sin decir nada a nadie, largarme al trabajo antes de que llegase la chica. Ya en la oficina, no le cogería el teléfono hasta que no hubiesen llegado casi todos porque claro, esa es otra putada, al llegar tan pronto no hay nadie y toca esperar. Si hubiese estado un poco lúcida podría haber apañado la cosa para cumplir mi plan gestado durante años, pero con ese dolor de cabeza no pensé con claridad y así pasó, llamé a la Dientes y hundí mi momento de gloria.

Y allí sentada, esperando frente al televisor, me quedé atónita al ver el anuncio de un aparato capaz de picar lechuga sin esfuerzo, yo, como no trasnochaba nunca, aún pensaba que tras el himno nacional venía la carta de ajuste y ya cerraban la tele hasta la mañana. Pero tampoco esperé mucho, fue tal la rapidez de la Dientes que casi se presenta en mi casa antes de colgar el auricular. Este dato, querida Shirley, no sería relevante si no fuera porque vive en Carabanchel, a muchos kilómetros de mí, que vivo en el centro de Madrid.

La Dientes tiene nombre, sí, pero yo nunca lo uso porque es de esas personas con tan poca personalidad que resulta imposible llamarlas por su nombre, tu cabeza no es capaz de retenerlo, no hay forma. Además, guardar en la cabeza nombres de personas que no te importan no tiene ningún sentido, es como llenar el armario de trastos inútiles, y el apodo de Dientes le pinta muy bien, imposible olvidarlo. La pobre tenía de siempre una dentadura muy desagradable, de color verde, y no precisamente esmeralda, según contaba, a causa de una medicación que tomó de joven se le tintaron de ese color y, para rematar, con el paso de los años y algún desafortunado golpe le faltaban además dos incisivos. Tal vez por eso hablaba muy bajito y sin vocalizar, apenas movía los labios para no abrir la boca y cuando sonreía rozaba lo esperpéntico, apretaba los labios y acercaba las comisuras a los ojos, si por alguna razón iba a abrir la boca más de lo normal, siempre se la tapaba con la mano, algo que realmente era muy de agradecer.

Pero todo cambió hace un par de años cuando la Dientes se puso implantes. Tras unas vacaciones de verano apareció radiante, con una dentadura tan blanca y completa que daba la impresión de que la luz se proyectaba desde el interior, además, eran unos dientes enormes, exageradamente superiores a los suyos de antes. … *¿Coño Dientes, qué te han hecho? Parece que te hubieran puesto la pantalla de un cine en la boca. -Pues ya ve usted Señá Margarita, el dentista, que dice que así eran mis dientes originales, que todo depende de la mordida o algo así…* A partir de ese día, cada vez que depositaba la bandeja de correo en mi mesa, empecé a llamarla Dientes y ella, sin molestarse, siguió respondiéndome como si nada, …*Aquí tiene usted sus trabajos de hoy Señá Margarita. -Gracias Dientes, que tengas un buen día, adiós....* Aceptó el cambio sin problema y, al poco tiempo, corrió como la pólvora y todo el mundo en el trabajo empezó a olvidar su verdadero nombre, bueno, todos menos la zorra de Leyre, la única en todo el Ministerio que llama a cada uno por su nombre. Y aun así, la Dientes, aunque ahora son blancos y casi no le caben en la boca, sigue intentando ocultarlos y no pierde la costumbre de taparse con la mano.

Trabaja de ordenanza en el Ministerio, al principio entró como personal de oficios para la limpieza, y siguió limpiando hasta que, un día, el Estado dejó de interesarse por ese tipo de trabajos al ver en ellos un filón de negocio y se inventó las empresas de “prestación de servicios externos”, esas empresas costaban incluso más dinero, pero al parecer eran más rentables. Curiosamente casi todo el beneficio iba a parar al bolsillo de los propietarios que, por lo general, casualmente eran muy cercanos al Estado, y así las limpiadoras pasaron a ganar mucho menos. Después, su marido, que trabajaba como chófer en el Ayuntamiento, a través de sus contactos consiguió que la contrataran como ordenanza y, poco después, en el afán de casi todos los finales de legislatura de funcionarizar al personal, la Dientes consiguió su plaza de funcionaria de carrera.

Es una persona a la que no le tengo ningún cariño, aún no he perdido la esperanza de tener amigos en el trabajo, pero te juro que si la Dientes fuera la única amiga posible, elegiría quedarme como estoy. No me gusta por lo modosa que es, porque no habla, no piensa, hace su trabajo sin protestar y jamás se ha gastado un solo Moscoso ¿te lo puedes creer Shirley? Y para más inri nunca habla mal de nadie del Ministerio, es inaudito, ¿a que sí? Aunque solo fuese por eso, sería imposible que resultara interesante, porque Shirley, en confianza, si ni siquiera puedes criticar a los compañeros ¿para qué quieres tener un amigo en el trabajo?

Al principio era super tímida y solo se acercaba a mí para traerme y llevarse los sobres de documentación interna y el correo, hablaba flojito, con esa forma suya de taparse la boca y ni me miraba, pero poco a poco, como íbamos siendo las más veteranas del edificio, fue ganando confianza e incluso a veces hasta se sentaba en la silla confidente que hay junto a mi mesa y allí se quedaba. Ya, ya sé que suena raro, verás, se llama así, confidente, porque para mí la silla es mi otra mejor amiga (aparte de ti, claro), y me desahogo contándole prácticamente todo lo que me preocupa, eso lo aprendí de ti Shirley, ¿te recuerda a algo? Tú hablabas con las paredes y las piedras y yo terminé hablando con mi confidente que resultó ser una silla, ya ves. Como te pasaba a ti, al principio cuando hablaba con mi silla todos creían que estaba de broma y no me tomaban en serio, con el tiempo, sencillamente me tomaron por loca y me dejaron en paz. Por supuesto que soy consciente de sus miradas y cuchicheos cuando me encuentran hablando a solas con ella, también veo los codazos que se dan unos a otros para avisarse entre ellos. A mí me da igual, yo ni me inmuto, mi silla y yo en nuestro mundo cómplice, incluso te diré que, con el tiempo, todos han asumido mi amistad con el mueble y son tan educados que hasta esperan que termine mi conversación para encargarme alguna tarea. Estoy segura de que, en todo este tiempo, nadie se percató nunca de que si hablo con la confidente, tal vez sea porque ninguno de ellos habla conmigo.

A la Dientes, más que persona la considero un objeto que se sienta allí, frente a mí, a esperar sin decir nada a que yo haga algún comentario para después, como siempre, asentir y darme la razón en todo, nunca discute, todo le parece bien y, además, como yo no diga nada, se queda allí sentada, yo diría que incluso sin respirar, y al cabo de un rato se levanta y se va …*Bueno, ya he descansao un rato Señá Margarita. Luego si puedo le hago otra visita*. -*No hace falta Dientes, que yo tengo mucho lío hoy y tú tendrás muchas cosas que hacer…* como si de dos vecinas se tratara. Otras veces si yo por un casual doy un suspiro al grapar un expediente, ella va y responde con otro suspiro más bajito, como el eco. A mí me da por pensar (y sé que lo que pienso no está ni medio bien, seguro que en el Convenio hasta está catalogado como falta grave, o muy grave, por eso me contengo), pero me dan ganas de soltarle con el expediente en la cabeza hasta hacerle sangre, o con la grapadora, solo para ver si reacciona.

Odio a la Dientes, Shirley, con toda mi alma, y la odio sobre todo porque, cuando la veo allí sentada frente a mí, como un mueble absurdo y sin fuste, me reconcomo por dentro porque me veo a mí misma reflejada en el espejo y me aborrezco. Lo único que me consuela al mirarla es constatar que ella es mucho más fea, pero tiene marido y yo no, bueno pero su marido la pega y yo no tengo a nadie en casa esperando para pegarme, ya, pero ella no es virgen y yo sí. Bueno Shirley ¡ya vale!, que no quiero extenderme en comparaciones, no me conviene, y menos con ese chimpancé.

Tanto ella como su marido son de Albacete, bueno, de un pueblecito cerca, creo que hasta me dijo alguna vez el nombre, pero como jamás le presto atención ni la escucho, ya lo he borrado del mapa, eran las casas de un tal Juan, o un Juan de las casas, no sé, o algo así. Allí cuidaba de sus padres cuando era soltera, luego, ya casada, también le tocó cuidar de los padres de su marido y atender la huerta de un cuñado que, según ella, era muy flojo y no valía para el campo, así que, cuando su marido consiguió la plaza de chófer en el Ayuntamiento de Madrid, se le abrió el cielo y suspiró, pensando que había encontrado una vía de escape de todo aquello, pero en realidad, lo único que hizo fue cambiar una cárcel por otra. Yo no sé mucho de la Dientes, la verdad, porque no me interesa nada de lo que intenta contarme y en seguida corto la conversación sin mucho miramiento, me resulta tan poco interesante que no soy capaz de absorber nada de su vida, ni una pizca, nada. Por eso no tengo ni idea, pero verás, todo esto que te cuento lo escuché una vez de casualidad en el Registro. Marisol y Maricarmen estaban informando a Kasandra por si por un casual, en algún momento de la jornada alguien sintiese la necesidad de saber algo más de la vida de la Dientes, como todas, saben que al marido se le va la mano de vez en cuando. Yo solo sé que ahora, tras una vida en la ciudad, empieza a echar de menos el pueblo, al menos allí se pasaba el día entero en el huerto, según cuenta. A mí la verdad es que me haría feliz si finalmente se marchase, así se me va también de mi silla, cuando se sienta conmigo mis compañeros me miran mal.

Cada día llega al trabajo con algo nuevo, una blusa que encontró en el rastrillo con colores tan abigarrados como el plumaje de una cacatúa guineana, un ojo morado porque, sin darse cuenta, se golpeó con el perchero y se le cayó encima, un sombrero comprado en el metro a unos inmigrantes y que le tapa la cara hasta la altura de la nariz, una costilla rota porque, sin darse cuenta, se cayó por las escaleras intentando agarrar el perchero. …*Si es que soy muy descuidá Señá Margarita, mi madre siempre me lo decía “Nunca tiés la cabeza ande tié questar” …*

En fin, que cuando llegó a mi casa lo primero que hizo fue colgarse de mi cuello en un abrazo, como un monito, y acto seguido ponerse a llorar y a balbucear palabras de consuelo apoyada en mi teta derecha, tan pegada, que al oído apenas me llegaba lo que decía … *Ay, pobre Señá Margarita, qué sola se ha quedado usté. Qué pena da verla tan sola. Qué pena Señá Margarita, perder a una madre, a su madre que era una santa, aunque no la conocía en persona seguro que la quería a usté con locura, qué sola está usté ahora, ¿a quién va a cuidar usté? ¡Ay, qué duro perder a una madre, a una madre santa como la suya!…* Palabras de consuelo en una letanía incansable, imposible interrumpirla Shirley, no me atrevía a parar ese lamento terrible y menos aun viniendo de una persona que es incapaz de pronunciar más de tres palabras seguidas. Tardé mucho en poder quitármela del cuello, así deben ser los monos cuando se ponen pesaditos, de haber continuado con ese consuelo pegajoso, aferrada a mi teta, en tan solo diez minutos habrían sucedido irremediablemente dos cosas: primera, me habría explotado el pecho y segunda, habría salido disparada al baño a pensar en la forma de pasar a mejor vida. ¡Cuánto sufrimiento cabe en una persona tan minúscula! De todo lo que dijo, o mejor dicho, balbuceó, lo que más me gustó escuchar era todo lo que mi madre me quería, descubrir que mi santa madre me adoraba, ¡y yo sin darme cuenta! Yo creo, Shirley, que todo esto lo tenía ensayado y se lo aprendió de camino a casa, pero aun así, ¡qué gran actriz! ¡cuánta lágrima!, podría competir sin ningún problema con Herminia, eso sí, en cuanto conseguí quitármela del cuello interrumpió de golpe el llanto y preguntó por la habitación de mi difunta madre …*Usté quédese aquí tranquilita Señá, que yo sé lo que hay que hacer en estos casos. ¿Quiere que le prepare una tila?...*

Su marido vino con ella, pero no se movió del salón en ningún momento, me pareció un señor muy educado y amable, apenas le importó la llamada intempestiva y me sonrió comprensivo cuando le pedí disculpas por haber telefoneado a esas horas. Para mí resultó fácil fingir estar totalmente hundida porque la cabeza me dolía tanto que estaba a punto de estallar. Estoy convencida Shirley de que, si por un casual, hubiera manifestado lo que realmente sentía por dentro habrían salido disparados de la casa sin mirar atrás. El pobre tan solo se limitó a preguntar si teníamos contratado algún seguro funerario, me pidió los papeles para llamarles y dio por sentado que yo ya había avisado a un médico … *Pero ¿para qué voy a llamar al médico? Si no hay duda de que está muerta, se lo aseguro, muerta total. -Ya señora, pero hasta que no certifique un médico la defunción no podemos llamar a la funeraria, son los trámites, entiéndame, tan solo dígame donde está el teléfono y ya me encargo yo, no se preocupe, y que mi mujer le mire ahora la herida de la cabeza porque está sangrando - ¡Ay! ¿sí? Debe ser por el golpe, me llevé tal susto que me di sin darme cuenta con el perchero…* Shirley, te juro que es imposible que este señor tan educado pueda levantarle la mano a alguien, y menos a la Dientes, por muy pesada que sea, ya ves, encima de fea, mentirosa, no me extraña que no tenga amigas.

Así que avisaron al médico también y antes de que llegara a certificar lo que ya sabíamos, la Dientes había cambiado las sábanas de la habitación de mi madre, le había puesto un camisón limpio y me ayudaba a mí a embutirme en un minúsculo vestido negro que debía haber quedado en desuso desde que cumplí los dieciocho y se llevaba la lycra. Si ya estaba tremendamente gorda la última vez que me pesé, ¿cómo había podido engordar tanto otra vez? ¿Cómo es posible que, de todos los vestidos del armario, el único decente para ponerte sea siempre el que peor te queda? A ver, no es que yo tenga mucha ropa Shirley, compro un vestido nuevo cuando ya no me queda más remedio y no creas que gasto dinero, suelo comprar en los mercadillos, pero siempre he creído que una vez en el armario, los vestidos hacen un pacto secreto y se ponen de acuerdo para joderte tu mejor momento, porque si no, que alguien me explique cómo me puede quedar tan ajustado este puto vestido, ¡que parezco un Shar pei! Lo peor que tenemos las personas con un poquito de sobrepeso es la ingenuidad, siempre pensamos que algún día ese vestido de antaño volverá a encajarnos en cuanto recuperemos la línea y lo guardamos en el armario hasta el fin de los tiempos, ¡qué ilusas! En mi caso me pasa como a todas, guardo y guardo y siempre me digo eso de “a la que me ponga a dieta me sirve seguro”, y así nos pasa, guardamos y guardamos sin darnos cuenta de que aún conservamos hasta el vestido de la comunión, igual ese también, cuando una esté viejita y encogida, vuelve a servirnos para alguna cena navideña de etiqueta. Y allí en el salón, juntitos los tres, esperando la llegada del comercial de la funeraria, nos pusimos a ver el Teletienda.

Después, arreglado el tema funerario, el marido de la Dientes nos llevó al Tanatorio. Durante el trayecto yo no podía dejar de mirarle las manos e imaginarme esas manazas abofeteando a la Dientes, golpeándola, ¡desde luego, mira que es mentirosa la monita, Shirley!, ¿cómo puede ser un maltratador este señor tan amable, si es la bondad en persona? Todo fueron atenciones hacia mí, que no me preocupara, que me ayudaba a bajar la escalera, que me abría la puerta del coche, que si tenía calor, que si tenía frío. Así que, gracias a este encanto de hombre que nos hizo de chófer, conseguí llegar a tiempo al lugar en que mi madre iba a ser expuesta hasta la incineración, aunque, en ese día agotador, creo sinceramente que la que estuvo más expuesta Shirley, fui yo, ¡pero claro, mi madre tenía que ser siempre la prota, hasta muerta! En el coche también reparé en un pequeño detalle en el que no caí hasta ese momento, y era que mi madre, con el camisón que acababa de ponerle la Dientes mientras yo me embutía en aquel vestido de mierda, me observaba con asombro y me señalaba con el dedo mientras el aire me traía la traducción de lo que parecía un susurro: ¡malapuuutaa! Ese día mi madre, obviamente, se me había aparecido más veces, pero en ese instante entendí que, tras comenzar la noche con un tirón de pelos y pasarla viendo el Teletienda esperando el puto certificado de defunción y atendiendo al de la funeraria, esas alucinaciones debían de ser normales y me tranquilicé pensando que era solo una jugada de la mente, así que decidí no darle más importancia.

Cada vez que escribo la palabra “Malaputa” me recorre un sudor frío por el cuerpo y me entra un tembleque en las piernas que tengo que salir disparada a la cocina a comerme un par de magdalenas acompañadas de un buen trozo de chocolate, debe de ser por el azúcar que me baja de golpe, pero no puedo evitarlo y es lo único que me calma. También ahora he descubierto un nuevo placer, el de ver la televisión durante la noche. Para una que se ha pasado la vida viendo únicamente el V y el UHF, descubrir la inmensa gama de canales que han ido añadiéndose a la programación diaria proporciona un placer intenso, difícil de explicar con palabras, tanto que me estremecí y me puse a llorar como una niña al ver todo el abanico de posibilidades que la tele me ofrecía en una noche loca para mí sola.

Yo nunca veía la tele porque a mi madre le molestaba y no me dejaba ponerla, la verdad es que solo le molestaba cuando yo intentaba verla. En cuanto salía o mientras estaba en el trabajo, ella se pegaba a la pantalla y no se separaba ni para mear. Sé que había más canales porque la chica que la cuidaba se encargó de poner un no sé qué digital para verlos y algunas veces mi madre me pedía que le enchufara la televisión para ver alguna serie. A mí jamás se me hubiese ocurrido sentarme con ella a ver nada. Cuando ella estaba disfrutando con algún programa en la caja tonta, yo me iba a mi habitación a leer y cuando yo estaba en el salón mi madre no me permitía encender el aparato. Muchas veces deseé que mi madre se muriera de un infarto viendo su serie favorita, se ponía a chillarle como una loca a la pantalla insultando a todos los actores, gritaba tanto y se agarraba con tanta fuerza al sillón, clavando las uñas, que cuando terminaba el capítulo se quedaba extenuada y sin aliento, como muerta, nunca me lo dijo, pero estoy segura de que a mí me veía también dentro de la serie, formando parte de esos actores a los que odiaba tanto, los únicos piropos que salían de su boca eran “puta” o “maricón”. Aún ahora, mucho tiempo después, sigo sin entender cómo mi madre disfrutaba tanto viendo Melrose place.

De toda la amplia gama de opciones que ofrece la televisión de madrugada, me gustan especialmente dos: los programas de adivinación, videncia y consultas astrológicas (me encanta aprenderme el discurso de una vidente presentando su programa y lo he repetido tantas veces imitando su voz que he conseguido hacerlo exactamente como ella) y sobre todo, el Teletienda, sorprende la enorme cantidad de productos milagrosos o casi milagrosos que presentan a diario ante una audiencia cada vez más consumista. Disfruto viendo los anuncios increíbles de algún producto que tú nunca hubieses imaginado y de repente, ahí está en la pantalla dispuesto a cambiarte la vida en veinte segundos, me gusta tanto que no me importa ver el mismo producto una y otra vez, y siempre me quedo embobada y admirada como la primera vez que lo vi. Particularmente me gusta un colchón hinchable en el que hacen la siguiente prueba para testar su comodidad: tú te acuestas a un lado dispuesto a quedarte dormido y al otro, una indómita bailarina se pone a dar saltos acrobáticos sobre el colchón sin lograr arrancarte a ti, que estás justo al lado, de los brazos de Morfeo y sigues durmiendo como un lirón; increíble pero ahí está, absolutamente verificado y garantizado por el Teletienda. No dejo de imaginarme esa situación haciéndolo con mi madre, y cuando lo visualizo me parto de risa.

Ay, perdona Shirley, me despisto y me desparramo contando cosas y no termino de contarte mi estancia en el tanatorio, perdona, ahora te cuento…

La pesada de la Dientes insistía y me preguntó varias veces si quería llamar a algún familiar, …*Gracias Dientes, ya lo hice mientras limpiabas la cocina y los baños, y también avisé a la chica que la cuida para que no viniera…* le dije que no era necesario, pero, siendo sincera Shirley, con una pequeña nota en el portal habría bastado, realmente no había nadie a quien avisar, bueno sí, a San Germán, pero como la chica que cuidaba a mi madre vino de parte de la parroquia, pensé que ya se habría encargado ella de avisarle, y así fue, como más tarde pude comprobar.

Lo del certificado de defunción lo puedo entender, no vaya a ser que alguna mente perturbada te duerma y cuando te despiertes te encuentres arañando un acolchado sobre el que reposan unos cuantos kilos de tierra; pero lo que no me cabe en la cabeza es la tontuna del comercial de la funeraria, cuando por fin has conseguido ese certificado médico que acredita algo que tú ya sabes desde hace horas, de repente aparece un señor por tu casa y sentado frente a ti, como si de una entrevista de trabajo se tratara o como si entraras por primera vez en una peluquería, te acribilla a preguntas que en muchas ocasiones carecen de sentido …*Veamos, le voy a mostrar una serie de ataúdes y le voy explicando las características de cada uno de ellos...* el buen señor quiere hablarte de las características y calidades de los ataúdes y tú, que empiezas a ser consciente del día que te espera, te das cuenta de que ese día no arrancará si no terminas ese test que no tienes ningún interés en comenzar pero que irremediablemente te vas a tener que tragar. Si piensas que con la respuesta de que “tú sólo quieres incinerar” se termina la visita, estás muy equivocada, antes de incinerar hay que poner al cadáver en un ataúd que, por cierto, con el precio que tiene me hubiese hecho yo una cabaña de madera en un terrenito, … *perdóneme señor, pero si la van a incinerar ¿por qué no la ponen sentadita en su sillita? A ella lo que realmente le gustaba era echar sus horas allí, sentadita, viendo la tele…*, de nada sirve tratar de convencerle y te ves obligada a alargar el dedo hasta el catálogo y señalar uno buscando el que tenga el circulito con el precio más bajo, lo señalas … *este me gusta…* y en ese momento escuchas la risita que suelta el funerario, …*perdone señora pero ese no puede ser, es para un nonato…* Vamos Shirley, que el ataúd elegido tiene el tamaño justo para un gatito y por mucho que intentes explicarle que la difunta era tan poquita cosa que seguro que entra, inevitablemente tendrás que ir a la página donde él quería llegar desde el principio (que no es precisamente la más barata) y descubres que, aunque el seguro cubra una parte, te tocará abonar un buen pico. Después, ya para rematar, te tienes que dejar embargar por la emoción del evento, … *¿música?, ¿canapés?, ¿bebidas?, ¿placa de recuerdo?, ¿certificado de garantía?, ¿más música?, ¿misa en la incineración?, ¿música en la incineración?, ¿sala grande?, ¿sala pequeña?, ¿más canapés?, ¿dulces?...* De camino al tanatorio ya no tenía claro si al final había contratado a un equipo de acróbatas para amenizar el evento.

Y ya por fin, sorteados todos esos obstáculos, con la cabeza llena de acróbatas y mi madre dirigiendo una cantata donde sonaba la palabra Malaputa en varios tonos, llegamos al tanatorio. Hay que joderse lo bien que conozco los tanatorios y lo poco que conozco la ciudad, he asistido a muchos entierros, es el único evento para el que no necesitas invitación y siempre puedes pasar por allí a saludar, he acompañado a mi madre tantas veces a los tanatorios y a los cementerios que podría ganarme la vida perfectamente como plañidera o como guía turística. En este espectáculo uno nunca piensa que algún día le tocará ser el protagonista y, sin embargo, algunas veces desearía ser el muerto solo para no tener que oír ciertos comentarios. Es entonces cuando comienza el verdadero espectáculo, como si de una obra de teatro se tratara:

Actores principales, estos tendrán mala cara todo el tiempo y repetirán incansables la historia de lo sucedido a aquellos que estén dispuestos a escucharla, son los más auténticos, los afectados directamente por la pérdida y cuyo dolor es real, sufren inconsolables, se les ha roto la vida.

Actores secundarios, aquellos que en un arranque impulsivo se acercan hasta la vitrina donde está expuesto el cadáver, colocado en el ataúd que tú elegiste y que te costó un cojón, su llanto es esporádico, en un arrebato son capaces hasta de arañarse la cara, el pelo, para dos minutos después, con la cara seca, hacer bromas en la calle. Incluso he llegado a ver a alguno de estos desmayarse en el tanatorio por no poder resistir tanto dolor, cuando en realidad el difunto en toda su vida le dirigió la palabra. En fin, no lo entiendo muy bien, pero parece que se han jurado no volver a casa hasta demostrar lo mucho que querían al difunto y lo unidos que estaban a él.

Directores de escena, sin serlo, parecen los organizadores y supervisores del evento, son los que corren a comprobar si finalmente ha llegado su corona y anuncian al auditorio su compra y el esfuerzo titánico de conseguirla, aun así, siempre se muestran decepcionados, …*sí, sí, mira, ahí está, la de la cinta doblada. Uys, pues no son esas las flores que dijimos, han cogido las más mustias, ya te dije yo que la de la tienda te miraba mal, mira a ver si puedes coger la corona y vamos a hablar con la de la floristería, que se va a enterar*…, tras encontrar su corona y saludar, se camuflan entre bastidores y finalmente desaparecen, al fin y al cabo han pagado un dinero y solo quieren que se sepa, dado que el destinatario nunca llamará para agradecerlo.

Maquillaje y peluquería, tan solo interesa el maquillaje del difunto, … *¡madre mía, no se parece ni pizca a la que era en vida!, ¡mira qué destrozo! Oye, pues le han dejado muy bien, parece un señor y todo, ya se podía haber preocupado un poco en vida de lavarse la cara al menos…,* critican sin reparos el trabajo del embalsamador dictaminando su pericia y solo cuando el difunto se parece bastante a su imagen en vida, se van contentos a casa satisfechos del trabajo que en ese caso es como si fuera suyo.

Yo era siempre de estas últimas, Shirley, de las expertas en maquillaje y peluquería. Recuerdo que hace unos años acompañé a mi madre al velatorio de la pobre Doña Inés, la vecina del tercero B, en nuestro mismo rellano. La difunta era una mujer muy religiosa que al igual que mi madre, siempre vestía de negro por una promesa que le hizo de niña a la virgen de Lourdes, tenía un precioso cabello rizado y aun siendo muy mayor, a pesar de las canas, el pelo de la señora Inés parecía de oro, lástima que casi nunca lo luciese por tenerlo cubierto con ese pañuelo negro que la acompañaba a todas partes. A mí, incluso de jovencita, me daba mucha envidia, de haber tenido esa melena seguro que me hubiesen apodado “la de los rizos al viento” porque habría pasado la infancia corriendo de un lado a otro moviendo la cabeza, pero Doña Inés no, ella era una mujer de verdad, de las de siempre, como decía mi madre. Pues bien, cuando en aquel velatorio nos acercamos a ver el cadáver tras el cristal, ¡qué impresión!, la pobre mujer yacía tumbada sobre un lecho de seda blanca, llevaba un vestido azul celeste con puntillas blancas, los ojos desbordados por el exceso de sombra azul que le pusieron y ya puestos, también fueron generosos con el colorete y el intenso rojo de labios, tanto, que hasta una prostituta habría dudado en comprar semejante color. Mi madre se quedó muda contemplando aquella imagen de la pobre Doña Inés ¡¡¡¡con tacones!!!!, ¿cómo se puede enterrar a alguien con tacones? Que, por más que el cielo tenga el suelo enmoquetado con nubes de algodón, debe de ser muy jodido para cualquiera la condena de andar entaconada eternamente; para cualquiera salvo para Mercedes Serret, la de adquisiciones, que, según cuenta, es incapaz de ducharse sin los tacones y las pestañas postizas, Kasandra me dijo hace tiempo, que Mercedes había dado orden expresa en su testamento de ser enterrada con tacones y tumbada de lado para que las pestañas no se le doblaran al cerrar la tapa.

Aprovechando que estábamos solas, le comenté a mi madre la barbaridad del maquillaje y del vestido que le habían puesto a la Señora Inés …*Madre fíjate, si le hubieran puesto una boa morada de marabú parecería una vedette de revista entrada en años…* mi madre me propinó un buen codazo y, con voz baja, me conminó a hacerle una promesa para el día de su entierro, *…Malaputa, ya que me has arruinado la vida, al menos prométeme que cuando me muera no dejarás que me vistan de fulana. -Claro madre, tú mejor en camisón, que así estarás más cómoda. -Y nunca me incineres que debo llegar entera al juicio final. -Te lo juro madre, por San Germán, te juro que te enterraré enterita en la Almudena, y en camisón…*que no la maquillaran como a la pobre Doña Inés y que jamás la incineraran, algo que yo acepté sin rechistar, recreándome con la idea de exponerla en bikini el día de su muerte.

En fin, además de todo el elenco y lo desagradable del sitio, hay que destacar el calor insoportable de la sala, un horno auténtico, entiendo que será para contrarrestar el frio helador del recinto contiguo donde exponen el ataúd. Pues bien, bajo ese clima atroz, mientras el actor principal avanza por los pasillos en busca de la sala asignada, con la cabeza embotada aún por toda la oferta del catálogo de la funeraria, no puede evitar escuchar los comentarios del resto de los asistentes; en mi caso, harta ya de escuchar tantas impertinencias, mi único deseo era encerrarme dentro de la sala, morir de calor, por asfixia, y quedarme en la gloria. Vale Shirley que el vestido me quedaba algo justo, pero tampoco tanto, no era para esos comentarios en voz alta, ¡un poco de respeto por el sitio y porque iban dirigidos a una actriz principal, rota del dolor de ver morir a su madre!… *Mirad a la gorda del vestido negro. ¿Os habéis fijado en esa gorda de negro? ¡Menuda vacaburra esa de negro! ¡Coño, la foca! ¡Menudo cachalote! ¡Madre mía, como le salten las costuras a alguno lo deja tuerto!...*

Seguro que la Dientes, envidiosa de que yo, a mis años, aún conservara cierto encanto, se cegó y eligió adrede ese vestido, y encima la cabrona diciendo que no me quedaba tan mal, que estaba muy elegante. Al final, para evitar que oyera más comentarios se levantó veloz y cerró de un portazo. Estuve a punto de abofetearla, de romper la mampara que nos separaba del ataúd y sentarme al lado de mi madre porque estaba al borde de la lipotimia, si no lo hice no creas que fue por sensatez, sino porque de pronto vi a mi madre levantada, pegada al cristal y tiritando, algo musitaba, pero con la mampara y con tanto frío, ni se la oía; de nuevo imaginé que estas alucinaciones se me irían con un par de magdalenas y un rato de sueño.  *…Dientes, mujer, si ya está todo listo, vete al trabajo, muchas gracias por tu ayuda y todo lo que has hecho, pero estarás agotada, no hace falta que te quedes más. -De eso nada Señá Margarita, yo me quedo aquí con usté hasta que llegue algún amigo o familiar y la acompañe, hasta entonces yo aquí, no la dejo sola, pero no se preocupe que por la hora que es ya deben de estar al caer, y usté otra cosa no, pero es tan buena que seguro que tiene muchos amigos…* Yo ya no podía más, estaba deseando que se largara de una vez porque, como oyera un par de sus jodidos comentarios más, te juro que le metía la cabeza en el ataúd; *pero* ella erre que erre, que se quedaba conmigo, y se quedó, la muy estúpida se tuvo que arrepentir de sus palabras, porque a las cinco de la tarde allí seguíamos las dos sin ver a nadie.

Aunque una es consciente del avance imparable de las horas hasta la incineración, ignora su lentitud; los segundos parecen minutos y los minutos horas, y en ese discurrir lento, sólo algún suspiro mío, no de dolor sino por el apretón del vestido, luego otro suspiro de la Dientes, parecía mi eco, allí seguía ella a mi derecha, tan pequeñita que me daban ganas de rascarle la cabeza como a un gatito hasta que … *Margarita, Margarita, mi querida niña gordita, qué terrible pérdida. Ay que ver cómo has crecido criaturita. -Gracias Padre, usted está más pequeñita y amanerada que de costumbre*… la puerta de la sala se abrió de golpe y, como una película de miedo, apareció él acompañado de aquellas dos jóvenes monjas que ahora eran monjas mayores y que ni siquiera levantaron la cabeza para mirarme.

A pesar de los años seguía siendo guapo, pero por el tono con que el pronunció mi nombre, su pluma había ido creciendo también con los años, más que pluma, plumón. …*Ya ve, mi querido cura andrógino, una mujer tan buena y entregada a su causa; claro que igual Dios la ha castigado por no ir a misa últimamente, seguro que ahora está con todos los niños de África, abriendo envoltorios de juguetes en el cielo. ¡Lástima que usted no pueda verlo junto a ella!, a mi madre le habría hecho ilusión tenerle allí, ¿usted cree que los ángeles tienen sexo?, porque mi madre se va a llevar un disgusto si no es así...*. Tras saludarle educadamente y sin intención de permanecer en la sala con la vedette, le di un codazo a la Dientes y le pedí que me acompañara a la cafetería. …*Supongo que querrá usted despedirse de ella a solas, tendrán tantos secretos de chicas que contarse…* Al pasar junto a él me agarró del brazo, en ese momento me subió todo el asco y repugnancia que le tenía y de un tirón me solté al instante. …*Aunque ya no acompañaras a tu madre a la iglesia jamás perdimos el contacto, tu madre te quería mucho, al igual que yo. Antes de morir me dijo que había dejado algo para mí, un regalo que para ti carece de importancia pero de un gran valor sentimental para mi iglesia. - ¡Uys padre, al final voy a pensar que entre ustedes dos hubo algo! Seguro que le ha dejado sus muñecas para que se las mande a los niños de África. -Por la memoria de tu santa madre envíamelo a la parroquia, solo así podrá descansar en paz… -Descuide padre, todo sea por su descanso eterno, ahora, si me disculpa, mi amiga y yo nos vamos a tomar un caldito, que me han dicho que en la cafetería del tanatorio lo hacen divino, ¡uy, perdón padre por la expresión! -Con Dios Margarita, por cierto, las hermanas pasarán por tu casa para recoger la ropa de tu madre y cumplir su deseo de mandarla a un albergue. -Por supuesto padre, ¿a un albergue? ¿Ya no manda usted cosas a África?...* Me pidió que le hiciera llegar algo que le había dejado mi madre, te juro que en ese momento pensé que nada más llegar a casa lo primero que haría sería buscarlo y tirarlo a la basura, pero fíjate, en todo este rato que te escribo ni siquiera se me ha ocurrido buscar nada en una casa que conozco de memoria. Seguro que entre sus biblias dejó alguna nota indicando que son todas para su amado San Germán… ¡Q*ué cura tan guapo Señá Margarita, se parecía a ese del pájaro espino! Seguro que era el confesor de su santa madre. -Dientes, cállate la boca*…. Al volver de la cafetería, ni San Germán, ni las monjas, ni mi madre estaban ya en la sala, esta última se había vuelto a dormir en el ataúd, ¡si es que últimamente estaba descansando muy poco la pobre mujer!

Dejamos la puerta abierta para que saliera el calor y se fuera el perfume a Chanel número 5 que había dejado la cura loca y porque los comentarios sobre mi vestido no se acallaban de ningún modo. Al regresar de la cafetería me puse otra vez como un tomate de la vergüenza, de nada me servía evadirme mentalmente. ¡Qué ridículo tan espantoso Shirley, no sabía dónde meterme! Y para colmo, en ese momento, el ruido de unos tacones me alertó y me hizo mirar a la Dientes estupefacta. …*No se te habrá ocurrido avisar a….* Pues sí, Shirley, a la Dientes se le ocurrió contarlo en el trabajo y ahí estaban Leyre y el Interventor, seguro que te estarás preguntando quienes son esos dos, pero Shirley, no puedo estar a dos cosas a la vez, o cuento la espera o quién es quién, lo sé querida, no los conoces, y anda que me gusta a mí poco hablar de esta gente, pero descuida, voy a la cocina a despacharme un par de magdalenas con chocolate y a la vuelta te pongo al día, total, no tengo ni pizca de sueño.

Verás, Leyre es la secretaria del director general, no es ni funcionaria ni laboral fija, pero es de esas personas que terminan por hacerse imprescindibles donde sea, además de licenciada en Económicas es la nota de color necesaria en cualquier parte. Y es que resalta en lo físico, solo decirte que es lo más cercano que he visto nunca a la perfección, mide alrededor de uno ochenta y te juro que no le sobra ni un gramo en el cuerpo, es morena, con un pelazo negro y brillante, ojos azules, labios rojos y carnosos y, por si fuera poco, una sonrisa perfecta, cuando la tienes delante, la mires donde la mires es un diez. En cuanto se presentó para la entrevista yo ya sabía que era la candidata ideal, no tenía rival. Y te preguntarás, ¿qué es lo que sabe hacer Leyre? Pues no sabe hacer absolutamente nada, pero aun así, sin tener ni idea de nada, cae bien, y no solo a los hombres (que dados sus atributos resulta evidente), le cae bien a cualquiera, también a las mujeres. Ella se sabe los nombres de pila de los que trabajan en la planta y es capaz de saludarlos a todos sin confundirse, anima a todas las compañeras a probarse nuevas prendas, a descubrir nuevos peinados, en fin, Leyre es nuestra asesora de imagen, ¡y eso que somos más de cincuenta!. Todos los días habla con la Dientes y le pregunta dónde se ha comprado esto o aquello, o cómo se ha hecho ese golpe que lleva en la cara. Y no te creas que lo hace por puro cotilleo, la escucha de verdad, a veces se dobla, flexible como un junco y le da un super abrazo, y es que tiene un don, saluda como nadie. … *Buenos días, Margarita, cariño, ¿cómo estás hoy? -Hola Leyre querida, bueno, un día más de trabajo y para casa que es lo que toca con mi madre. -Ay que ver Margarita que buena persona eres, siempre cuidando de tu madre que debe de estar más que orgullosa de ti, te envidio porque para ti la familia es lo más importante. -Mujer, es que mi madre está mayor y si no la cuido yo, ¿quién la va a cuidar? -Qué buena eres Margarita, te deseo un magnífico día, por cierto, veo que has probado la muestra de hidratante que te dejé ¿verdad que sí?, tienes la cara muchísimo más luminosa hoy. -Gracias Leyre cielo, tú que me ves siempre con buenos ojos, que tengas un buen día tú también. -Gracias a ti Margarita, ups, voy a saludar a Marisol que tengo que dar salida a unos documentos, ¡hasta ahoritaaaaa!, hola Herminia, hola Mercedes, ¡qué guapa estás hoy!, ¿has cambiado de rímel?, hola Javier, ¡vaya camisa chula que llevas!* Y así, la muy zorra, siendo zalamera con todos evita que la gente murmure y comente a sus espaldas lo que todos sabemos, que se está tirando al director general.

Si yo hubiera nacido con ese cuerpo y esa simpatía natural que tiene, jamás se me hubiera ocurrido trabajar en la Administración Pública, te juro Shirley que me habría largado a Marbella, habría ligado con el primer futbolista de turno y a vivir que son dos días. Tampoco se entiende qué hace un bombón así con el director general, que no es que sea feo, pero es un imbécil, es cierto que es de los directores más jóvenes que hemos tenido (que tampoco se entiende que un pelele así haya llegado a serlo tan pronto, obviamente es un enchufado), y además de inútil, es gilipollas.

Este director general acababa de aprobar una oposición de administrativo y no llegó ni a tomar posesión, el partido le dio el cargazo y ale, ¡a dirigir! No tiene ni treinta años y ya está en lo más alto, no me he molestado en mirar su expediente pero estoy segura de que es su primer trabajo y claro, recién salido del cascarón es jodidamente clasista con la gente, se cree un dios cuando en realidad, no sería nadie si no fuese por los que estamos abajo, incluida yo. Es abrir la boca y lo único que le sale es alguna gilipollez, como no tiene ni la más remota idea de cuál es su trabajo, carece de opinión propia y se abraza a la de cualquiera, aunque contradiga lo que acaba de decir, ni siquiera le importa que nos hayamos percatado del error, al fin y al cabo, y según sus propias palabras, mientras ocupe el cargo siempre tendrá la razón. La primera vez que vino a saludarnos, en aquella planta que sería su reinado, se quedó plantado mirando al personal durante más de dos minutos y cuando llegó a mí, soltó su risita nerviosa y claro, a los dos días me cesó como su secretaria y me relegó a un rincón, el maravilloso rincón del fondo donde apenas llega la luz y semioculto en la penumbra por la enorme fotocopiadora. …*Creo, Señorita López, que lleva usted demasiado tiempo de secretaria del director general y ya toca que le asignemos un trabajo de su categoría, es hora de que esta administración le reconozca su valía durante todos estos años….* ¡¡¡¡¡El rincón de la fotocopiadora!!!!!!, justo al lado del aseo de caballeros, los de mujeres están al otro lado de la planta, cerca del Registro. En mi maravilloso rincón la ventilación es prácticamente nula y al estar tan cerca, me llega todo el ruido de mis queridos compañeros en el baño, además, ellos tampoco se cortan mucho y ni se acuerdan de cerrar la puerta, al fin y al cabo yo no existo. En una ocasión alguien, dando voces, me pidió papel higiénico y le acerqué el expediente que había sobre su mesa, …D*ejadme paso, el señor Angulo está cagando y no tiene papel…* se lo pasé por debajo de la puerta. Me costó aguantarle ciertos improperios lanzados a mi persona cuando salió del baño, pero debió de correrse la voz y ya nunca nadie volvió a pedírmelo.

Al poco de ser relegada, Leyre, que acababa de ser contratada como interina para sustituir a algún funcionario inexistente, me relevó como secretaria del director general ocupando mi mesa y mi puesto. ...*Margarita, lo siento mucho, yo no sabía que te iban a trasladar a este rincón, me dijeron que la plaza estaba vacía desde hacía bastante tiempo, necesitaba el trabajo, espero que lo entiendas. -Querida Liendre. -Leyre, Margarita, es Leyre. -Perdóname querida, es que no estoy acostumbrada a ese nombre. Como te decía, querida Liendre, te estoy enormemente agradecida, por fin alguien me sustituye como secretaria del director, yo ya estoy muy cansada para tener que venir por la tarde. No conozco bien al director, pero le agradezco mi relevo, y también a ti, querida Liendre, porque has venido en el momento justo, gracias. Dame un beso y un abrazo, ¡verás qué alegría se lleva mi madre cuando le cuente que estoy liberada y no tengo que venir por las tardes!, ¡Te va a poner en su altar particular, ya verás, cada día una oración para Santa Liendre!...* En realidad, a pesar del disgusto inicial, al poco tiempo el cambio resultó un alivio y tras tantos años en la Administración, ¡por fin ya no tenía que quedarme ninguna tarde! Así tendría más tiempo para disfrutar en la cárcel de mi madre. Tras mi relevo recuperé mi máquina de escribir y empecé a clasificar, fotocopiar, grapar y desgrapar expedientes imposibles, me dejaron allí, escondida en aquel rincón inhóspito. Yo ni protesté, pero aquel día, tras brindar mi mejor sonrisa al director general y plantarle dos besos a la zorra de Leyre, juré vengarme de los dos, pero Shirley, con el transcurso del tiempo y lo cómodo de mi nuevo trabajo, mi venganza se fue desinflando y quedó reducida a decirles a los dos cuatro cositas cuando me jubilara. Pero ahora sí que se van a arrepentir, ya te lo digo yo.

Ya desde el principio, la estúpida de Leyre demostró ser tan torpe e inútil en el trabajo que, a los pocos días, en vez de despedirla y ponerla de patitas en la calle por no superar el periodo de prueba, le pusieron asistente y trajeron a Vicky, ella conseguía una secretaria (de la secretaria del director general) y nosotros una nueva compañera. La pobrecita ya vino asustada y a los quince días, al ver el trabajazo que le cayó, se despidió. Creo que Vicky es la única persona que recuerdo con cariño y que me caía bien, no es que fuera amable conmigo, es que me pareció muy espabilada e inteligente, creo que por eso no duró mucho; allá por donde andes ahora querida Vicky, un ole por ti.

Si Leyre hubiese puesto en su currículum una foto de cuerpo entero en lugar de solo la cara, ahora sería secretaria de algún ministro o del presidente. En todos los años que llevo en la administración jamás me encontré un curriculum tan manoseado como el suyo, con una sola fotografía se hizo con mi mesa (en un lugar con mucha más luz) y le colocaron un ordenador nuevo en el que es capaz de escribir ¡a la friolera velocidad de dos pulsaciones por minuto!, en esas dos pulsaciones llega a cometer hasta tres faltas de ortografía y, entre una pulsación y otra, vienen todas sus amigas a buscarla para ir juntas a mear y se tiran en el baño más de ciento cincuenta y cuatro horas, ¡todo un fichaje la Leyre! A mí el director general, durante los dos días escasos en que trabajé con él, me dijo que no quería que le trajese café porque él jamás desayunaba. …*no se preocupe por mi café señorita López, yo soy más de barrita de cereales. -Pues ya lo siento yo señor director, porque a ver quién me sube a mí el café ahora….* Pero desde que entró Leyre, baja con ella a desayunar al bar a diario, de pronto ¡ya no toma barritas! Ya sé, Shirley, es normal, con ese cuerpo todos quieren desayunar a tu lado, en cuanto sube del desayuno con el director, la está esperando el Interventor General para bajar de nuevo. El desayuno en el Ministerio es uno de los actos más importantes y en los que uno consigue una información relevante, por eso hay que dedicarle bastante tiempo. Para mí mejor que se refugien en el bar, cuando están en planta y a la vista de todos la imagen resulta, cuando menos, patética: Leyre ríe, el director ríe, Leyre vuelve a reír, el Interventor ríe, Leyre ríe de nuevo, ahora todos ríen, hasta en el baño ríen y ahí, lamentablemente, me toca oírlos de cerca, creo que yo soy la única que continúa sin reír.

Pues bien, querida Shirley, ahora que conoces a los personajes, retomo el relato del tanatorio, te cuento: Leyre llegó a la sala con un trajecito de color negro que debía de haberle quitado a alguna Barbie y que le ajustaba como un guante. El Interventor, tras darme el pésame, se disculpó y se largó a la cafetería excusándose por la impresión que le provocaban los tanatorios, no sin antes decirle a Leyre que la esperaba allí, (aunque yo sé perfectamente que lo que de verdad le impresiona a nuestro Interventor es una cafetería abierta, esté donde esté.) …*Te traigo saluditos de toda la planta: de Marisol, de Maricarmen, de Elena, de Javi, de Juana y Mar, de Mercedes. Herminia y Kasandra vendrán a verte luego, también te manda saludos Carlos, que no te preocupes por nada y que te tomes el tiempo que estimes necesario, que lo primero es lo primero... -Gracias Leyre, ¿quién es Carlos?. - ¡Que cosas tienes Margarita, el director general! -Ahhhh*… Y después de transmitirme el pésame de toda la planta se me lanzó al cuello y se puso a llorar, en ese momento deseé que el Interventor estuviera allí con nosotras para unirse al llanto. Leyre y la Dientes también se fundieron en un abrazo, (porque es flexible, si lo hago yo me tiro un mes con ciática, para abrazar a la Dientes hay que doblarse mucho, mucho). Luego le tocó llevarse a rastras al Interventor, el pobre parecía tan afectado por la impresión del tanatorio que debió haberse consolado bien en la cafetería. Esa imagen, que al principio me impactó mucho, se difuminó en cuanto, como si de Gloria Swanson se tratara, hizo su aparición Herminia. Estoy convencida de que la pobre mujer llevaba mucho tiempo en el pasillo esperando a que hubiese bastante gente, pero, tras varias horas y viendo que no llegaba nadie, se lanzó a escena y se presentó en la sala.

Se detuvo ante la entrada, levantó los brazos y colocó las manos en los marcos de la puerta por encima de su cabeza, con el pelo rizado tapándole la cara miró al suelo y, poco a poco, al hilo de su discurso, fue levantando la cabeza hasta mirarnos por encima de las nuestras. Herminia jamás te miraba a los ojos, salvo que estuviera diciéndote alguna verdad, por esa razón jamás miraba a los ojos. Si la Dientes y yo hubiésemos tenido dos linternas ese habría sido el momento exacto para enfocarla, como si de una escena teatral se tratara y la siguiesen dos cañones de luz. Montar tanto espectáculo para decir tan solo que lo sentía *… ¡Margaritaaaa, Margaritaaaaa, qué dolor tan grande!, no tanto como el que yo he sufrido en otros agrios momentos de mi vida, no, no me preguntes querida, algunos detalles son inenarrables y es mejor no referirlos, no, no insistas, a veces es mejor callar, pero fue tan amargo cuando me robaron una medallita y el coche en Albania y me encontré sola, rodeada por cuatro rumanos y un ruso, ¡no puedes hacerte a la idea del miedo que pasé! En fin, no quiero molestarte, solo he venido a decirte que comparto tu dolor y conozco tu sufrimiento, yo sé lo que es perder a una madre, al menos la tuya se ha ido en paz. Por cierto, ¡que poca gente ha venido Margarita!...* Terminó su discurso intentando secarse los ojos secos con los dedos en un llanto fingido y, tras su letanía, se dio la vuelta y se fue. La Dientes y yo, calladas y perplejas, seguimos con la mirada fija en la puerta esperando el segundo acto, pero no llegó.

Kasandra, durante el tiempo que nos acompañó en la sala alabó mi vestido, se sentó entre nosotras y, con amplia sonrisa, nos confesó que éramos sus dos mejores amigas, se mostró interesada en averiguar si mi madre me había dejado dinero para después informarnos, con todo lujo de detalles, de la cantidad que ganaban las de Registro, las de Financiero y la injusta diferencia con las retribuciones de Leyre, nos reveló quiénes eran los que hacían trampas con el reloj de fichaje y muchos más detalles oscuros del Ministerio. La Dientes y yo la escuchábamos sin osar interrumpirla, (mejor era eso que el silencio) y tras el reportaje se levantó y se marchó, haciéndonos jurar que le guardaríamos el secreto y que no le diríamos a nadie lo que nos acababa de contar confidencialmente a nosotras, y sólo a nosotras, porque como nos volvió a recordar, éramos sus mejores amigas. Ya se encargaría ella, al día siguiente, de inventarse lo que le viniese en gana. Cuando se marchó ya eran las diez de la noche y como, lógicamente, no se acercó nadie más, me marché del tanatorio seguida, cómo no, por el monito. La Dientes insistió en que me fuera a su casa para no estar sola, pero la insoportable idea de aguantar con ese vestido varias horas más y de tener que ir al extrarradio a dormir me animaron a inventar cientos de excusas hasta conseguir, por fin, que me dejara tranquila y me acompañara a coger un taxi que me llevase directa a casa... *-De eso nada Señá Margarita, ahora llamo yo a mi marido y la lleva a casa. Usté váyase y duerma que yo me quedo aquí un ratino por si viniera alguien más, tengo metro hasta la una de la mañana, no se preocupe…* A mí ya no me importaba nada y me daba igual lo que hiciese, como si se quería llevar a mi madre de recuerdo a su pueblo. Su marido tardó muy poco tiempo en venir a recogerme y, en silencio, me llevó hasta la puerta de mi casa, no nos dirigimos la palabra en ningún momento, pero era tan educado Shirley, tan caballero, que hasta se me pasó por la cabeza invitarle a subir y apañar la primera promesa, al menos que los dos nos lleváramos una alegría, él se acostaría por fin con una mujer y no con un mono y yo cumpliría la primera. Lástima que estuviera tan cansada y que sólo quisiera estar sola y descansar, por desgracia, en cuanto llegué a casa comprobé que no lo estaba, allí seguía mi madre con su camisón y moviéndose en bucle de un lado al otro del salón. Al principio me quedé inmóvil sin poder dejar de mirarla, después me di cuenta de que podía moverme libremente por el salón y pasar a su través, así que la dejé allí, me desembaracé del puto vestido y ya cómoda, por fin, pude sentarme y empezar a escribirte de una vez. Mi madre sigue por ahí, moviéndose por toda la casa, y creo que no me dejará tranquila hasta que el sueño me venza y también yo, caiga muerta.

A las siete de la mañana ya estaba la Dientes llamando a la puerta. Y menos mal, de no ser por ella, como me acosté tan tarde me habría quedado dormida y no habría asistido a la incineración. Me trajo otro vestido, también negro pero algo más amplio, me dijo que era de una hermana de su cuñada que vivía muy cerquita de su casa, creo que dijo en Paracuellos, pero tampoco sé, porque como no le presto mucha atención a la Dientes y todo lo que dice se me olvida, podría ser cualquier otro lugar. Tras una ducha me despejé un poco y ya más despierta, me atreví con el nuevo vestido, este al menos no se me pegaba al cuerpo y me apretaba solo lo normal. Ella, sin consultarme siquiera se metió en la cocina, preparó café y me sirvió una taza con un par de magdalenas. …*Tiene usté que comer algo Señá Margarita que el día es muy largo. -Dientes, de verdad, te agradezco toda tu ayuda, pero no puedes faltar al trabajo por mí. -No se preocupe Señá Margarita, nunca me he pedido moscosos en toda la vida, así que ahora, y por primera vez, he pedido dos días para estar con usté y acompañarla…*

Excepto nosotras dos, nadie más vino a la incineración. La ceremonia fue rápida pero muy bonita, con el despiste de la oferta funeraria, sin darme cuenta, había contratado un cuarteto que cantaba el Ave María mientras el ataúd, tan costoso, se deslizaba por unos carriles hacia unas cortinas que, al abrirse, mostraban la puerta de un horno en llamas. …*Señá Margarita, en ese horno se debe hacer mu buen pan, que yo de eso sé mucho porque mis padres eran panaderos..*. Una está tan hipnótica viendo como ese ataúd tan caro desaparece de tu vista al ritmo de aquella melodía tan bonita que a punto estuve de ponerme a cantar yo también. ¡Qué sincronización! En cuanto corrieron las cortinas ocultando dentro el ataúd entre las llamas, terminó la música y el cuarteto se marchó sin decir nada. Dos horas después estaba de nuevo en casa y con un tupper con forma de huevo de avestruz que guardaba en su interior las cenizas de mi querida madre que se retorcía agitada intentado salir. Yo, sin querer escucharla, me puse a leer lo que ya te había escrito, añadí este día y después me puse a deambular por la casa con el huevo de Pascua en la mano buscando un lugar donde guardarlo mientras en la radio sonaba una canción que yo cantaba de joven, muy joven, “Saiens fiction duble featur”, de un musical que nunca vi, el Rocky horror o algo así. No escuchaba aquella canción desde hacía más de treinta años y aun así, podía tararearla entera de memoria y eso que no tengo ni idea de inglés. Con aquella melodía me fui animando poco a poco y terminé recorriendo la casa a voces zarandeando tanto el enorme huevo Kínder como si fuera un micrófono que a punto estuve de estamparlo contra el suelo.

Cuando una canta a solas, sin público, una canta muy bien, incluso llega a superar a la artista de la versión original. La realidad será muy distinta pero nuestra mente nos aplaude cuando estamos solos como si fuéramos los mejores en cualquier arte, en este caso, yo era la sublime Margarita cantando en inglés como nadie. Con el final de la canción y ahora que termino de escribirte, me vuelven a la cabeza mis tres promesas.

Me los voy a cargar a todos, estoy segurísima.

# Dos

*Cada mañana mi madre siempre amanecía con la misma frase: No quiero más que de morirme.*

*…A veces me pregunto si por eso vivió tanto tiempo.*

**Primera promesa**: Dejar de ser virgen. No cumplida, sin avances.

**Segunda promesa:** Ir a visitarte a Grecia. No cumplida, sin avances.

**Tercera promesa:** Volverme una hija de puta. No cumplida, sin avances.

Querida Shirley**,** mi padre nos abandonó siendo yo una bebé, pero la cabrona de mi madre nunca lo asumió y siempre se lo negó a todo el mundo, cortando tajante cualquier insinuación, *…Ya lo ve usted Doña Inés, ahora las dos solas porque, fíjese usted que mi marido, o aceptaba el puesto en la fábrica como responsable de producción en Ceuta o se iba a la calle, y ya sabe usted Doña Inés como están las cosas y que a mí la calor me mata, si ya lo sabe usted, que yo en agosto no puedo ni pisar la calle de cómo se me hinchan las piernas. Sí, sí, nos escribe todas las semanas. Pues allí anda el hombre Doña Inés, deseando jubilarse y venirse aquí. Es lo que le digo yo Doña Inés, que aún le faltan treinta años para jubilarse, que no debe tener ese ánimo. ¡Qué desgracia Doña Inés!, ¡mi marido iba a venir en Navidad para cenar todos juntos y no le dan el permiso!. Ya ve usted Doña Inés, habrá gente que pensará que estoy criando a mi querida hijita sola.* Sin embargo, a mí siempre me dejó claro que mi padre se había ido por mi culpa, pero eso sí, sutilmente, para que esto no me creara ningún trauma infantil… *¡Malaputa, gorda del demonio, egoísta, que me has convertido en una desgraciada por ser tan mala persona! Si ya lo decía San Germán, que te caló a la primera, si hasta tu padre se fue del miedo que te tenía, porque ya se veía venir que eras una zorra…* Supongo que a las madres del colegio debió de contarles la verdad con el tiempo, cuando yo me hice mayor, o si no, muchas de esas madres descubrieron la verdad por ser de nuestra misma parroquia. Más de una vez alguna compañera en el colegio me dijo que mi padre nos había abandonado porque yo era fea, gorda y una niña muy mala. Tú seguramente no lo entenderás y no te afectará lo que te cuento, porque nunca fuiste fea y tampoco estabas muy gorda de pequeña, aunque luego de mayor te pusieras muy hermosota, pero ni te imaginas lo crueles que llegan a ser algunas niñas solo porque a ti te sobran algunos kilitos.

Mi madre, mi querida y amada madre, jamás ejerció de madre protectora, tan solo fue controladora, y en parte, ese control pasaba por echarme a mí la culpa de todo lo que sucediera. Daba igual que la tortilla francesa se quemara por un lado o que hubiera hambruna en África, todo, absolutamente todo, era culpa mía. Incluso llegué a creerme la diosa del polvo porque, según ella, si los muebles estaban llenos de ácaros, también era culpa mía. Uno de mis juegos favoritos cuando no me miraba (y créeme que era muy difícil no encontrar su ojo apuntando constantemente hacia mí), era levantar las manos y moverlas de izquierda a derecha imaginándome capaz de hacer levitar al polvo y sacarlo por la ventana.

En fin, sin tonterías, lo que yo creo es que mi padre se lio con otra y se largó sin volver a preocuparse jamás por nosotras. Pero yo, Shirley, siempre le perdoné la fuga porque lo entendía, bastaba pasar dos minutos a solas con mi madre para darse cuenta de que los siguientes iban a ser iguales o peores. Con el dulce carácter de mi santa madre y una hija gorda, fea y zorra, imagina lo que debió de pasarle a mi padre por la cabeza al pensar en toda una vida juntitos los tres.

La verdad es que mi padre nos abandonó cuando yo todavía estaba en la cuna, totalmente ajena al futuro que mi madre me tenía reservado; si al menos ya hubiese dado mis primeros pasos, habría tenido la opción de agarrarme a su mano y marcharme con él. Pero aún no andaba, y de esta forma involuntaria, heredé una vida que ya estaba escrita y organizada por mi madre, sin opción a intervenir en mi destino, que para eso ya estaba ella. Años después, cuando conocí a mi padre, (aunque yo en ese momento no supiera que era él) pensé que si no quiso volver a tener contacto conmigo, tampoco era yo nadie para reclamarle absolutamente nada. Con los años terminé creyendo que mucho de lo que decía mi madre de mí era cierto así que, si yo me lo creí, seguro que mi padre también. ¿Por qué iba a querer estar conmigo? Por eso le he perdonado todo por partida doble, por abandonarnos y por no querer saber nada de nosotras después de aquel fatídico día en la playa. Tan solo sé su nombre: Paco. Mi madre tiró todas las fotografías, no había ni un recuerdo de él y su nombre solo se citaba cuando ella quería recordarme que nos abandonó por mi culpa.

Aprendí a jugar sola, a contarme a mí misma mis sueños e ilusiones y ya de mayor, gracias a tus consejos, aprendí a contárselos también a mi silla confidente. Seguro que ahora, cuando leas esto, pondrás tu maravillosa sonrisa, la misma que le pusiste a tu amiga de la infancia, Marjory Majors, tras confesarte en el ascensor que era prostituta. ¡Como si lo viera!

Oír la dulce voz de mi madre mientras yo vivía otra vida deambulando con mi mente por cualquier otro lugar, me resultaba bastante fácil, exactamente lo mismo que hago ahora con la Dientes o con Marisol la del Registro, ellas hablan y hablan mientras yo asiento y les doy la razón en todo, …sí, sí, claro que sí, por supuesto, sí, eso es…, cuando en realidad, en mi cabeza, estoy haciendo la lista de la compra semanal. Con tanta práctica he llegado a ser una experta en la evasión sin que nadie perciba que yo, simplemente, ya no estoy allí. La verdad es que, igual que me pasa con mi madre, lo que cuentan no me interesa lo más mínimo. La Dientes porque no tiene cerebro y Marisol porque… en fin… otro día, si encuentro el momento, te hablaré de ella, En realidad me pasa con todos, nunca presto atención y me voy a mi mundo, ni siquiera Kasandra lo logra a pesar de lo que va inventando y contando a sus más mejores amigos y amigas.

Mi madre, salvo para insultarme o darme órdenes, casi nunca me hablaba, por lo que yo, con mucha frecuencia, cerrando los ojos me marchaba rauda en mi nave espacial hacia un planeta perdido a rescatar a mi padre. A nuestro regreso, cargados de oro, le regalábamos a mi madre una iglesia entera para ella sola mientras mi padre y yo recorríamos el espacio sideral. Algún día me gustaría saber por qué el espacio es sideral.

Como a mi madre le apasionaba tanto el tema religioso, pasé mi infancia rodeada de estampitas de todos los santitos del santoral. Los conocía de memoria y estaba totalmente capacitada para saber lo que había que pedirle a cada uno de ellos. En el cielo los Santos también están especializados. Mi madre, que era de poco hablar siempre, podía tener una conversación entera con alguna vecina sólo para demostrar que se los conocía a todos *… Si ya se lo digo yo, Doña Inés, que esta hija ahora puede ser mala y reírse de mí, pero a cada cerdo le llega su San Martín. Coma usted con nosotras hoy Doña Inés, en la mesa de San Francisco, donde comen cuatro comen cinco. Pues dicen que hoy va a llover, pero agua de San Juan quita vino y no da pan. Bueno Doña Inés, que parece que ya se va a terminar el frío de una vez, por San Vicente el invierno pierde un diente…* La favorita de mi madre era Santa Gema y siempre la invocaba con devoción ante cualquier inclemencia, un filete de pollo a punto de quemarse, un dedo con uñero, unas medias negras recién estrenadas …*Santa Gema Bendita, protégeme*... Cuando mi madre la invocaba yo imaginaba a la Santa detrás de ella haciendo aspavientos y apartando rauda y veloz todo aquello que pudiera perturbar su arriesgada vida. A veces, ante gran necesidad, les rezábamos a todos el mismo día y yo veía a los santitos acudiendo juntitos, en hilera, a besar a mi madre y soltarle un soplo redentor que le sacudía las pestañas y le levantaba el postizo con la brisa, ay, cuánta devoción a todos, bueno, a todos no, teníamos un Santo prohibido, San Antonio estaba proscrito por mi madre. A este pobre, por el que yo sentía secreta pasión, no podía rezarle porque era el Santo de las guarras y de las busconas según ella. La tradición marca que las mozas casaderas deben acudir a San Antonio y pedirle novio, imagino que en estos tiempos también acudirán las divorciadas, separadas, insatisfechas y todas aquellas con ganas de una aventura extraconyugal. Invocando al Santo, le piden el novio, mientras en la pila de la iglesia, llena de agua bendita y abundantes alfileres, introducen con fuerza la mano; los alfileres que se hayan clavado en la palma serán los novios que San Antonio te tiene reservados, cuantos más alfileres, más novios, vamos, que ya San Antonio era permisivo y generoso en aquella época austera de castidad y compostura.

Una vez me creé mi altar particular en el cuarto de baño, sumergí el pequeño crucifijo que llevaba colgado al cuello para bendecir el agua de la pila del lavabo, puse una estampita de San Antonio en el espejo (la había robado en la parroquia de San Germán) y le encendí dos velas, una a cada lado de la pila. Después, dejé caer sobre el fondo de la pila todos los alfileres que había en el costurero de mi madre y me dispuse a meter las manos, pero me dio tanto miedo al pensar que mis palmas pudiesen salir sin alfileres que, con el susto en el cuerpo, introduje las manos nerviosas en la pila haciendo tanta fuerza sobre el fondo que durante más de una semana no pude ni coger la cuchara por lo infectadas que estaban con tanto alfiler. A mi madre ese acto le sirvió para confirmar que, de seguir adorando a San Antonio, yo acabaría siendo prostituta. A mí eso no me importaba en aquel momento; aun con las manos doloridas, no podía dejar de sonreír para adentro al pensar en la cantidad de hombres que iban a pasar por mi vida.

La verdad es que por más que San Germán y mi madre se empeñaran en hacerme ver que yo era el origen de todo mal, estaba convencida de todo lo contrario y estrujaba mi joven cabecita para demostrárselo. Se me ocurrió que la mejor manera de convencerlos sería demostrarles que la hija descarriada había sido bendecida con el don de poder hablar con el mismísimo Dios, ese sí que estaba por encima de todos los santos del santoral. Ante semejante don, mi madre y San Germán no podrían hacer nada, tan solo adorarme, quererme y dejar de insultarme; verían toda la bondad que había dentro de mí. Me recreé tanto con la idea que aquella noche al irme a dormir me sentí feliz pensando en la estampita que harían con mi foto y que se repartiría en todas las parroquias del mundo.

Como si el mismísimo Dios hubiese decidido colaborar conmigo en mi deseo, se me presentó de repente una situación sobrenatural que me permitiría alcanzar el objetivo que me había trazado. Me ilusioné aún más porque ahora veía que la estampita con mi imagen sería una realidad sí o sí, estaba segura. Era consciente de que mi madre nunca me permitiría tener una mascota en casa, les tenía declarada la guerra a todos los perros y gatos del mundo, los odiaba a muerte. …*¿Tú sabes Margarita la cantidad de negritos que hay muriéndose de hambre en África? Miles, millones, ¿y sabes quién tiene la culpa además de ti? La gente. La gente que tiene gatitos y perritos en casa. Si los hicieran trocitos y los mandaran en camiones a África, esos pobres niños podrían comer…* Un día a la salida del colegio me encontré a un grupo de niñas haciendo corro para ver unos gatitos escondidos tras una caja junto a la valla, me acerqué a mirar y, rauda y veloz, antes de que mi madre se percatara, ya tenía un gatito entre los brazos. Ese era mi momento, Shirley, el ansiado momento que esperaba, el mismísimo Dios lo había tramado para ayudarme y no podía fallarle, tenía que actuar inmediatamente. Mi madre para algunas acciones cotidianas tenía un superpoder, el de la rapidez. Era capaz de adelantarse a cualquiera, podía estar haciendo una tortilla en la cocina y a la vez, sin que te diera tiempo a verlo venir, te soltaba un tortazo y un malaputa cuando tú estabas tranquilamente en el salón. Era consciente de que debía actuar ipso facto y adelantarme a su superpoder para que no tuviera tiempo de arrebatarme al lindo gatito, así que cuando la vi venir solté al pobre animal y, ante todas las niñas y sus madres, me puse de rodillas, extendí los brazos en cruz y, dejando resbalar un poco de saliva por la barbilla, levanté la vista extasiada, miré hacia el cielo y, alzando la voz, me puse a hablar con Dios de corrido, exagerando y haciendo puro teatro. Hasta los pobres gatitos dejaron de maullar ante mis gritos. … *Claro que sí San Dios, claro que te escucho, claro que soy una niña buena, ¿Cómo?, pero…, es que mi madre no me deja San Dios, Ahhh, que ahora que sabe que hablo contigo me dejará. Gracias San Dios por hablar conmigo, prometo que cuidaré del gatito siempre, siempre, siempre, no, San Dios, no lo hagas, no mandes una nave espacial desde el espacio sideral para disparar a España, te prometo que cuidaré del gato y de mi mamá siempre…* El mismísimo Dios me pedía que cuidara del gato ante un público atónito, mezcla de incredulidad y de vergüenza ajena, y yo, claro, como él me lo pedía, le prometí que lo cuidaría durante toda mi vida y le hice mi juramento delante de aquel público improvisado. Aquel místico espectáculo duró poco Shirley, justo lo que tardó mi madre en agarrarme del pelo y, sin soltarlo, levantarme del suelo y arrastrarme en esa postura hasta casa tirando de mi escasa cabellera. Los pobres gatitos, asustados, corrieron a esconderse en su rincón y se quedaron allí calladitos, sin atreverse ni a ronronear ni a soltar un solo “miau”. Desde aquel día un nuevo apodo se instaló en nuestras vidas. Ya no solo se dirigían a mí como la “gordafea”, a mi madre comenzaron a llamarla “la madre de la Foca Bernadette”.

Siempre elegíamos el santo al que rezar en función de la circunstancia del momento, así íbamos intercambiando a Santa Gema, Santa Clara, San Patricio y todos los otros santos del santoral (salvo San Antonio, claro está). Pero sobre todos los santos, le rezábamos a uno que aún estaba vivo, a San Germán, el cura de nuestra parroquia. Sí Shirley, mi madre necesitaba su media naranja, un aliado para terminar de hundirme y machacarme y en él lo encontró, vaya si lo encontró. En aquella parroquia de San Germán se me iban las horas sentada en uno de aquellos duros bancos de madera mientras mi madre y otras mujeres (pero que conste que, entre todas ellas, la más devota era mi querida madre), fregaban de rodillas todo el suelo de la iglesia, daban Pollitus a la madera de los bancos, lavaban, planchaban y cocinaban para San Germán y seguro que si el cura lo hubiese insinuado, habrían limpiado las paredes de la iglesia también con la lengua. Y lo peor de todo es que todas estas tareas las hacían al ritmo de canciones tales como “Alabaré, alabaré” o “Vine a alabar a Dios”. Era tal el despliegue de limpieza y el esmero con el que realizaban sus labores que siempre pensé, hasta que fui bien mayor, que la letra de la canción era “Vine a lavar a Dios”.

En aquella época, viendo todo aquel fervor y el celo por servir, yo, aunque aún era muy niña, tenía claro que mi madre estaba enamorada de San Germán. Después, ya de mayor, entendí que más que amor, lo que le pasaba a mi madre es que se le mojaban hasta las bragas cada vez que el cura andaba cerca. Cuando lo mandaron a la parroquia de nuestra zona estaba recién ordenado sacerdote y en cuanto llegó aquel efebo, rápidamente aumentó el público femenino que asistía a sus misas, público que venía incluso de otras parroquias y otros barrios al correrse la voz de su llegada. Aquellas feligresas entregadas se disputaban abiertamente los mejores bancos y las mejores tareas y entre las de la zona creció una pasión absolutamente xenófoba porque las devotas que pertenecían a la parroquia, entendiendo que eran la casta original, se crecieron y se hicieron valer frente a las “extranjeras” que, despreciando la parroquia de su barrio, acudían a la nuestra como intrusas. Si San Germán estaba presente se cortaban y fingían entenderse, pero te aseguro que, cuando el párroco no estaba en la iglesia, presencié intensas batallas campales entre ellas, con tirones de pelo y auténticos mordiscos, arañándose unas a otras como gatas en celo.

La primera vez que lo vi, me pareció que era hijo de Doña Inés. No tendría más de treinta años, la piel muy blanca, casi rosada. Los dientes, aun siendo suyos, eran tan blancos como los de la Dientes. El cabello rubio, ondulado. Los ojos azules y la voz dulce y afeminada, casi cantarina. Era como un efebo-eunuco, pero con sotana. Me avergüenza recordar que también me enamoré del cura nada más verlo, pero me debió de durar poco el enamoramiento porque enseguida descubrí el propósito que aquel figurín se había marcado como objetivo en la vida: hundirme, humillarme y machacarme, todo a la vez. Al principio comenzó a amargarme la vida sutilmente, en secreto. Luego ya, consciente de la complicidad de mi madre, abierta y descaradamente, y siempre con su permiso y aprobación. Desde el minuto uno en que nos encontramos frente a frente, por la forma en que me miraba y la mueca que puso al verme, supe que no le caía bien. Aquella primera vez mi madre ya le dejó claro que yo no era una niña especialmente buena, …*Ángel mío, pero que bonita eres Margarita. -No le diga eso a la niña padre, a ver si la va a hacer dudar. La niña sabe que es fea y gorda y ya le garantizo que no es un ángel. A ver si usted pudiera averiguar si está poseída. ¡Cuánta ayuda voy a necesitar de usted padre para enmendar a este demonio! Ya le contaré padre cuando ella no esté delante, ya le contaré para que vea lo que me está haciendo de sufrir...*. Aquel mensaje tan sutil le dio vía libre a putearme cuando le diera la gana, sin necesidad de disimular como hacía con otras chicas cuando sus madres estaban delante. Esto supuso un alivio para muchas madres de la parroquia porque, mientras se metiera solo conmigo, sus hijas quedaban a salvo de burlas y humillaciones, ya me las comía yo todas, ¡menudo empacho! En cambio, por alguna extraña razón nunca se metía con los chicos; bueno, solo con los que eran realmente guapos, a esos siempre les tiraba de las orejas y les sentaba en sus rodillas para darles azotes o pellizcarles insistentemente los pezones. Nadie, salvo yo, parecía darse cuenta de ese detalle.

Al pasar a mi lado nunca caminaba como un sacerdote, siempre marcaba el paso como una diva altiva sin dignarse siquiera a mirarme. Le encantaba estar junto a mí cuando mi madre estaba cerca, así podía ridiculizarme y humillarme abiertamente mientras ella le reía todas las gracias. Estoy segura de que incluso si esas burlas e insultos fuesen dirigidos hacia mi madre en lugar de a mi persona, ella se habría reído igual,…*Ay que ver este ángel mío que algún día será abadesa, aunque menuda cantidad de tela vamos a necesitar para hacerle el hábito. Margarita no te sientes siempre en el mismo banco que lo estás deformando. Igual esta niña no debería estar tanto tiempo tumbada porque está creciendo a lo ancho*... pero cuando mi madre no estaba delante era incluso peor, en las catequesis me exhibía ante todos los niños poniéndome como ejemplo de aquello que nunca deberían ser. En una ocasión, estando a solas los dos, se me acercó y susurrándome alto y claro al oído, *…Me das mucho asco niña gorda, no te acerques a mí o le digo a tu madre que te ingrese en un psiquiátrico, y sabes perfectamente que lo hará*…me amenazó con llevarme a un hospital mental si no dejaba de molestarle, aunque no sé cómo podía yo molestarle si le tenía tanto pánico que me escondía en cuanto lo veía venir.

Mi madre permanecía como una estatua y ni se inmutaba cuando San Germán me apartaba de un fuerte empujón llamándome “gorda del demonio” y, en las dos únicas ocasiones en que me animé a suplicarle que cambiásemos de iglesia, obtuve por respuesta dos tortazos por vez y la amenaza sutil de que en el infierno me esperaban Stalin y el mismo demonio para asarme en la hoguera. Ante semejante situación opté por resignarme y evitar en lo posible ponerme a la vista del maldito cura, al menos durante mi infancia porque, ya adolescente, entablé un pulso con la loca de San Germán que estoy convencida que le hizo arrepentirse de haberme tratado de una forma tan canalla. Esa lucha interna entre los dos duró hasta que mi madre, postrada en la silla de ruedas, ya no pudo salir de casa nunca más. Él disfrutaba dándole consejos sobre cómo educarme mientras yo, además de conseguir que a ella le prohibiesen la entrada a la iglesia, me dediqué a enviarle anónimos llamándolo maricón. Él era consciente de que era yo la de las misivas pero, con mi madre fuera de juego, ya no podía hacerme daño, únicamente condenarme a los infiernos pero eso a mí, querida Shirley, me daba exactamente igual. Seguro que el infierno no sería mucho peor que mi vida.

Yo inventé el apodo de San Germán intentando burlarme del cura y me dio mucha rabia que al cabrón le gustase el mote. Comencé a llamarlo así con toda la maldad del mundo, pero, siendo tan niña, debí de hacerles tanta gracia a todas aquellas feligresas, más deseosas de conocer los secretos que el párroco ocultaba tras la sotana que de oír su sermón, que comenzaron a llamarle San Germán convencidas de que era un verdadero santo y llegaría a Papa, todas coreaban al unísono ¡Ay, San Germán, si es que usted es un santo! También le puse el sobrenombre de “La loca de San Germán” y por fortuna ese ya no le hacía tanta gracia, así me consolaba un poco de lo anterior.

Mi madre, que por su carácter solía protestar siempre por todo, se volcó en el cura para confesarle todas sus desdichas, a él podía contarle cualquier cosa sin cortarse lo más mínimo, incluso delante de mí, si bien todas aquellas desgracias y penurias siempre le ocurrían por mi culpa. Así ella se desahogaba y el otro obtenía más argumentos para atacarme.

Ella sólo vivía por y para San Germán y él, consciente de su influencia, disfrutó utilizándola para destrozarme la vida o al menos hacerla mucho más difícil. Según su doctrina, la vida debía vivirse en una extrema austeridad, dictamen que no todos los feligreses aceptaban y más siendo residentes del barrio de Salamanca, pero mi madre lo asumió a rajatabla y lo llevó hasta el límite que aconsejaba el cura. Todo lujo o exceso debía desaparecer de nuestra vida y todo aquello que no fuera estrictamente necesario debía ser donado a la Iglesia. Obrando de este modo, Dios se encargaría de repartirlo equitativamente entre los más necesitados. No muchos creían en ese reparto igualitario, a mí ese tema no me preocupaba en absoluto, pero me fastidiaba muchísimo que mi madre se lo creyera ciegamente.

Las niñas, como buenas cristianas, debíamos crecer en la austeridad y el sometimiento y renunciar a los juguetes porque suponían una tentación que nos alejaba de la fe y de la vida honesta. Recuerdo perfectamente ese sermón porque lo pronunció tan solo unos minutos después de que yo, en mi inocencia, le pidiera a mi querida madre la Nancy enfermera por la que, harta de ver a las demás niñas jugar con su Nancy, suspiraba por las esquinas. …*Mamá, mamá, me dijiste que si sacaba buenas notas me comprarías la Nancy enfermera y he sacado todo dieces, ¿Me la vas a comprar? -Qué egoísta eres, Margarita, las niñas malas mueren malas, y tú eres mala y egoísta. Menos mal que San Germán está aquí para protegerme y para enderezarte que ya sabía él que ibas a pedir una muñeca; ¡una muñeca!, ¡con la cantidad de negritos que se están muriendo de hambre y la niña quiere una muñeca!, ¿qué hago con esta niña, Padre, que hago con ella? -Igual Dios la perdona si el dinero que cuesta la muñeca me lo da usted a mí y se lo mandamos a un negrito en África. - ¡Qué sabio es usted, San Germán, qué santo y qué sabio!…* Así, mientras mi madre le daba a San Germán el importe exacto de la Nancy, el cura me miraba con aquel gesto de diva que no podría olvidar nunca, aunque viviera mil años: fruncía los labios y los giraba a la derecha sonriendo al tiempo que, sin dejar de mirarme, estiraba el cuello. Y que conste Shirley que sacar aquellos sobresalientes no me supuso gran esfuerzo, eso no me preocupaba lo más mínimo, lo que me amargaba y me quemaba por dentro es que se me negara de esa forma tan cruel la única cosa que deseaba en el mundo, la Nancy enfermera.

*…Margarita, levántate que son las nueve de la mañana y ya han cerrado el colegio…* Mis mañanas siempre empezaban muy temprano, ni siquiera al alba, porque antes de marchar al colegio debía ayudar a mi madre en todas las tareas de la casa. Casi siempre me despertaba gritándome alarmada y mintiendo sobre la hora real y yo, ingenua, siempre caía en la trampa y me levantaba como el rayo con el corazón disparado al escucharla. El colegio era lo único que me permitía escapar por unas horas de aquella casa y no podía desaprovecharlo llegando tarde. No vayas a creer que en el colegio las cosas eran mucho mejor (no tenía ni una amiga), pero al menos me entretenía con las clases. Y claro, siempre despertaba con ese sentimiento culpable de haberme quedado dormida, ¿por qué no había oído el despertador?. Me levantaba con el pecho encogido y me dirigía al baño sin apenas poder respirar para, de pronto, descubrir el engaño al mirar el reloj …*Madre, ¡son las cinco de la mañana! -Así tienes tiempo para rezar y ayudarme a limpiar el mueble del salón, que la mama sola no puede…* Gracias a ese dulce despertar durante tantos años, adquirí un corazón propenso a las arritmias y a la taquicardia porque, aunque yo era consciente de su mentira, ante la duda, saltaba de la cama con el corazón disparado y sin aliento. Eso sí, jamás llegué tarde ni al colegio ni al instituto ni al trabajo en toda mi vida, también eso se lo debo a mi santa madre.

A los doce años ya pesaba doce kilos por encima de la media del peso de mis compañeras de colegio …*Mamá, mami, en el colegio me llaman gorda. -No, Malaputa, tú no estás gorda, lo que pasa es que eres muy alta y estás muy hermosota. San Germán dice que las mujeres altas y delgadas terminan siendo azafatas o putas y nosotras no vamos a consentir que la nena sea puta además de mala ¿verdad? Ahora, te vas a tomar este tazón de chocolate caliente, las cuatro magdalenitas que te ha preparado la mami y te vas a poner con los deberes, que enseguida está la cena...* Por razones obvias, al pasar al instituto me eximieron de las clases de gimnasia porque, aunque joven, ya tenía problemas en las articulaciones y dolor en las rodillas, de hecho, la única vez que intenté saltar el potro me elevé tan poco que casi me desvirgo. Si llego a saber que aún hoy seguiría siendo virgen, me hubiera empotrado con más fuerza y al menos habría perdido la virginidad ese día. Así que, mientras mis compañeras, para las que yo era simplemente la Foca Bernadette, se dedicaban a perfeccionar sus habilidades físicas y a hablar con los chicos que iban conociendo (a esa edad ellos empezaban a convertirse en la parte más importante de nuestra vida), a mí me abandonaban en el cuarto de estudio y, ya en el instituto, aprovechando el tiempo que no podía dedicar a la clase de gimnasia por estar excluida, me obligaron a aprenderme la reciente “Constitución Española” que, al cabo de un año y habiéndola leído tantas veces, era capaz de recitar de memoria, artículo por artículo, aunque obviamente sin entender la mitad de las cosas que decía. Ser gorda e hija de una mujer abandonada a esa edad tan temprana, los trece, tiene un plus; nadie quiere juntarse contigo, algunas compañeras me impedían acercarme porque abiertamente decían que me las iba a comer, otras porque les traía mala suerte, otras porque si estaba yo los chicos huían despavoridos. En definitiva, no podía acercarme a nadie, ni siquiera a las feas, como una apestada.

Yo no entendía aquello, si me hubiesen dado alguna oportunidad les habría demostrado que podía llegar a ser simpática e incluso graciosa, pero jamás me dieron la más mínima opción. Algunas estamos destinadas a ser ese mueble horroroso del salón que jamás tenemos el valor de cambiar por otro, así me veía yo con trece años, un mueble apartado en un rincón que permanecía por inercia en un espacio que no le pertenecía. Así, desde la distancia, hacía lo que siempre he hecho, escuchar. Me quedaba mirándolas y escuchaba lo que contaban. No podía sentarme a su lado ni mucho menos, opinar. Era un pacto no escrito, se me permitía escuchar con la condición de permanecer alejada sin opción a acercarme al grupo. Ante esa situación impuesta ya entonces empecé a disfrutar de la vida interior de mi cabeza y aprendí a evadirme mentalmente a voluntad. Aunque, salvo en momentos concretos, no recuerdo haber sido muy infeliz, si intento recordar y me pregunto ¿cómo era yo?. La respuesta es que siempre me sentí culpable, estaba convencida de que todo ocurría por mi culpa y de que, al haber nacido tan mala, estaba poseída por el demonio, así que, ante esa certeza, era normal que estuviese siempre sola.

Entre todas las chicas del colegio había una, Mónica Virchet, que destacaba y constituía un ejemplo a seguir por las demás. Era como tu amiga Marjory, lo mismo. ¡Qué ojos Shirley, qué cabello tan negro, qué cuerpo!… Mónica había sido capaz de besar a un chico en los labios, aquello representaba un verdadero triunfo y un emblema distintivo de las mujeres que habían logrado triunfar en la vida … *¿A que sabe? ¿no te ha dado asco? ¿le has mordido la lengua?...* Mónica era preciosa, como Marjory. Sin duda era la chica más guapa del colegio, pero todo lo que tenía de guapa lo tenía de ordinaria. En eso no se parecía en nada a Marjory, a mí tu amiga siempre me ha parecido toda una señora, incluso de joven y aún después de haberse hecho prostituta, ya de mayor, una señora educada de las de siempre.

Ser guapa le otorgaba a Mónica un poder de mando sobre las otras y estas, muy listas ellas, se dejaban gobernar convencidas de que si estaban a su lado estarían siempre cerca de muchos chicos y tendrían la posibilidad de que, en un momento tonto, alguno cayera a sus pies. Cuando una tiene la suerte de ser guapa puede tener tantas más mejores amigas como desee y Mónica, consciente de su don, lo manejaba con mano maestra. Aquel día les estaba contando a sus dos más mejores amigas de esa mañana cómo había realizado la proeza del beso y su público la escuchaba feliz, entre risas y gritos de sorpresa. Pero de todo lo que les contó, lo más escandaloso, lo que estuvo a punto de volverlas locas, fue cuando Mónica confesó con indiferencia que ese no era el primer beso que daba… ¡la muy aventurera había hecho una lista con todos los chicos a los que había besado y, entre risas, contó que en esa lista había más de tres chicos anotados! Sus dos compañeras no daban crédito, … *¿más de tres? ...*trataban de averiguar los nombres de los tres afortunados, que si el Luismari, que si el Juanjo, que si el Carlos del otro colegio. Yo estuve a punto de preguntar si uno de ellos había sido el Chusco, el perro pekinés de la madre de Mari Nieves, otra chica del colegio, pero me mordí la lengua. Ese descaro habría servido tan solo para que Mónica me escupiera en la cara, algo habitual y que le encantaba hacerme cada vez que osaba dirigirme a ella. Al parecer la saliva espanta la mala suerte, según me dijo una vez después de escupirme. Pero ella, impasible al acoso, no soltaba prenda… *Jo, es que es una cosa muy íntima y aunque seáis mis mejores amigas no puedo decirlo. Pero os prometo que un día os enseñaré la lista..*. Y de pronto me vino a la mente la gran idea, ¿cómo no se me había ocurrido antes? Bastaba una lista para ser popular, con una simple lista me colocaría a la altura de la imbécil de Mónica. Estaba tan emocionada que ya no me importó que aquel día me volviese a escupir en el pelo al pasar a mi lado. En muy poco tiempo sería yo la que le escupiera a ella, le iba a quitar a todas sus más mejores amigas.

Pues dicho y hecho, me pasé aquel recreo elaborando mi propia lista, lo hice en las últimas páginas del cuaderno para poder luego arrancarlas sin que se notara y tirarlas antes de volver a casa. Le puse incluso un título a la lista: “Secreto Secretísimo, chicos a los que he besado”. El problema era que no tenía muchos nombres de chicos conocidos, en realidad ninguno, y tampoco iba a ser tan idiota como para escribir nombres de chicos a los que se les pudiese preguntar fácilmente si era cierto lo que ponía en el cuaderno, así que, muy astuta, sabiendo que este tipo de preguntas nunca se le hacen a los padres, en mi lista coloqué al padre de Mónica, al de Mari Nieves, al de Patxi y lógicamente, también a San Germán, al final me salieron más de quince, una lista que me hacía sentirme enormemente orgullosa y me colocaba en perspectiva de superar a la estrella del colegio. Ahora se darían cuenta de mi popularidad y podría tener también todas las más mejores amigas que quisiera. Discretamente, al final del recreo, me acerqué a su lado, a sabiendas de que me tocaba otro escupitajo de Mónica y, haciéndome la despistada, salí corriendo a clase tras dejar caer el cuaderno abierto por la última página. ¡Se iban a enterar de quien era yo!

Ya en clase y después de un largo rato, comencé a sospechar que las cosas no estaban yendo como imaginaba, lo intuí fundamentalmente porque tanto Mónica como sus más mejores amigas habían tardado demasiado en volver a clase, no llevaban el cuaderno y no paraban de reír. Al menos no me escupían, que ya era de agradecer. Pensé que probablemente habrían tirado el cuaderno a la basura sin ni tan siquiera haber leído el contenido y decidí salir a buscarlo, pero al pedirle permiso a la profesora, esta me indicó que no era necesario, que el cuaderno ya estaba en manos de la directora del colegio y que mi madre venía de camino.

Me entró un sudor frío y una tiritona me recorrió el cuerpo, estaba muy nerviosa y pedí permiso para esperar a mi madre fuera de clase. Permiso denegado. Tras media hora la puerta se abrió dejando paso a las tres personas que menos deseaba ver en aquellas circunstancias: la directora, mi madre y claro, cómo no, también San Germán. Este último, cuaderno en mano, nos deleitó con una extensa charla sobre la maldad y los perjuicios de las mentiras mientras me acusaba con su mirada que proyectaba sobre mí en todo momento, marcándome así como la niña culpable y malvada que era. El resto del grupo se unió a aquella reprimenda visual y en pocos segundos todo el mundo me clavaba su mirada acusadora …*Además, no solo no debéis mentir, también tenéis una edad en la que es fácil caer en el pecado y, cuando os hagáis unas mujercitas, será mucho más bonito para vuestros maridos si podéis decirles que son ellos los primeros. No toméis como ejemplo a una mentirosa capaz de inventar cosas asquerosas e indecentes que solo producen vergüenza, nunca orgullo, no os confundáis*… Era su momento Shirley, disfrutaba como una diosa mandando a la hoguera a su súbdita, si le hubieran dejado habría continuado con su sermón horas y horas. Para culminar la humillación, disfrutó leyéndoles a todos la lista completa que yo había escrito en el cuaderno y, aunque él no paraba de insultarme y ofenderme de aquella forma tan cruel, mi madre, al igual que el resto, debieron pasarlo en grande porque no dejaron de reír en ningún momento. El cura se animó con su discurso y elevó tanto el tono de los insultos que hasta mis compañeras, que tanto me odiaban, dejaron de reírse, pero él, ya crecido, siguió insultándome con rabia y ni siquiera lo dejó a pesar de que la directora le pidió por favor que parara, que ya era suficiente, que tan solo era una niña y estaba convencida de que me había quedado claro. Pero yo, en medio de aquella humillación, aguanté sus palabras sin ni siquiera apartar los ojos de mi madre. Me dolía la cara de lo caliente que la tenía, pero aguanté impasible hasta que todos se marcharon e incluso aguanté el resto de las clases del día sin derramar una sola lágrima. Aquella situación humillante despertó en mí algo realmente bueno y útil, en ese momento aprendí a refugiarme dentro de mi cabeza y aislarme del mundo sin necesidad de cerrar los ojos, aprendí que cuando una cree que ha llegado al límite y que ya no puede soportar tanto calor de lo roja que tiene la cara, basta con hacer clic y pensar en otra cosa, que si lo que me rodeaba no me gustaba, tan solo debía imaginar algo que me hiciese feliz para ausentarme, y ya desde entonces la realidad dejó de importarme. Era capaz de vivir y revivir aquellos momentos felices o situaciones que me gustaban mientras el mundo avanzaba a mi alrededor ajeno por completo a mi rica vida interior. Estaba tan concentrada en mi mundo, que apenas escuché a mi madre pidiendo perdón a la maestra y rogándole que me enderezara, costase lo que costase, ella le garantizaba que, por su parte, nunca más me dejaría sola a la salida del colegio para que no pudiera ir a besarme con nadie. A mí Shirley, ya me daba igual todo y también lo que dijera la maestra, desde aquel día ya nadie pudo hacerme daño porque yo, mentalmente, viajaba por el espacio sideral con mi padre.

Como mi madre era tan beata de San Germán y le daba absolutamente todo lo que teníamos, nunca podíamos irnos de vacaciones a ningún sitio, siempre en Madrid, apenas teníamos dinero para comer. Mi madre siempre se justificaba diciendo que en agosto todo Madrid se iba a la playa y, como la ciudad se quedaba vacía, era cuando realmente se podía disfrutar, sin atascos y pudiendo ir a cualquier sitio sin hacer colas. Yo no entendía muy bien ese argumento porque carecíamos de coche y las únicas salidas que hacíamos era para ir a las tiendas del barrio o a limpiar la iglesia de San Germán, pero, como mi madre era de esas personas que una vez dada su opinión no hay marcha atrás y no se admiten comentarios al respecto, pues había que respetarlo por muy absurdo que fuera el argumento. Si ella lo decía, así debía ser, y punto. Solo hubo una excepción a esta rutina y fue cuando vi a mi padre por primera y única vez. Acababa de cumplir los trece años y había terminado el último curso de mi primer ciclo escolar, la EGB (Educación General Básica), con todo sobresalientes. No Shirley, no era lista, es que no había nada mejor que hacer y estudiaba por aburrimiento, ya me hubiera gustado a mí suspender ocho asignaturas como Mónica y haber podido dar al menos un beso. Es curioso, Shirley, nunca lo había pensado, pero ahora que te escribo me doy cuenta de que jamás me he besado con nadie.

Mis sospechas de que algo no andaba bien en casa se acentuaron cuando sorprendí a mi madre cantando “La Zarzamora”; se contoneaba frente al espejo y se observaba toda su figura como una colegiala, estaba comprimida en un vestido blanco de florecillas malvas e infectado de anorexia. Para una mujer que siempre iba de negro y que jamás sonreía, resultaba extraño oírla cantar de aquella forma. Alguna vez, raramente, la había escuchado tararear las canciones de la radio, pero en esta ocasión lo estaba dando todo. Mi madre podía gritar, lamentarse, mandar, pero cantar a pleno pulmón, jamás. En general nunca estaba atenta al correo que entraba en casa, total, nunca ninguna carta era para mí, pero en aquella ocasión, viendo a mi madre cantar como una posesa, asocié al instante su alegría porque coincidió con la llegada de una misteriosa carta que leyó y releyó cientos de veces ese día, sin permitirme en ningún momento conocer el contenido ni por descuido ya que, tras aprendérsela de memoria, la quemó delante de mí y tiró las cenizas por la ventana. …*Las cotillas, sufren mucho cuando ven actos así, malaputa, así que, si estás sufriendo, además de muy puta, eres muy cotilla…* A mí me daba igual que hubiese quemado la carta en mis narices, rápidamente extraje una conclusión que me resultaba evidente: ¡mi madre estaba enamorada y alguien se le acababa de declarar por carta! Resultó fácil deducir que aquella declaración de amor era de San Germán, no podía imaginar a nadie más declarándose a mi madre. Me arrepentí de estar de vacaciones porque no podía contarlo en el colegio y eso me daba mucha rabia. De todas formas nadie se habría creído mi descubrimiento. Estaba contenta porque tendría un nuevo padre y eso me igualaba a las otras niñas, así parecería un poco más normal. Entre todas las opciones posibles, San Germán era el peor candidato a padre, pero tal vez, si dejaba de ser cura para vivir con nosotras, como ya no sería enviado de Dios, dejaría de ser tan mala persona. Además mi madre se pasaría el tiempo cantando ensimismada y a lo mejor San Germán y yo podríamos comprarnos muñecas porque los negritos de África ya no importarían tanto y pasaríamos las horas peinándolas y vistiéndolas. Si para conseguir la Nancy enfermera (es cierto que yo ya era un poco mayor para muñecas, pero hay que aclarar que nunca tuve ninguna) tenía que aceptar a San Germán de padre, estaba dispuestísima a hacer semejante sacrificio. Estaba tan entusiasmada que, aprovechando un descuido de mi madre mientras hacíamos la compra en la tienda de ultramarinos, hablé con Dorita, la hija de la tendera (a pesar de ser cuatro años mayor que yo, ella siempre me saludaba y no me llamaba gorda). …*¿Pero estás segura, Margarita? -Claro, segurísima, te lo juro. San Germán le mandó una carta a mi madre y se lo dijo, ahora no puedo enseñártela porque la tiene muy escondida, pero la he podido leer entera. Le promete que si mi madre acepta casarse con él, dejará de ser cura, y le dice que quiere ser mi papá. ¡No veas como está mi madre de contenta!, seguro que ya le ha dicho que sí, ayer vi a mi madre lanzarle una carta a San Germán por la ventana y él la cogió y se marchó a la iglesia silbando…* Le conté a Dorita mis sospechas sin darle demasiados detalles (por supuesto sin decirle que solo eran suposiciones mías) y le supliqué que, por favor, no se lo contara a nadie y me guardara el secreto. Bastaba ese pequeño detalle para que la noticia corriera como la pólvora.

Mi madre, sin dejar de cantar, se puso a arreglar y ensanchar su vestido de florecillas, sacando tela de cualquier parte para conseguir ganarles unos milímetros a todas las costuras. Tenía muy claro que aquel vestido no lo estaba preparando para mí, por mucha tela que hubiese sacado nunca se podría adaptar aquella miniatura a mi cuerpo. Tras los retoques, por fin, aquel vestido logró encajar en su cuerpo diminuto. “La Zarzamora” ya no le quedaba tan entrecortada porque el vestido, ahora, la dejaba respirar. Aquel día, y por una única vez en toda su vida, mi madre me pareció guapa. Acostumbrada a un mundo de telas negras, de pronto la casa se llenó de color. …*Mamá estás preciosa, deberías llevarlo siempre. - ¿Qué sabrás tú de lo que me queda bien? Anda, ponte a estudiar, envidiosa*…

Esa misma tarde mi madre comenzó una campaña de justificaciones en el rellano del portal, *…Ya se lo digo yo, Doña Inés, que no somos nadie. Mi prima Aurora, la del pueblo; una mujer de las de siempre, está muy malita la pobre, ya se lo han dicho a su hermana los médicos, que algo malo tiene, claro Doña Inés, así mismo se lo han dicho, algo malo es. Fíjese que dolor más grande, ¡si nos hemos criado como hermanas! Lo más seguro es que nos tengamos que ir al pueblo a pasar los últimos días con ella, y esta calor Doña Inés, esta calor, que es mala para cualquier enfermedad. -Mamá, si la prima Aurora se murió el año pasado, ¿por qué esta tan malita otra vez? -Cállate niña, ¿cómo va a estar muerta la prima Aurora? ¡Ay, esta chiquilla! Ni sabe ni se preocupa por la familia. Con lo importante que es para nosotras, Doña Inés, y hay que ver los niños de ahora…* Yo estaba segurísima de que su prima Aurora había muerto el año anterior, no tenía la menor duda, lo sabía porque escuché a mi madre contarle a San Germán como la habían enterrado y lo recordaba muy bien porque mi madre lloró durante muchos días por no haber podido asistir a su entierro. ¿Por qué mentía? Cuando vi a mi madre preparar la maleta y meter dentro aquel vestido de flores malvas, supe la verdad: ¡nos íbamos de vacaciones San Germán, mi madre, y yo! …*San Germán nos ha dicho que nos recogerá en el aeropuerto, ¿tú has estado en Roma? Le ha dicho a mi madre que cuando Dios le despida ya se podrán casar, y claro, como a mi madre le hace mucha ilusión que nos case el Papa, pues eso, nos vamos a Roma..*. Y así le conté de nuevo a Dorita la cuestión, en el más absoluto secreto, aunque ahora me escuchó con mucho más interés que la otra vez.

Dos días después, y a pesar de que mi volumen me hacía aparentar mayor de la edad que tenía, me sentí diminuta y minúscula al contemplar el interior de la Estación de Atocha. No me atreví a hacer ninguna pregunta, seguro que San Germán, o nos estaba esperando escondido en el tren, o ya había llegado y nos encontraría en el destino. Me daba igual, en ese momento de lo único que estaba segura era de que nosotras nos íbamos a Roma en un tren litera. Yo estaba fascinada porque sabía que Roma estaba cerca del mar, en mi mente visualicé el tren llegando a su destino y a mí bañándome en el mar mientras, desde la orilla, mi madre y papi Germán me observaban cogidos de la mano. Pero fingí estar seria para no mostrarme entusiasta ante mi madre, tenía un don especial para destrozar mis visiones en un par de segundos.

La ventana del vagón estaba totalmente bajada y un cartel indicaba: “ES PELIGROSO ASOMARSE”. Aun así, sin poder asomarme, sentada en la litera inferior que funcionaba también como asiento, observé la negrura del paisaje que se adivinaba desde la ventana y me embriagué de aquel olor al que no estaba nada acostumbrada, el olor del campo. Tan solo necesité cerrar los ojos para sentir que viajaba pilotando mi nave por el espacio sideral hasta que mi madre, bruscamente y sin pedir permiso a nadie, cerró de un golpe la ventana y acabó con mis sueños.

Nuestro compartimento tenía dos literas, una a cada lado, y junto a nosotras viajaban dos señoras de las de siempre estupendamente arregladas. Mi madre y yo nos sentamos en la cama inferior, en la que supuestamente dormiría mi madre y, como nuestras cabezas chocaban con la cama de arriba, estábamos obligadas a inclinarnos hacia abajo sin poder estirar el cuello. Frente a nosotras y sentadas en la misma posición, viajaban nuestras elegantes acompañantes. Es difícil calcular la edad de la gente mayor cuando una es tan joven Shirley, al igual que ahora nos resulta complicado adivinar la edad de los jóvenes. Pero aun así, aquellas señoras no debían de rebasar los treinta años, aunque por la postura en que íbamos sentadas solo alcanzábamos a verles los pies, al igual que ellas a nosotras. Con el tren en marcha y tras más de una hora con el cuello torcido, nuestras acompañantes y mi madre acordaron sacar algo de cena y tumbarse por fin en la cama, estaba claro que en aquel viaje era obligatorio ir tumbadas. …*Lo podían advertir cuando compramos los billetes Tere, si lo llego a saber nos montamos directamente en camisón..*. La cara impertérrita del revisor cuando entró a mirar nuestros billetes y nos vio a todas en aquella postura, con los cuellos a punto de sufrir una tortícolis, me hizo suponer que esta situación habría sucedido en más de una ocasión. Resolutivo, con un gesto rápido ancló las camas superiores a la pared y nuestras espaldas pudieron extenderse en toda su longitud aliviando nuestro cuello y dejándonos a todas con una enorme cara de idiotas. En cuanto se marchó las dos mujeres comenzaron a reírse por lo paletas que parecían, …*Tere, si es que se nos nota a la legua que no hemos cogido un tren en la vida*… También yo me uní a las carcajadas pensando en lo ridículas que debíamos de haberle parecido al revisor y hasta mi madre se unió a nosotras, así, poco a poco y entre risas, iniciaron una conversación con mi madre, pero, *… ¡Golfas!...* la conversación duró muy poco Shirley, justo el tiempo de contarnos que ese era su primer viaje a Santa Pola (aquel nombre me pareció muy italiano, debía ser un sitio con playa cerca de Roma) y que viajaban solas. Sus maridos, que curiosamente eran hermanos, llevaban entre ambos un kiosco de bebidas en una céntrica plaza de Madrid. (creo recordar que era la Plaza del Dos de mayo o algo así) y no podían acompañarlas por tener que estar pendientes del negocio de la terraza que en esa época era cuando mejor funcionaba, según ellas era el mejor sitio de Madrid para tomar horchata fresquita. Habían mandado a los hijos de ambos matrimonios de campamento con los Boy Scouts y ellas, que no estaban dispuestas a no ver el mar ese verano, decidieron largarse juntas a la playa, aunque, por lo que contaban, siempre estaban juntas …*Tere, igual en este viaje nos sale un novio, que a mí San Antonio ya me dijo de niña que tendría dos y llevo toda la vida pegada a mi Paco. -Pues nos tienen que cundir mucho las vacaciones Charo, porque yo fui contigo y recuerdo que saqué cinco alfileres, ya ves, tu con tu Paco y yo con mi Luis*… Mi madre, soltándome un codazo y susurrándome al oído un adjetivo muy feo, me mandó a dormir a la litera porque no eran horas, al tiempo que, con la cara muy seria, se volvía para guardar las servilletas que envolvían los bocadillos. Las dos señoras continuaron riéndose durante un buen rato, pero yo, viendo la cara de mi madre y ante el temor de una reacción peor, me corté y aguantándome las ganas, fui pausando las risas porque mi madre era capaz de cualquier cosa, hasta de tirarme por la ventanilla y luego echarme la bronca por incumplir la orden del cartel y asomarme con tanto descaro. Durante el resto del trayecto no volvió a pronunciar ni una palabra y borró mentalmente a esas dos señoras “dudosas” del compartimento. Ya muy entrada la noche, con las acompañantes dormidas, rompió el silencio del vagón pronunciando con rabia una pequeña oración: “Santa Gema Bendita, protégeme”.

No llegamos a Roma sino a Alicante, a las nueve de la mañana y con ese olor a mar envolviendo todo el vagón. Intenté despedirme de las señoras, pero mi madre me tiró del brazo con fuerza y no les dijimos ni adiós. Siempre recordaré aquella ciudad costera y ese olor a humedad del aire salino que desde entonces me viene constantemente a la mente, también esa humedad pegajosa que se adhiere a la ropa y a la piel durante todo el tiempo. Antes de Alicante yo no sabía cómo olía el mar, pero en cuanto llegué tuve claro que la estación de Alicante olía a pescadería.

Como la estación de autobuses quedaba muy cerquita de la de Renfe, en seguida estábamos en el autobús en dirección a Benidorm, desde allí vimos a las señoras golfas dirigiéndose a otro autobús, pero ya no se molestaron ni en saludar. Tuvimos suerte, eran las dos últimas plazas y el siguiente para Benidorm no salía hasta cuatro horas más tarde. Mi madre, que desde hacía algún tiempo ya me miraba como una niña con cuerpo de adulta, alegando una jaqueca repentina me cargó con la maleta y el neceser. En aquel tiempo, el neceser debía ir siempre fuera de la maleta, en lugar visible, para demostrar que éramos gente limpia y con muchos productos de limpieza y perfumes, aunque dentro del neceser hubieras guardado tres bufandas. El neceser siempre fuera, pero ¿por qué pesaba tanto la jodida maleta?, era como si lleváramos toda la casa dentro. Marisol dijo una vez que las maletas con ruedas se patentaron en los años setenta. Yo creo que a España llegaron bastante tiempo después, te lo juro Shirley, si pudiera viajar en el tiempo me iba a principios de los setenta y me forraba con la patente.

Me emocioné al ver el mar desde el autobús, era tan azul… Yo estaba acostumbrada a verlo de color gris en la tele y, aunque había visto fotos, nada era comparable al descubrimiento del mar en directo con tus propios ojos, era una visión mágica y estaba delante, lo tenía ahí, no necesitaba recurrir a mi mente para imaginarlo.

Nos cambiamos de ropa en la pensión, nada de duchas, ¿para qué si ya nos habíamos duchado el día anterior? Y también vi por primera vez un pintalabios, nunca antes había visto uno en casa, mi madre aprovechó para usarlo y deslumbrar con aquel vestido de flores, los labios pintados y sombra azul de ojos en los párpados, estaba radiante, o al menos a mí me lo pareció en ese momento. Creo que ninguna de las dos podíamos imaginar entonces que esa sería la última vez en que mi madre se pondría un vestido claro con flores estampadas dejando el color negro para el resto de su futuro.

Y así, con mi madre ataviada de esa forma tan elegante, nos dirigimos a conocer a mi padre, aunque yo, en ese momento, aún no lo supiera. Tras mucho preguntar conseguimos llegar a una gran terraza frente al recién estrenado paseo marítimo, … ¿*Estás tonta niña? ¡Qué cosas tienes! ¿Cómo que cuánto nos falta para llegar a Roma? ¿De dónde te has sacado tú eso? ¿Y cómo va a estar aquí San Germán? Los sacerdotes no pueden alejarse de su parroquia que es donde los necesitan a diario. ¿Que qué hacemos aquí entonces?, pues disfrutar de unos días de playa que el médico me dijo que me tenía que dar un poco el sol. ¿Cómo va a vivir aquí la prima Aurora? Estás muy tonta hoy Malaputa. Por supuesto que no puedes acercarte a la orilla, no querrás que la gente se ría de ti, aunque claro, allí estarías en tu ambiente con tanta zorra suelta. Anda, siéntate bien en la silla que vamos a tomarnos una horchata, verás que ricos están los fartons. ¡Siéntate bien en la silla Malaputa!...* un señor muy elegante con una americana blanca impecable, camisa blanca y pajarita negra (igual que muchos otros señores elegantes que había en la terraza), se sentó entre nosotras dos. Su rostro me resultaba familiar, pero no lograba saber por qué. Él, obviando a mi madre, no apartaba su mirada de mí. …M*adre mía, Teresa, ¿por qué permites que la niña esté tan gorda? ¿no haces deporte Margarita? - ¿Cómo sabes mi nombre y el de mi mamá? -Yo me llamo Paco, ¿no sabes quién soy?, ¿no le has dicho a la niña quién soy? -Margarita cariño, anda y acércate un poco a la orilla, ¡pero no te mojes!, que no queremos que la nena se constipe y además no hemos traído ni traje de baño ni toalla, anda, vete a la orilla que yo tengo que hablar un momento a solas con este señor...* Yo no entendía nada, ¡ni traje de baño ni toalla! Pero si habíamos ido a la playa, ¿por qué no teníamos traje de baño?, ¿y qué era lo que tenía que hablar mi madre con ese señor Paco? ¿Por qué estaba tan nerviosa? ¿Por qué mientras yo me acercaba a la orilla veía a aquel señor cabizbajo, como avergonzado, y a mi madre haciendo aspavientos? Pero teniendo todo ese mar delante y con el agua mojándote los pies ¿de verdad eran realmente importantes todas esas preguntas? Dos segundos más tarde ya me había olvidado del traje de baño, de la toalla y de mi madre, y el mar entero envolvía hasta el último triste pelo de mi cabeza. He de decirte que si sabes combinar tu peinado con un buen puñado de algas el resultado puede ser espectacular. ¡Qué curioso, a medida que avanzaba mar adentro me hacía más ligera! Seguro que nadar no debía de ser tan difícil si podían hacerlo todos aquellos que me estaban mirando…

Cuando por fin volví a la realidad, aturdida todavía y con dificultades para respirar, estaba sentada en la playa, rebozada de arena como una croqueta y había mucha gente alrededor que me miraba fijamente. Por un momento me asusté recordando la escena de la bronca de la lista de besos en el colegio, con todos acusándome con la mirada, pero luego entendí que también ellos estaban asustados y me miraban como una aparición (la foca Bernadette acababa de salir del agua, su elemento, y casi se ahoga). A los que no podía ver eran a los dos hombres que me sacaron a rastras y me salvaron del naufragio. Tampoco veía al señor Paco por más que lo buscara entre el corro que me rodeaba. Aun estando todavía mareada y un poco perdida podía escuchar cómo la gente recriminaba a mi madre por haberme dejado sola en el mar siendo una niña. Ella, un poco sofocada por tanto reproche y tanto sol no veía el momento de largarnos de allí y trataba de levantarme a la fuerza para que nos marcháramos corriendo a la pensión a cambiarme de ropa y seguro, que para huir de esa multitud acosadora. Aun así, aparentando dignidad, no dejaba de agradecer mi salvamento y terminó pareciendo la víctima del incidente, …¡*Madre mía, gracias por haberla salvado!, mi hija es un poco retrasada y la tengo medicada y yo estoy sola porque soy viuda. He tenido que ir al baño y en un descuido se me ha escapado Gracias de corazón, no saben ustedes la cruz que tengo con esta pobre hija que no tiene cabeza por su enfermedad*… Aquella fue la primera y la última vez que vi el mar, y más tarde supe que también fue la última vez que vería a mi padre. Mi madre jamás accedió a contarme aquella misteriosa conversación con el señor Paco y tampoco se dignó nunca a confesarme que aquel señor tan elegante era mi padre. Ese día, después del tremendo disgusto de mi madre, ya no salimos de la pensión, ni comimos, ni cenamos, ni nada... Tampoco paré de llorar en todo el tiempo porque desde que llegamos allí mi madre erre que erre, *… ¡Malaputa, has arruinado mi vida! ¡Solo espero que Dios sea justo contigo y haga de tu vida un infierno!* … no paró hasta que, ya de mañana, salimos a coger el tren de regreso, yo tiritando por la humedad que todavía empapaba mi vestido y, justo en el instante de llegar a la estación, mi madre zanjó la cuestión dando por terminadas nuestras vacaciones.

Durante el viaje de vuelta, mientras mi padre sin rostro y yo poníamos un pie en Marte y a mí me nombraban princesa de los marcianos, ella continuó insultando y maldiciéndome, pero como yo andaba por Marte, apenas podía escucharla; su hermetismo me impidió llegar a saber qué ocurrió aquel día y el único recuerdo que conservo de aquel padre es que se llamaba Paco y tenía cara de buena persona, aunque su imagen ya se borró con los años.

El mismo tren que nos condujo al mar nos encerró de nuevo en esta ciudad y esta vez, ya para siempre. Creo que el vestido de flores se quedó en la pensión porque jamás volví a verlo.

El día siguiente a nuestro regreso acudimos a la parroquia a ver a San Germán. Mi madre estaba ansiosa por ver al cura, pero no nos recibió porque, según nos dijo una de las hermanas, estaba ocupado con unos envíos a África que no podían esperar y, aunque mi madre insistió en esperarle en un banco hasta que terminase porque necesitaba urgentemente hablar con él, la joven monja nos dejó claro que no saldría por mucho que esperásemos, San Germán no podría atenderla y ya la llamaría cuando le fuese posible. También nos informó de que los servicios de la iglesia estaban ya organizados y mi madre no estaba incluida en ninguno. …*Es mucho mejor así, ya lo entenderá*… Mi madre, que siempre tenía la misma expresión seria en el rostro, impertérrita, igual daba que le hubiese tocado la lotería o que una leona le hubiera mordido en la mismísima entrepierna, en aquella ocasión abandonó la iglesia con un rostro desencajado y tenso. Incluso me pareció escucharla resoplar con un pequeño sollozo, cuando la miré desvió la cabeza para que no la viese llorar. Aquella misma tarde recibimos la visita en casa.

San Germán llegó acompañado de dos nuevas y jóvenes monjas que acababan de instalarse en la parroquia, …*Gracias al demonio de su hija que todo lo manipula para hacer el mal, ahora todo el vecindario piensa que usted y yo tenemos un idilio. Sí, sí, como lo oye, su hija ha estado malmetiendo y diciendo por ahí que leyó una carta en la que yo le declaraba mi amor. ¡Santo Dios! ¡Esto ya es el colmo!, su hija es el mismísimo Belcebú, habría que haberle cosido la boca hace ya mucho tiempo. Tiene que entender que esto para mi es un problema muy, muy grave y será mucho mejor para todos que, de momento, nos olvidemos de los servicios voluntarios que usted, mi más fiel feligresa, realiza para la iglesia. Obviamente Dios, tan sabio, quiere que sigamos en contacto porque su ayuda para combatir el hambre en África es absolutamente necesaria para la causa, no lo digo por mí sino por esos pobres negritos hambrientos, pero le rogaría que desde hoy, y durante un tiempo, se limite a ir a misa y, si no es mucho pedir, le ruego que vaya a confesarse a otra parroquia..*. invitaba a mi madre a abandonar sus servicios voluntarios para no alimentar murmuraciones, al parecer todo el vecindario hablaba de un lio entre ellos y era conveniente que no se dejara ver mucho por la iglesia. El cura, antes de dejarnos, me miró con odio pero yo, sin importarme el posible castigo, no pude sino sonreírle, al fin y al cabo ya no iba a ser mi padre.

Mi madre me agarró de mi escasa melena y me pegó con todas sus fuerzas hasta no dejar en mi cuerpo un solo punto que no hubiera sido golpeado, y siguió sacudiéndome hasta que ella misma, exhausta y dolorida por la contundencia de la paliza, no pudo más y se derrumbó. A mí me vino bien aquella tunda; yo, en mi cabeza, estaba enzarzada en una revuelta porque algunos marcianos, al no aceptarme como princesa me estaban dando una paliza. Me maldijo y terminó por añadir una nueva coletilla a su amplio repertorio…*Has arruinado mi vida Malaputa, gorda del demonio, ahora solo Dios podrá perdonarte si cuidas de mí siempre..*. Vamos Shirley, que me tocaba cargar con ella el resto de mi vida, ¡qué buen plan!

Ella, como buena penitente, obedeció la orden de San Germán y, aunque en el fondo debió estar enamorada del cura durante toda su vida, asumió verlo únicamente en el púlpito y confesarse en otra parroquia, sabedora de los rumores que corrían por el barrio, ni siquiera esperaba a la comunión y tirando de mi brazo salía disparada de la iglesia; ella con el corazón roto, yo feliz. A mí no me importó en absoluto tener que ir a misa a diario y después a confesar a otra parroquia, la vida era perfecta Shirley, ese cura ya no volvería a cruzarse en mi camino, desde aquel regreso de Alicante ya nunca más hablaron a solas, siempre con la vigilancia de alguna de las jóvenes monjas y bueno, supongo que también lo harían con frecuencia desde que tuvimos teléfono, pero siempre a distancia, a mí me hizo enormemente feliz la pérdida del santo, ya no tendría que volver a verlo y además, ya no tendría que limpiar aquellos bancos de la iglesia.

Al final, “La Foca Bernadette” terminó el bachiller con todo sobresalientes y aprobó la selectividad con una de las notas más altas de España. Mónica y muchas de sus más mejores amigas se quedaron por el camino y no lograron finalizarlo pero seguro que se lo pasaron mil veces mejor que yo, ellas besándose y yo estudiando por aburrimiento, hundida en los libros por no tener nada mejor que hacer. El instituto fue mucho más soportable que el colegio, pero aun así, mis buenas notas hicieron que mis compañeros de clase acabaran odiándome aún más de lo que ya me aborrecían desde siempre. Al contrario de lo que sucede en las películas, nunca tuve un profesor o profesora que se convirtiera en mi mejor amigo y me dijera eso de “llegarás muy lejos Margarita”, “que no te importe lo que digan ahora, el futuro es tuyo”, crecí sin amigos, encerrada en una casa y en una ciudad que no podía recorrer y condenada a cuidar de mi madre hasta la eternidad. Supongo que gracias a esa condena te conocí.

Fíjate que curioso Shirley, en el colegio me odiaban por ser alta, gorda y fea y luego en el instituto, en lugar de mejorar, siguieron odiándome por lo mismo, pero a esos rotundos atributos añadieron el de asquerosa empollona y el de la imbécil sabelotodo que recitaba de memoria la Constitución. A nadie le importó nunca cuáles eran mis sueños, mis sentimientos, mis pasiones o simplemente, lo que pensaba de la vida, el interior no le importa nunca a nadie, hasta cierta edad en el instituto la gente solamente te juzga por el físico y por lo que llevas puesto, luego, superada esa edad, ya solamente te juzgan por el físico te pongas lo que te pongas.

Para mí, obviamente, tampoco hubo viaje de fin de curso. Ni siquiera me atreví a planteárselo a mi madre cuando decidieron organizarlo, ella jamás lo habría autorizado y, además, aunque lo hubiera hecho no podría ir porque seguro que nadie querría compartir ni asientos ni habitaciones ni nada conmigo, ni siquiera me dirigirían la palabra durante el viaje, sola hasta en el autobús. Pero no pienses Shirley ni por un momento que esto me hacía sentirme desgraciada, yo disfrutaba mucho con la vida interior de mi cabeza, mentalmente vivía situaciones extraordinarias de la vida cotidiana que podían alargarse durante horas y me hacían completamente feliz, si mi madre me interrumpía pidiéndome ayuda para cualquier tarea doméstica, aparcaba mi sueño en un punto para luego retomarlo con alegría donde lo dejé. Mi vida interior rebosaba de romances, de amigos, de viajes y de besos, muchos besos. Y no estoy loca, soy consciente de que la realidad es diferente, pero he conseguido en todos estos años ser feliz a mi manera.

Aprobar la selectividad suponía que mis sueños estaban a punto de hacerse realidad y cada vez estaba más cerca de mi título de periodista. Trabajaría en televisión y sería famosa, pero no creas que me conformaba con estar anclada en una redacción, no, para nada, yo llegaría a ser cronista de guerra y mis dos más mejores amigas serían Carmen Sarmiento y Maruja Torres, ellas ya eran amigas mías en mi cabeza desde hacía mucho y nos divertíamos un montón contándonos confidencias en las trincheras. Se me daba bien escribir y con algunos kilos menos, con una figura estilizada como la que tenía en mis sueños, llegaría a ser la escritora saltarina de las trincheras. Me gustaba rebuscar en la basura los periódicos del día anterior que tiraban los vecinos y absorbía con pasión todos los artículos que hablaban sobre guerra en cualquier parte del mundo, los releía fijándome en todos los detalles de la escritura para saber escribir aquellos textos fascinantes y después, aprendidos de memoria, revivirlos como si fuera yo la periodista que daba la noticia en el periódico. Pero este era mi sueño y lo llevaba en el más absoluto secreto, nunca, nunca en toda mi etapa estudiantil le dije a mi madre la carrera que me apetecía estudiar. Estaba convencida de que le dijera lo que le dijera no le gustaría y me soltaría algún requiebro de los suyos, ella solo sería feliz si yo le dijese que quería ser monja, pero para su desgracia eso nunca sucedió. A mi madre le importaban únicamente dos cosas de mí, que no dejara de comer muchas magdalenas y que la acompañara todos los días a la misa de San Germán.

Para serte sincera Shirley, nuestra economía no era muy boyante y no daba para la universidad, pero seguro que con mis buenas notas conseguiría una beca para estudiar; aunque seguro que nos habría ido mejor si la mayor parte de nuestros ingresos no hubiesen acabado en las arcas de San Germán. Cada vez que mi madre volvía del banco (ese era el único sitio al que no me permitía acompañarla), me decía que venía de ingresar un donativo a la iglesia. *…Lo que Dios nos quita hoy nos lo dará mañana allá arriba. -No me joda madre que en el cielo no se come. -No hija, pero depende de cómo hayas obrado en la tierra, y no lo digo yo, lo dice San Germán… Dios me guardará una buena butaca. -Madre, cuando llegue pida un palco que seguro que se lo ha ganado con creces. -Aunque me lo diera tú nunca lo verías, tú ya estás condenada por zorra*… El hecho de que San Germán la hubiese excluido de los servicios en la Iglesia nunca le impidió pasarse la vida salvando a los negritos hambrientos de África.

El día en que, rebosante de alegría, le comuniqué a mi madre la noticia de mi buena nota en la selectividad, ni se inmutó, con su gesto duro como una piedra abrió la puerta y se fue de casa sin darme la más mínima enhorabuena y, por supuesto, sin dejarme acompañarla. Estas salidas eran poco frecuentes en una mujer como ella, llena de achaques, mareos, bultos del tamaño de un grano de arroz en la punta del dedo gordo del pie, indicio de tumor cerebral, era un enorme riesgo para ella salir sola a la calle, créeme. Tras dos horas de ausencia (que para mí fueron toda una fiesta de independencia en casa), regresó acompañada de un chico de más o menos mi edad que transportaba una gran caja y una bolsa de libros. No te lo creerás Shirley, pero aquella fue la primera y última vez que un chico entró en casa y como comprenderás, yo me puse aún más torpe y nerviosa que de costumbre, estaba inquieta y me golpeé tres o cuatro veces con la puerta del salón. Por supuesto que me importaba lo que el muchacho traía en aquella caja, pero te juro que lo que más ilusión me hacía era tener a ese chico en casa, no podría decirte si era guapo o feo, sencillamente era un chico y eso bastaba para volverme loca. Lógicamente el muchacho ni se fijó en mí, simplemente le preguntó a mi madre dónde quería que pusiera las cosas y yo, sonriéndole mientras dejaba la caja y los libros en la entradita, le pregunté si le apetecía tomar un vaso de agua. Casualmente aquella mañana yo estaba radiante y aunque no me había peinado llevaba puesto mi mejor camisón, el de los sábados y los domingos, el que dejaba entrever los tobillos de forma sugerente. …*No te asustes de mi hija que no hace nada, como tiene que cuidarme y sale poco y está en la edad de las necesitadas se pone así de tonta con cualquiera, pero tú ni caso. Como no me ayude Dios con esta cruz, esta muchacha termina conmigo. -No se preocupe señora, ya verá cómo tiene suerte y aprueba a la primera. -Eso me ha dicho San Germán, ¡ojalá que así sea que buena falta nos hace! Gracias hijo, que Dios te bendiga, adiós adiós. Malaputa, vete preparando que aquí te traigo nuestro futuro. Mas te vale aprovecharlo bien...* Al darme cuenta de que todo este despliegue era fruto de los consejos de San Germán intuí que ese futuro no traería nada bueno. Si no conociera a mi madre me habría ilusionado pensando que una madre siempre sabe lo que desea su hija sin ni siquiera hablarlo, pero era mi madre y sabía cómo era, así que empecé a preocuparme, aun así, como estaba claro que la caja contenía una máquina de escribir, una Olivetti Lettera 35, la misma desde la que te estoy escribiendo ahora Shirley, como una tonta, pensé que mi esfuerzo de tantos años de estudio les había terminado por ablandar el corazón y me regalaban aquella máquina para que yo cumpliera mi sueño de ser periodista. Cuando ganara mi primer premio como redactora, mis primeras palabras de elogio irían dirigidas a ella por haber adivinado mis deseos sin que yo le hubiese comentado nunca nada, y a San Germán, igual también lo mencionaba en mi discurso. Pero me daba en la nariz que el cura había vuelto a jugármela otra vez. …*Bueno, ¿qué?, ¿no vas a ver lo que te he traído? - ¿Va a estudiar una oposición a su edad, madre?...* Abrí la bolsa de libros y allí estaba toda la colección para la preparación. Es curioso pero aún los recuerdo:

Auxiliares Administrativos del Estado. -Temario completo.

Auxiliares Administrativos del Estado. -Cuestionarios.

Test Psicotécnicos.

Instrucciones para la resolución de Test Psicotécnicos.

La Constitución Española de 1978.

Manual de Mecanografía avanzado, tomos I y II.

Era inútil discutir con ella, ¿para qué? Las pocas veces que habíamos discutido terminaban con un nuevo achaque que le aparecía justo en el momento y continuaba con tres días de vómitos y esa angustia que me daba a mí al pensar que se moría por culpa de su hija díscola. Según mi madre, a la universidad solo iban las golfas y las zorras con la intención de trabajar de cualquier cosa que no fuera de azafatas, ¿merecía la pena discutir? Vale que durante toda mi vida siempre fui consciente de que todas las desgracias de mi madre eran culpa mía, pero aun así me costaba mucho renunciar a mis sueños, de suceder ahora todo habría sido diferente. …*Te juro una cosa madre, aprobaré a la primera, cuando me den el puesto me largaré de aquí y no me volverás a ver en la vida. Cuando me independice retomaré mi sueño y me matricularé en la Universidad, te guste o no. Buscaré a mi padre y recuperaré todos estos años perdidos. Estoy hasta el mismísimo coño de ti, del cura maricón y de las putas magdalenas, así que gracias, gracias por ayudarme a encontrar un puesto de trabajo del que no vas a ver ni un puto duro. ¡Me cago en todos los niños de África y en la madre que los parió! ¡Me cago en Santa Gema, en Santa Adela y en Santa Clara! Estoy harta de todos los Santos menos de uno, San Antonio, que si lo tuviera enfrente me subía el camisón hasta las tetas y dejaba que me comiera el coño delante de ti…* así que Shirley, ¿para qué íbamos a discutir por esa tontería?

Supongo que, a causa del esfuerzo de salir sola a comprar la máquina y del trajín con los libros de la oposición, le dio su primer infarto, seguro que fue por eso y no por un par de cosas sin importancia que le dije aquel día. Y aunque logró recuperarse, igual que de todos los demás que le dieron en años venideros, a partir de entonces tuvo aún más problemas de los que ya arrastraba por su delicada salud.

Exactamente un año después del regalo, la Foca Bernadette tomó posesión de su cargo como funcionaria de carrera del Cuerpo de Auxiliares Administrativos del Estado en el siempre cambiante de nombre Ministerio de Educación y Cultura. Ese mismo día pensé que todos mis sueños habían muerto, sólo tiempo después, al conocerte, supe que el rumbo de nuestra vida puede virar en cualquier momento y me convencí de que algún día también el rumbo de la mía cambiaría. Y ahora por fin, tras tanta espera, ese día ha llegado.

# Tres

*Malaputa, enchúfame la Minipini, que la mama*

*quiere hacer bayonesa y no quiere morir electrocutada.*

**Primera promesa**: No cumplida, sin avances.

**Segunda promesa:** No cumplida, sin avances.

**Tercera promesa:** No cumplida, sin avances.

Querida Shirley, estaba deseando llegar a casa para contarte cómo había sido mi primer viaje, mientras regresaba, en mi mente bullía solo una idea, relatártelo con todo lujo de detalles y, sin embargo, ahora tengo tal disgusto en el cuerpo, estoy tan rabiosa, que lo que necesito es contarte mi historia con las monjas acosadoras y, sobre todo, el contenido de la caja que mi madre había dejado para San Germán. Es tan grande la mala hostia que invade mi cuerpo, que solo me calmo un rato cuando miro a mi Nancy y me pongo a peinarla, pero enseguida vuelvo a la mala hostia. Menos mal que tengo a una enfermera a mi lado porque, si llego a estar sola, soy capaz de cometer una locura.

Me siento tan furiosa que estoy como poseída, como cuando mi madre veía en la televisión, sentada en su silla de ruedas, la serie “Beverly Hills 90210” (Aunque aquí en España se llamara “Sensación de Vivir”). ¿Cómo pudo mi madre ser tan mala persona durante toda su vida?, ¿es por eso por lo que se me aparece en camisón?, ¿tendrá remordimientos la muy puta?, ¿no la quieren en el cielo?, ¿estará esperando a que muera el cura para irse los dos juntos derechitos al infierno? Y con toda esta maldad, ¿dónde quedaron sus principios de amor y caridad a los pobres niños de África? Me hago tantas y tantas preguntas que no logro entender nada, soy incapaz de hallar respuestas y, entre pregunta y pregunta, vuelvo a peinar a mi Nancy. Bien pensado, también podría contarte algunas de las mentiras que me contaba mi santa madre, así entenderías mi indignación de ahora. Sí, sí Shirley, lo sé, estás impaciente por saber lo de las monjas, pero mira, ¿sabes qué? Creo que lo mejor va a ser que me relaje un poco y me calme contándote mi primer viaje y después, ya más relajada, cuando pueda dejar de pensar en la caja del cura, te lo cuento todo.

Ahora entiendo cuando te dicen eso de “ver los problemas propios como si uno fuera solo espectador y analizarlos desde una perspectiva ajena”, yo lo intento hacer con mi Nancy en brazos, pero ni por esas, sólo veo a esos dos malnacidos dentro y fuera de mi cabeza. Mi madre, nada, Shirley, que vuelvo a ella una y otra vez, nació en un pequeño pueblo de Soria, Vinuesa. Dicen que cerca del pueblo hay una laguna preciosa, yo no lo sé porque nunca estuve allí, pero sí te puedo asegurar que si hay algo realmente bueno en Soria sobre todo lo demás, es la mantequilla dulce, y eso te lo certifico yo porque la he probado, ¡está de muerte!

Herminia me contó una vez que su madre sabe hacer mantequilla dulce y mucho más rica que la de Soria. Nunca he probado la mantequilla de esa señora así que no puedo comparar. Pero la original es exquisita, ¡ni te imaginas lo rica que está una magdalena bien untada en esa maravilla! Aurora, la prima de mi madre, nos enviaba paquetes con productos del pueblo por navidades y una vez, en uno de esos envíos, me mandó una cajita de mantequilla dulce sólo para mí. Era preciosa y estaba llena de florecitas de mantequilla de varios colores. ¡Pues no la pude probar! San Germán se encaprichó con la cajita y mi madre, sin miramientos, se la regaló entera delante de mis narices.

Ella siempre me decía que no quería volver al pueblo porque allí ya no quedaba nada ni nadie. …*Mami, cuando herede la casa del pueblo y las tierras me voy a ir a vivir allí. Seré pueblerina, tendré muchas ovejas y muchas vacas. -No seas tonta niña, ya no hay nada que heredar en el pueblo, aunque igual te puedes ir de vaca si tanta ilusión te hace, de oveja no, porque la nena no tiene mucho pelo que esquilar. Además, lo poco que teníamos en el pueblo lo disfrutaron los niños de África que tanto lo necesitaban, pobrecitos. Demasiado poco nos dieron, aunque estuviese medio derruida la casa y que el huertecito, además de pequeño, nunca hubiera sido sembrado por tus abuelos, muy poco. -Nunca me hablas de mis abuelos. -Por algo será, a ver si ahora, además de deslenguada y mala persona va a resultar que también eres cotilla. A ver qué día la mama se levanta y te encuentra alguna virtud. -Pero mamá, ¿no me habías dicho que ya no teníamos la casa? - ¿Y a ti que te importa? Cuando le di el dinero que había obtenido de las tierras a San Germán, nos bendijo a las dos y me dijo que te diera recuerdos, que deberías sentirte orgullosa de personas como tu madre, que con dos perrinas que nos dieron alimentamos a muchos negritos en África. ¡Pero la Malaputa como quiere ser pueblerina, prefiere que los niños se mueran de hambre! Si ya lo dice San Germán, en vez de Margarita te teníamos que haber llamado Egoistona…* ¡La muy embustera!, me hizo creer siempre que el dinero obtenido por la venta de la casa y las tierras que heredó fue directamente a parar a las arcas de San Germán, ja, ja. ¡Pero qué embustera!, nos mintió a los dos, y no me vale Shirley que ahora esté arrepentida, no me vale que en el último momento quisiera quedar en paz con San Germán. Por eso no se va su espíritu de esta casa.

Para ti, que pasaste gran parte de tu vida en Londres, la alusión a los negritos de África te puede resultar ofensiva, pero te puedo garantizar que cuando aún era una niña, en Madrid resultaba muy difícil ver a personas de color. Ahora ya no nos resulta extraño y afortunadamente este país empieza a ser una mezcla de razas y culturas, pero en aquella época, las únicas imágenes que teníamos de las personas de color eran aquellos niños del Biafra que nos mostraban a todas horas, sobre todo en la parroquia de San Germán para que nos concienciáramos de que en África (en general), los niños negritos se morían de hambre. A mí lo que me costaba entender (y no quiero parecer egoísta ni interesada) es que, si estaban tan hambrientos ¿para que querían jugar con muñecas?, me costaba imaginarme a los niños de aquellas imágenes jugando, …*Mamá, pero si tienen tanta hambre y están tan malitos, ¿por qué son felices jugando con la Nancy enfermera?*… jamás se me pasó por la cabeza que tenían el mismo derecho que yo a divertirse y ser felices.

*…Hemos vuelto a parar en Badajoz camino de Lisboa. ¡Qué bonito es Lisboa, Maricarmen! Yo es que oigo un fado y me vuelvo loca. Pues como te decía, hemos vuelto a parar en Badajoz y como siempre, fue inevitable tomarnos las tostadas con manteca colorá. ¡Eso sí que es un desayuno y no el que tomamos aquí, que no sé por qué no pueden traer la manteca colorá a nuestros bares!...* Una vez, estando en el baño del trabajo, escuché a Marisol y Maricarmen hablando de Badajoz, una ciudad al oeste de España que linda con Portugal. Hablaban de una manteca que se toma con las tostadas en el desayuno. Al parecer, Herminia también la había probado por lo que contó. Su madre que es de Burgos, hacía la mejor manteca colorá del mundo, mucho más rica que la de Badajoz. Según les comentó a las de Registro, el alcalde de Badajoz se había puesto en contacto con ella para saber por qué estaba tan buena su manteca, pero la madre jamás quiso desvelar su secreto. Luego prometió traernos un día un poco de esa manteca suprema a todas para probarla y yo me pasé días enteros soñando con catar aquella manteca colorá, o cualquier otra. Como casi todo lo que Herminia promete, jamás se cumplió. ¿Qué por qué te cuento esto?, un poco de paciencia, Shirley, un poco nada más. Lo creas o no, se me va olvidando el incidente con las monjas y me voy relajando.

Durante los dos días que tuve las cenizas en casa me dediqué tan solo a contemplar la urna, sin hacer absolutamente nada más; me agobiaba la idea de no saber qué hacer con ellas. Estar sola en casa resultaba una experiencia nueva para mí, y aunque mi madre se aparecía por el salón constantemente, me fui acostumbrando a su presencia, incluso cuando la atravesaba al desplazarme de un sitio a otro. Eso sí, cuando encontré la caja de San Germán desapareció la muy puta. Al menos así, de fantasma, no se la oía y eso me hacía sentir bien. Era consciente de que estaba completamente sola en el mundo y así sería durante mucho tiempo a partir de ahora y paradójicamente me sentía plena, en un estado de felicidad desconocido hasta entonces. Ver a mi madre ya no me molestaba, por más que se apareciera y me gritara su malaputa, no brotaba ningún sonido de su boca, era un Malapata mudo, sin fuerza. Normal, Shirley, los fantasmas no tienen garganta.

Ahora, al escribirte, me arrepiento de haberme ido de viaje, debería haber buscado antes en la habitación de mi madre y no dejar la casa sola, debería haber sido más prudente.

Durante esos dos días con las cenizas también pensé en el poco tiempo que tengo para cumplir mis promesas, ya soy muy mayor… En fin, que tras tontear todo ese tiempo mirando la urna sin saber qué hacer, decidí escoger la opción más desinteresada, al fin y al cabo eran los restos de mi madre y estaba claro que ella no quería volver al pueblo ni muerta y Madrid no le gustaba porque en verano hacía demasiado calor y en invierno demasiado frío. Así que decidí que lo mejor sería llevar las cenizas a Badajoz y arrojarlas al Guadiana. Algo que, como te dije antes, era totalmente desinteresado por mi parte. No pienses que fue por mandarla lejos y dejar de tenerla pululando todo el día por la casa, ¡qué va! Aunque yo creo que lo que realmente le hubiera gustado es que la expusieran en la parroquia en una urna, incorrupta y eterna; así no la tendría cerca de mí.

La idea de viajar a Badajoz me hacía ilusión y se me antojaba como una verdadera aventura, pero el miedo a viajar sola me torturaba tanto que cada vez que lo pensaba se me encogía el estómago y terminé con las dos bolsas de magdalenas de “La Bella Easo” que me había comprado. La peor decisión como siempre fue dejar sola la casa y largarme. Tranquila, que ahora entenderás el porqué. Otra vez la imagen de la buena samaritana Dientes, deseosa de ayudar al prójimo con tal de tener un amigo, se volvió a plasmar en mi mente. No podía negarme la ayuda si se la pedía, yo estaba de luto y ella me dijo y me insistió mil veces que contara con ella para lo que necesitara. Pero, por otro lado, tampoco me gustaba la idea de que esta petición le diera pie a pensar que éramos amigas. Si ya me iba a ser difícil integrarme en el trabajo y salir con alguna compañera a desayunar, ahora que podía hacerlo sólo me faltaba ser amiga de la Dientes para que nadie quisiera bajar a desayunar conmigo. Era mucho mejor ser honesta, no utilizar a nadie y hacerlo yo sola. He de decirte Shirley, que me animé cuando me imaginé comprando un bote de manteca colorá para dárselo a Herminia argumentando que estuve en una cena con el alcalde de Badajoz y al hablarle de su madre me dio ese recuerdo para ella. *…Dientes, perdona que te moleste a estas horas, ¿tú conduces, verdad? Estoy muy abatida con lo de mi madre y no soy capaz de ir sola a tirar sus cenizas al Guadiana, que era su mayor deseo. Hasta en su muerte me hizo prometerle que rezaría por ella frente a la Virgen de la Soledad. Pero claro, yo sola, con esta tristeza. Me gustaría que en este homenaje me acompañaras y así también podríamos aprovechar para intimar un poco. ¿Tú sabes conducir, verdad?*... Al final Shirley, no tuve más remedio que pedirle el favor a la Dientes porque el transporte público para ir a Badajoz hoy en día resulta tercermundista y ella sabe conducir. Eso sí, le dejé bien claro que, de no ser por esa razón, jamás le habría pedido el favor y para dejárselo aún más claro, le argumenté que ninguna de mis amigas podía hacerlo porque se les complicaba la logística, imagínate, casi todas en periodo de lactancia. Ante algo así, la Dientes aceptó sin rechistar. Tú me conoces y sabes que no soy de insistir.

La idea era salir pronto para volver en el día. Igual su marido ponía alguna pega a eso de que se llevara el coche; pero ese era su problema, no el mío. Aunque, según ella, su marido le dice siempre que lo único que hace bien es conducir, y no debió de ponerle ningún problema porque se presentó en casa muy temprano, antes incluso de la hora prevista.

Kasandra me llamó a casa, debió de buscar en el archivo de personal mi número de teléfono, estuvo media hora hablando sola, ¡cómo me hubiera gustado que mi madre escuchara por fin una conversación real como las que me inventaba con Kasandra hablando y hablando! Quería saber, entre otras cosas, si el moscoso que se había pedido la Dientes tenía algo que ver conmigo, pero yo, sumida en el dolor, no solté prenda …*Hola querida mejor amiga, te llamaba para ver si necesitas algo, que debe ser muy duro estar ahora sola en casa. Por cierto, te cuento, ¿A que no sabes quién se ha pedido un moscoso? La Dientes. Me parece superfuerte que a una persona que no hace absolutamente nada, encima le den un día de asuntos propios, debería darle vergüenza. ¿Has hablado con ella?*... También es cierto que, de haberme ido en tren o en autobús, me habría ahorrado las horas de soportar a la Dientes, pero tampoco tenía ninguna obligación de hablar con ella y menos encontrándome como me encontraba en pleno shock ante una pérdida tan grande. Eso justificaba que yo fuera sentada en el asiento de atrás, sin decir nada, abrazada a la urna de mi madre. Pasé un largo rato entretenida viendo como conducía, se agachaba un poco para llegar a los pedales y haciendo un pequeño esfuerzo se levantaba para ver la autopista desde el interior del diámetro del volante. Tras un rato en carretera y abandonada ya la comunidad de Madrid, donde hay urbanizaciones y pueblos cada dos kilómetros, el mejor regalo era el paisaje que me ofrecía la autopista. ¡Vi hasta un castillo, Shirley! Y campo, mucho campo, jamás había visto tantos kilómetros y kilómetros de tierra y matorrales. A mí me hubiera gustado mucho más que el paisaje ofreciera praderas verdes y grandes árboles, pero hasta los campos de tierra me parecían fascinantes. Y luego dicen, Shirley, que la gente del campo se está marchando a las ciudades, ¡pues claro!, es normal, en el campo hay muy pocas casas, no me extraña que se vayan. …*Señá Margarita, cuando usted quiera paro en una gasolinera y estiramos un poco las piernas y de paso desayunamos. -Dientes, ¿Cómo puedes pensar en desayunar cuando mi madre sigue sin descansar en paz? Lo mejor es que lleguemos allí cuanto antes. Igual si fueras un poco más rápido. ¿Por cierto, tú conoces algún sitio en Badajoz para tomar tostadas con manteca colorá? -Yo nunca he estao en Badajoz, Señá Margarita. - ¿Y cómo sabes si vamos bien? -Por los carteles, Señá, por los carteles….* La Dientes quiso que en algún momento del viaje paráramos a desayunar, pero para mí era importante llegar a destino, deshacernos de las cenizas de mi madre, y ya, tranquilamente, desayunar manteca colorá. Una de las cosas que más me sorprendió durante el viaje, es la naturalidad con la que conducía hacia Badajoz después de confesarme que jamás había estado allí, no se la veía dudar en ningún momento. Luego me confesó que se guiaba por los carteles de la autopista, algo que me pareció raro porque la Dientes lee fatal, para mí que se aprendió el camino de memoria mirando un mapa antes de salir de casa.

Pero Shirley, lo que más rabia me daba yendo ya de camino a Badajoz, era no haberle preguntado a Marisol dónde se tomaba ella las tostadas con manteca, tenía que haberle consultado, eso sí, omitiendo que iba con la Dientes, claro. Seguro que pensaría que, al no tener ya madre, me dedicaría a viajar y a hacer una vida normal. También podría haberme inventado que tengo novio, aunque la verdad no me importa mucho lo que ella crea, como está dentro de mi tercera promesa, me da un poco igual lo que piense, me la voy a cargar de todas formas.

Durante el trayecto, notaba agitarse a mi madre dentro de la urna, era una vibración fuerte que me hacía pensar que la muy cabrona no quería ir a Badajoz a descansar en paz*.* Ya la noche anterior, hablándole a través del huevo Kinder, le dejé muy claro que no me necesitaba más y que tenía que independizarse, era mejor que se fuera al cielo o donde quisiera porque nuestro contrato ya estaba extinguido tras haberla cuidado hasta el final. Le dejé muy claro que en casa no podía quedarse. Por un momento pensé entregarle las cenizas a San Germán, pero la idea de tener sus cenizas cerca de casa no me hacía ninguna gracia, además, tampoco le iba a dar ese gusto a mi madre, faltaría más. Si llego a saber lo que me iba a encontrar a la vuelta, igual habría actuado de otro modo… - *¿Lleva usted un móvil Señá Margarita?, oigo todo el tiempo como un zumbio y no me suena en el motor. - ¿Yo?, yo sigo siendo de las de fijo, esto de los móviles es una moda y en nada se vuelve a pasar. -Pues yo creo Señá, que al final va a tener razón mi marío y los fijos terminan desapareciendo. -Dientes, ¿puedes poner un poco la radio y así vamos más entretenidas que no tengo muchas ganas de hablar? -Si, perdóneme Señá, es que con el zumbio pensé que la estaban llamando….*  Lo creas o no, la Dientes también era capaz de oír los golpes que estaba dando mi madre en la urna, solo dejaba de agitarse cuando la Dientes hablaba. Como estaba asustada pensando que mi huevo Kinder, con mi madre dentro, iba a estallar de un momento a otro, le pedí por favor que pusiera la radio*, …No puedo poner la radio Señá Margarita “nos’an” robao la antena y a la que sales de Madrid la radio deja de coger emisoras. Pero si usté quiere distraerse le puedo poner algo de música bajita así bajita para no ofenderla ni a usté, ni a su madre…,* pero no fue posible, la radio estaba rota según me comentó, me ofreció poner algo de música. Y Shirley, la puso, ¡qué música! Ellos lo sabían de sobra, su música no estaba hecha para que sonara bajito, eso hubiera sido un verdadero insulto a su grandeza. Bajito era una palabra imposible para una música tan grande. Y claro, a los diez minutos, después de poner una cinta de Camela en el radiocasete, el volumen se disparó al máximo como por arte de magia y los últimos cien kilómetros los hicimos con las ventanillas abiertas y cantando como si verdaderamente estuviéramos poseídas. ¡Eso sí que era música celestial Shirley!

No se me quita de la cabeza, ¿Cómo pudo hacerme pasar tantas miserias durante tantos años? ¿Y si San Germán no me hubiera dicho nada en el tanatorio? Ella quería ser mala persona conmigo hasta el final de sus días.

Ya en Badajoz, la Dientes consiguió aparcar cerca del puente Real, al cruzarlo me pareció que atravesábamos el puente de San Francisco, incluso cerré los ojos y lo imaginé de color rojo, como la manteca colorá. Y se llama Real porque los Reyes pusieron la primera piedra en su construcción. …*Bueno, ya estamos al lado del rio Señá Margarita, fíjese, por esa cuesta de ahí, si bajamos despacito podemos llegar hasta la orilla. -Dientes, igual si hubieras conducido más rápido, pero por la hora que es creo que es mejor que busquemos un sitio para desayunar y luego, ya más descansadas, nos lanzamos al barranco porque a mí me da que ni despacito bajo yo por ahí, salvo rodando*… De común acuerdo decidimos que era mejor desayunar primero y después intentar llegar hasta la orilla del río. La pendiente me daba un poco de miedo, pero después de cuatro tostadas con manteca colorá y un buen café con leche, la vida tenía otro color… colorao.

¡Por fin Shirley, lo había conseguido! Había soñado tanto con la manteca que, en cuanto di el primer bocado a la tostada, no pude contener las lágrimas de tanta emoción, pero tuve que reprimirme, Shirley, no podía consentir que la Dientes pensara que no había probado nunca la manteca colorá y mucho menos que jamás había salido de Madrid, salvo una única vez y en un viaje cortísimo. Me costó, pero disimulé bastante bien. …*Pos sí que tenía usté hambre Señá Margarita, claro, con tanta pena no habrá comío na de na, límpiese un poquito el cuello que lo tiene usté lleno de grasa*. -*Gracias Dientes, perdóname la emoción, es que me viene a la cabeza mi santa madre, la de veces que ella y yo veníamos a rezarle a la Virgen de la Soledad y luego desayunábamos unas tostadas. Vaya, ya estoy llorando otra vez y eso que me había prometido no llorar…*

Después del desayuno, con algo más de fuerza, nos fuimos andando por un terreno arenoso y en pendiente hasta que prácticamente alcanzamos la orilla del río, digo prácticamente porque no se veía nada, aquello estaba lleno de vegetación mucho más alta que nosotras, bueno, por un momento la Dientes, tan diminuta, desapareció en la maleza. La corriente central tenía algo de movimiento, pero en la orilla el agua se veía muy tranquila, casi estancada. De mil maneras intentamos bajar el final de la cuesta que daba directamente al agua, pero estaba muy empinada y la torpeza y poca agilidad de la Dientes no me daba ninguna confianza. Si perdía el equilibrio y me caía, tampoco la veía capaz de levantarme siendo tan poca cosa como era. Al final, las dos alcanzamos una roca y a duras penas permanecimos sobre ella. El agua en la base de la roca estaba estancada.

Y por fin, cuando todo estaba alineado y en equilibrio, con la Dientes agarrada a mi vestido intentando sujetarme sobre aquel pedrusco, con mucha concentración me dispuse a abrir el huevo Kinder. Para mi sorpresa me encontré con otra cajita en el interior, ésta ya sin ninguna decoración, las dos mitades del recipiente eran de plástico negro y se habían cerrado con tanta presión que resultaba imposible su apertura. Cuando tras muchos intentos conseguí abrirla, ¡apareció otra cajita, Shirley! Era como una broma cruel de regalo de cumpleaños. Esta era también negra, pero con tapa metálica. ¡Deberían dar el huevo Kinder con instrucciones de manejo! Ni dejándonos primero las uñas y luego yo los dientes (por más que le pedí el favor a la Dientes, se negó rotunda por miedo a que se le partiera alguno de su flamante dentadura) conseguimos levantar esa tapa de metal. Yo sabía que había que tirar la bolsa con las cenizas porque lo había visto en las películas y nunca vi tirar directamente la urna al agua, que era lo que me daban ganas de hacer, tirar la urna tal cual y ver como mi madre navegaba hasta América y se despertaba en Nueva York.

Como yo era la que me encontraba más cerca del agua, le pedí a la Dientes que intentara buscar un destornillador o una punta de cuchillo o que preguntara en un bar si tenían por casualidad un cartucho de dinamita. ¡Imposible abrir aquella tapa! Pasados unos minutos y mientras observaba cómo se iba congregando una pequeña multitud sobre el puente para observarnos, volvió la Dientes con un destornillador gracias al cual conseguimos levantar la puñetera tapa para encontrarnos ¡por fin! con una bolsita de plástico que, de pronto, no podíamos dejar de mirar, …*Señá Margarita eso es un diente, ¿verdad?...* porque las dos vimos exactamente lo mismo.

¿Cómo se había salvado ese diente de la quema? Igual era el diente de otra persona y al limpiar el horno cayó en la bolsa de las cenizas de mi madre. A mí ese diente no me sonaba, claro que tampoco estaba yo muy segura, a una mujer que se ha pasado toda su vida refunfuñando, es muy difícil que se le pueda reconocer un diente. El caso es que por más que sacudíamos la bolsa para ocultarlo, el diente aparecía siempre pegado a la superficie de la bolsa, totalmente visible. Si ya me resultaba desagradable la sensación de tener a mi madre en la palma de la mano, el puto incisivo lo hacía mucho más complicado, costaba imaginar que mi madre hubiera quedado reducida a un puñadito de cenizas y un diente. …*Adiós madre, gracias por todos estos años….* No hubo mucha más ceremonia Shirley, y si llego a saber lo que ahora sé, te juro que estampo las cenizas contra la cara de la gente que se iba agolpando en la barandilla… Abrí la bolsa, me despedí de ella con un suspiro y dejé caer las cenizas sobre la orilla del río. Me sorprendió el sonido de aplausos desde el puente y es que, Shirley, cuando miré arriba me encontré con un montón de cabezas contemplando nuestra ceremonia ¡Qué vergüenza Shirley, todo el mundo mirándome hacer piruetas en la roca con el monito agarrándome la falda!

Un Malaputa susurró en el aire como una ligera brisa y me estremecí un poco, pero no te vayas a creer que me tranquilicé porque al volver la vista al río allí estaban las cenizas, estáticas. La nula corriente no las movía hacia ningún lado y eso que el Guadiana según el refrán “viene y va”. Pues ese día el Guadiana decidió plantarse. …*Yo no quiero entrometerme Señá Margarita, pero esto no es muy normal ¿verdá? ¿está usté segura de que no la han quemao con la silla de ruedas? ¡Fíjese ahí, si se ve el diente al fondo! ¿No será que su madre quería que se quedara usté el diente de reliquia para que se hiciera un collar o un anillo? -Dientes, busca un palo y tráemelo ahora mismo….* Palo en mano, agité las cenizas para que desparecieran de nuestra vista y, aunque no se fueron, el agua turbia que levanté con el movimiento hizo que al menos no viéramos el diente. Por más que la Dientes insistiera en que me quedara el Huevo Kinder para hacer una bombonera, todos los tuppers fueron a parar al primer contenedor de basura que nos encontramos.

Para cuando quisimos volver al coche, el público ya se había dispersado. Aún tocaba hacer una parada en la Plazuela de la Soledad. Yo le pedí ayuda a la Dientes fingiendo no recordar cómo llegar a la plaza, ¡dónde tantas veces fui con mi santa madre! Y tras preguntar a los pueblerinos que pasaban por allí, por fin dimos con el sitio. Allí se encuentra la ermita que alberga en su interior a la Virgen de la Soledad, algunas imágenes religiosas, Shirley, te ponen a prueba sobre tus creencias, y te juro que eso es lo que sentí. La imagen me estremeció, al estar frente a la Virgen me hice pequeñita por unos segundos. La paz y la sonrisa que esa señora estática proyectaba hizo que se llenara de vida, movimiento y amor. Y allí nos quedamos las dos sentadas en un banco, estáticas como la Virgen, contemplándola durante mucho, mucho tiempo. La Dientes, como no tiene ni idea de arte ni debe de saber lo que es la fe, se quedó dormida apoyada en mi hombro, pero como yo quería seguir contemplando aquella imagen poderosa no la desperté hasta que mi estómago hizo que saltaran todas las alarmas.

Comimos en la misma plaza. Puedo asegurarte que fue uno de los mejores manjares que jamás había comido en mi vida. Marisol será imbécil, pero ¡cuánta razón tenía con Badajoz!, todo lo que allí se come te invita a quedarte durante meses. *... ¡Qué rico esta todo, Maricarmen!…* Estaba muy emocionada Shirley, por fin había salido de Madrid y había cumplido mi sueño de probar la manteca colorá. Pero no puedo contarte mucho más, porque a la vuelta, estaba tan cansada que opté por tumbarme en el asiento trasero y me quedé dormida nada más arrancar el coche. Abrí el ojo cuando la Dientes me despertó para decirme que ya habíamos llegado a mi casa*. … ¿Quié usté que suba y le prepare algo de cena? -No Dientes, me voy directa a la cama que estoy muy cansada, ha sido un día verdaderamente agotador....* La Dientes se ofreció a prepararme la cena, pero lo hizo bostezando y poniendo los ojos pequeñitos como si tuviera sueño. Igual quería darme lástima fingiendo que ella también estaba cansadísima, ¡qué teatrera! Le dije que no hacía falta, pero me quedé con ganas de preguntarle por su cansancio. No entiendo cómo se puede cansar alguien cuando va tranquilamente conduciendo. Esa noche, al llegar a casa, me di cuenta de que mi madre ya no danzaba por el salón y por primera vez me sentí realmente sola, no tuve ni fuerzas para sentarme un rato a ver la tele. ¡Hay que ver Shirley lo agotador que es un viaje en coche cuando no eres tú la que conduces! Pero aunque estuviese tan agotada, debí haber sacado fuerzas para ponerme a buscar inmediatamente. En cambio, Shirley, pasé de todo ¡y ni siquiera había echado la llave cuando marché a Badajoz!, ¡qué insensata!

Al día siguiente me levanté tarde y sin prisas. Pasé un rato viendo la televisión; tuve que conformarme con las noticias. No pensaba aparecer por el trabajo hasta la siguiente semana. Pedí unos días para ir entre otras cosas al notario a arreglar papeles. La verdad es que cuando sucede una cosa de estas no sabes por dónde empezar. Supuse que lo lógico sería ir a un notario y aquí Shirley, en el barrio de Salamanca, tocamos a diez por persona. De todas formas, aunque hubiese querido ir a trabajar, las tostas con manteca no me lo hubieran permitido. Y ahora, con lo que ha pasado, me asalta la duda de si tengo que ir a un notario o directamente a la policía, ¡no sé qué hacer, Shirley!.

En la pantalla del teléfono no había ninguna llamada perdida. Bueno sí, Kasandra me había llamado siete veces, pero aparte de eso no había ninguna llamada perdida, luego recordé que hacía mucho tiempo que ya no recibíamos llamadas. A Kasandra no la he llamado en la vida no te vayas a creer que tenemos una relación estupenda. Pero ahora que mi madre ha muerto no para de llamarme buscando carnaza para tener algún chisme. Necesitará saber cómo tengo decorada la casa, si me he quedado sola, si me queda alguna pensión por mi madre, si mi madre estuvo liada con alguien famoso. Para eso llama, porque antes de inventarse lo que va a contar te da la oportunidad de que tú le des tu versión de los hechos, aunque luego ella se lo invente de todas formas.

La Dientes me dijo que no me preocupara por la petición de mis días, que yo no estaba para estas cosas ahora y que ella misma se encargaría de ir a hablar con el director para decirle que a mi vuelta solicitaría el permiso correspondiente. La noche anterior, antes de marcharse con el coche, preguntó si podría acercarse un rato a mi casa para ver qué tal me encontraba y de paso traerme algo de comida. Mi negativa fue tan rotunda que no dejó lugar a más explicaciones, necesitaba estar sola, tan sola como había estado siempre, pero ahora sin mi madre. Y como no tenía nada mejor que hacer, no tuve más remedio que armarme de valor y afrontar lo inevitable, entrar en su habitación. Me vino a la cabeza una frase que he oído millones de veces, “todo está tal cual lo dejó”. Todos los objetos se quedan paralizados en el tiempo, inertes, sin vida y, sin embargo, entrar en esa habitación me sigue encogiendo el estómago. Me sobrecoge y me hace un poco de gracia la frase. ¿Cómo iba a estar?, ¿alguien después de muerto llega a la habitación y la pone patas arriba? No tenía opción, cerrar la puerta de su habitación y dejarla así para siempre no me parecía una solución, máxime cuando en mi cabeza aún rondaba la intriga por saber qué habría dejado mi madre para San Germán. Ahora lo entenderás, Shirley, enseguida, pero es que cada vez que intento escribirlo me pongo muy nerviosa.

Dicen que todos tenemos un sexto sentido, una intuición, una premonición que nos advierte de las cosas que van a suceder. En mi caso, ese sexto sentido se activó justó en el momento en que había tomado la decisión de no ser cotilla y no investigar, me daba exactamente igual lo que mi madre le hubiese dejado al cura, si no quiso contármelo en vida, no era el momento de entrometerme en sus últimas voluntades. Ya en su habitación y con el estómago encogido, opté por lo más sensato: llamaría al cura y le diría que viniera él mismo a buscar lo que mi madre le había dejado y que de paso, se llevara toda su ropa y sus cosas personales. Eso sí, el día que viniera no debía perfumarse porque no quería tener su olor en casa durante semanas.

Era su voluntad, Shirley, y a mí me daba un poco igual, además, me ahorraba tener que estar mirando sin ganas entre sus cosas. Y justo cuando ya lo había decidido y salía de la habitación para llamar por teléfono a la parroquia, el sexto sentido me detuvo en seco como si me agarraran por la espalda y me aconsejó correr a hurgar en las pertenencias de mi madre y cotillear sin escrúpulos. Así me lo dijo, Shirley, “cotillea un poco mujer”. Nunca antes había podido ver sus cosas sin estremecerme. Pero mi sexto sentido me giró el cuerpo y me lanzó de nuevo a la habitación a cumplir mi cometido y me puse a revolver sin piedad entre sus cosas. ¡Qué gran olfato el de mi sexto sentido! Segundos después, mi sentimiento hacia San Germán se transformó de repente; nunca quise verlo y en cambio ahora estoy deseando tenerlo delante para arrancarle su puta melena.

Durante todos los años que viví con mi madre, jamás me atreví a entrar en su habitación. Las pocas veces que me dejaba sola en casa (ni siquiera en su última etapa de vida cuando ya apenas se levantaba de la cama) nunca fui capaz de mirar ni un solo cajón, me quedaba a su lado como una extraña, incapaz de moverme. ¡Demasiados años con la prohibición absoluta de entrar en su cuarto! En cambio ella tenía todo el derecho a entrar en la mía y fisgonear hasta la última revista que hubiera escondido en mi habitación. Una vez, al salir del trabajo, pasé por la plaza de Chueca (nuestro barrio gay en Madrid), estaban repartiendo preservativos para prevenir la infección del Sida. En un acto reflejo lo cogí y me lo guardé en el bolso, no quería parecer ridícula ni antipática ante la persona que tan amablemente me ofrecía aquel preservativo. Además, me hizo gracia pensar que si me lo estaba ofreciendo era porque había visto en mi la posibilidad de ser una folladora pecadora. En uno de los momentos de limpieza del bolso debí dejar inconscientemente el preservativo en un cajón de la mesilla y allá que fue mi madre en una de sus inspecciones. Todavía hoy puedo recordarla, preservativo en mano, llamándome todo lo que se puede llamar a una zorra folladora, pecadora empedernida y blasfema. Por aquel entonces yo tendría unos cuarenta años.

En eso éramos totalmente diferentes, ella no tenía ningún escrúpulo y en cambio yo, por no escuchar sus gritos, nunca me atrevía a mirar en su habitación otra cosa que no fuera la cama, porque si lo hubiera hecho te lo estaría contando ahora mismo, a ti no voy a mentirte. Con esa baza jugó la muy zorra durante toda su santa vida, sabía que yo era muy cobarde. Mientras pudo valerse por sí sola, incluso estando ya en silla de ruedas, se encargaba personalmente de ordenar su armario y sus cajones. No había cerrojos ni en la puerta de su habitación ni en sus armarios, salvo en una única puerta, que por alguna razón que yo obviamente desconocía, siempre permaneció cerrada, incluso llegué a pensar durante un tiempo que la llave se había extraviado hacía mucho y que, por esa causa, ese cuerpo del armario nunca se usaba, ¡qué ingenua!

En resumen, cuando por fin entré en su habitación, animada por ese sexto sentido, me invadió de nuevo esa sensación de entrar en un terreno prohibido. Olía a ella, bueno, en realidad toda la casa sigue oliendo a ella. La cama recién hecha, tal y como la había dejado la Dientes, el vaso ya no estaba en el suelo y se respiraba una sensación de extraña normalidad. Es una habitación bastante grande pero muy austera: un gran armario ropero de tres cuerpos y otro más pequeño de un solo cuerpo (este era el que siempre estaba cerrado con llave). En una ocasión me dijo que allí guardaba su colección de biblias, razón de más para que nunca se me hubiese ocurrido mirar (yo odiaba las biblias porque me recordaban al cura y al mismo tiempo me alejaban de Dios). Una cama de noventa centímetros articulada, un par de mesillas muy antiguas, una a cada lado de la cama y cómo no, Shirley, un enorme crucifijo en la cabecera, un crucifijo que desde pequeña me daba miedo y ante el que siempre debía santiguarme por temor a que me hiciera algo malo. Toda mi vida salí de esa habitación caminando de espaldas mirando al crucifijo.

Encontré la llave donde supuse que la había escondido, ya la había visto alguna vez meter la mano allí, en el estante donde guardaba las zapatillas antiguas, las que ya no usaba. Estaban tan viejas y deshechas que nadie se hubiera atrevido a meter la mano en semejante sitio, hasta a mí me dio un poco de asco y eso que eran de mi madre. Me tembló un poco la mano al coger aquella llave y me estremecí aún más al introducirla en la cerradura ¡por primera vez en tanto tiempo! Y allí estaba yo, con la puerta prohibida abierta de par en par, observando aquel gran tesoro oculto para el resto de la humanidad al final de la vida, …*Tú lo sabes, Maricarmen, que, aunque nunca me haya caído bien, yo siempre traté a mi suegra con mucho respeto. Jamás le he dicho nada a mi marido para separarle de su madre, tú lo sabes Maricarmen. Y mira que era una mujer religiosa, que me amenazó con un cuchillo cuando quise ponerle a la niña un nombre que no estaba en el santoral. Lo sabes porque te lo he dicho mil veces que a mí me hubiera gustado llamarla Treblinka porque sabes que me encantan los nombres rusos Maricarmen. ¿Adivina qué hemos encontrado en el cajón de su mesilla al vaciar el piso?, ¡un consolador Maricarmen!, ¿te lo puedes creer? Es que cada vez que recuerdo la cara de mi marido con el consolador en la mano y preguntándome qué era eso, me meo de la risa. De verdad Maricarmen no le digas esto a nadie, y deja ya de reírte…* Por mucho que quieras esconder tus cosas siempre vendrá alguien que tendrá en sus manos tu secreto, no merece la pena esconder nada porque cuando no estés alguien lo va a encontrar. Una vez Marisol le contó a su compañera de Registro los secretos que habían encontrado en casa de su suegra cuando esta murió. Por mucho que uno quiera ocultar, en algún momento, más tarde o más temprano, todo sale a la luz, Shirley.

Resultaba curioso que el armario de las biblias, aparentemente, no tuviera ninguna. No entendía ese celo de mi madre por mantener aquella puerta cerrada si solo había ropa. Yo esperaba encontrarme algún tesoro valioso: dos Goyas inéditos o alguno de los huevos perdidos Fabergé semiocultos por una montaña de biblias de todos los colores y con distintas y costosas encuadernaciones, y papeles, muchos papeles. Pero allí solo había vestidos y combinaciones, casi todos de color negro, sus cajitas negras con las sábanas blancas con encajes en su interior, una pequeña cajita de cartón con un tremendo olor a naftalina donde guardaba su vestido de flores estampadas, aquel que había viajado con nosotras al encuentro de mi padre, y su pequeño joyero sin apenas joyas (casi todas se las había dado a los negritos de África hacía mucho tiempo), aunque conservaba en su interior unos pendientes que, según me comentó una vez, eran de su bisabuela. Lo primero que pensé fue que le dieran por el culo a la bisabuela, seguro que me daban algo por los pendientes y me hacía falta un abrigo nuevo. ¡Y de pronto Shirley, apareció! Allí estaba ella en su caja original, escondida entre las cajitas con encajes y combinaciones, ¡la Nancy enfermera! ¿Era la última broma macabra de mi madre? La Nancy enfermera con más de cuarenta años de retraso. ¡Mi Nancy!

Como jamás supe de su existencia no me atrevía ni a tocarla. Al principio pensé que en algún momento de su vida, quiso ser bondadosa conmigo y decidió comprármela. Pero conociéndola como la conozco, sé que la dejó allí para que yo la encontrara y me sintiera como me siento ahora mismo, una mierda de hija que odia a su madre con todas sus fuerzas. Me senté sobre la cama con la caja entre las manos y me puse a observarla, se me parecía un poco, ya no pensaba en mi madre, pensaba en mí. La felicidad hubiera sido tener la Nancy de niña; y no cualquier Nancy, la enfermera. Tener esa muñeca en mi habitación, vestirla y peinarla cada día, contarle mis aventuras con los chicos a medida que fuera creciendo, en resumen, una confidente en condiciones y no tu pared o tu piedra o mi silla. Durante un segundo estuve a punto de llorar y un segundo después pensaba en mi madre con cariño. No sé por qué, pero se me pasó en cuanto lancé con todas mis fuerzas la caja de la Nancy contra la pared. Se abolló un poco, pero ni me molesté en recogerla, allí se quedó tirada marcando el punto exacto donde seguiría tirando y amontonando todas las cosas que fueran apareciendo en el armario. Pero antes tenía que encontrar el precioso regalo que mi madre reservaba para él.

Lo que en principio iba a ser algo metódico y ordenado, pasó a ser, en un segundo, un revoltijo de prendas volando por la habitación para terminar cayendo en aquel rincón donde, poco a poco, la Nancy iba quedando enterrada. Encontré más ropa interior suelta, más olor a naftalina, más bolitas de naftalina vestidas con ropa interior. De nuevo pensé que sería mejor cerrar la puerta, volver con unas bolsas grandes de basura, meter todo dentro, Nancy incluida, y llevar las bolsas a cualquier iglesia, a cualquiera menos a la de la Germana.

Cuando aquellas prendas de ropa (minutos antes apiladas y minuciosamente dobladas y ahora amontonadas y arrugadas en una montaña desordenada), fueron desapareciendo poco a poco del armario, dejaron al descubierto una caja de zapatos despistada que no debía estar allí. Su lugar era el otro armario, junto al resto de zapatos. Además, aquellos no podían ser ni de mi madre ni míos, la talla impresa en la caja marcaba el número cuarenta y cinco. Estaba precintada con papel celo y por el desconchón del cartón, ese celo había sido levantado y pegado de nuevo cientos de veces. En algún momento mi madre decidió que ya no volvería a abrirse más y la selló con otro tipo de cinta de embalar, cinta americana. Si el cura quería abrirla ya podía esmerarse, o hacía un milagro o nada, cerrada para la eternidad. Tenía un letrero escrito en pésima caligrafía, “Biblias para el Padre Don Germán el día que yo ya no esté”. Por fin aparecieron, allí estaban las biblias incunables.

¡Qué zorra! Lo tenía todo preparado y pensado, la muy puta sabía la cara que pondría al leerlo tras descubrirlo en algún momento en el armario. Podría haberle dejado el encargo a la chica que la cuidaba, recoger la caja y llevarla a su jefe, al fin y al cabo la chica trabajaba para San Germán. O podría habérsela dado directamente a San Germán en persona aprovechando algún momento en que yo estuviese trabajando. Sin embargo, por alguna razón que desconozco, mi madre quiso que fuera yo la responsable de acometer su encargo. Otra broma cruel, otra más, lo quisiera o no, me tocaba visitar al cura. Para compensar puso a la Nancy a fin de ablandarme el corazón y que me sintiera obligada a llevarle la cajita. Por esa razón no había visto ninguna biblia en el armario, estaban todas dentro, por eso pesaba tanto el paquete. ¡Qué zorra! ¡Hasta después de muerta me obligaba a mantener contacto con aquel cura asqueroso! Era una lluvia de regalos, una rifa cruel en la que a mí me tocaba la Nancy y un buen tirón de pelos y al cura las biblias y toda la ropa, seguro que la lencería no la mandaba al África, se la quedaría para él, para ponérsela en sus noches de lujuria, estaba segurísima.

Me senté en la cama con la caja sobre las rodillas, pesaba como un demonio muerto y me hacía daño en las piernas. Quería saber lo que escondía para poder contártelo, Shirley, me hacía gracia descubrir su secreto, aunque la verdad es que yo siempre había respetado su intimidad y no era cuestión de cambiar ahora, total, eran solo cuatro biblias. Pero claro, ¿y si hubiera una carta de amor?, aquella que siempre sospeché pero que nunca vi. ¡Menudo descubrimiento sería! Saldría corriendo a buscar a Dorita, la de ultramarinos, viviera donde viviera y le llevaría la carta. Dorita nunca más volvió a hablarme tras descubrirse que todo era invención mía. Varias veces me llamó gorda mentirosa al cruzarme con ella por la calle, pero nada más.

Estaba muy nerviosa, dejé la caja en la cama y me fui a buscar mis magdalenas con chocolate, tenía muchas dudas y resolví que lo mejor sería respetar la privacidad de mi madre. Pero de nuevo las dudas me asaltaban y pensé que debía abrirla. Que conste que la idea de descubrir la cajita era únicamente para poder contarte el contenido. Pobre mujer, si ya era triste enamorarse de un cura, más triste era enamorarse de un cura que por más que rompiera sus votos, jamás se habría ido con ella. Igual si mi madre hubiese sido un camionero robusto y se llamara Antonio habría tenido alguna posibilidad, pero siendo mujer, difícil. De todas formas lo que hubiera entre mi madre y el cura ese, ni a mí ni a ti nos debía importar en absoluto. He de confesarte, Shirley, que algunas veces me siento un poco presionada por tu curiosidad.

De pronto me vino a la cabeza todo lo que el cura maquinó para arruinarme la infancia y joderme la vida. Pero pasada esa etapa ingrata de la niñez, la verdad es que al hacerme mayor y tomar económicamente las riendas de nuestras miserables vidas ya no me molestó nunca más. Siempre que venía a casa a ver a mi madre lo hacía en mi horario de trabajo, por eso nunca volví a verlo. Pero eso sí, siempre sabía cuándo había estado visitándola por el olor a vela y perfume que dejaba en el pasillo, Chanel número 5 era su carta de presentación. Yo siempre pensé que siendo mayor y tan grande, un poquito de miedo debía de darle al cura, y en cuanto mi madre se postró en la silla de ruedas la primera instrucción que recibió el portero de la finca fue prohibirle la entrada.

Tras muchas cavilaciones, ya había decidido no abrir la jodida cajita y entregársela al cura sin mayor dilación, cuando sonó el timbre de la puerta. Me sobresalté un poco, pero evidentemente debía ser alguien conocido y las únicas opciones posibles eran el portero o la Dientes, que al salir para el Tanatorio se paró a saludarlo y darle explicaciones de lo ocurrido, así que seguro que el portero le habría permitido pasar sin avisarme antes.

Una lástima, para una vez que el portero descubre que por fin tengo una amiga, resulta que es muy fea. … *¿Qué quieren a estas horas hermanas? – Margarita, cariño, nos envía el Padre Germán, venimos a acompañarla en su dolor. -Pero si yo estoy estupenda, no me duele nada. -En el dolor por la pérdida de un ser tan querido para usted. -Ah, ¿y por qué no me acompañaron en el tanatorio y en la incineración que era cuando más me dolía? Se lo digo porque a mí ahora mismo no me duele nada hermanas, bueno, las rodillas, pero eso es continuo desde pequeña. -Ha sido una perdida muy grande cariño, su madre era una mujer muy volcada en la fe. Los últimos días de su vida le contó al padre que quería que su ropa se la diéramos a los pobres y que sus biblias se donaran a las escuelas de niños necesitados de fe. -A mí no me dijo eso hermanas, en el último minuto me dijo que quería que su lencería se expusiera en el Centro Cultural de la Villa -Margarita, no se pueden hacer bromas con las últimas voluntades. Sabemos que es un trabajo doloroso para usted desprenderse de todo aquello que le recuerde a su santa madre, por eso venimos a ayudarla y a llevarnos toda la ropa que fuera de ella. ¿Ha mirado ya en los armarios la ropa que quiere tirar? -Muchas gracias, hermanas, no saben cómo se lo agradezco, además pensaba decirle yo misma a San Germán que pasara por casa a llevarse las cosas de mi madre, que seguro que hay cosas de su talla, así tomábamos un café y nos poníamos al día de sus hazañas pero es que todavía no he sido capaz de entrar en su habitación. Imagínense, abrir sus armarios, su olor, sus zapatos. Todo está tal cual lo dejó. No hermanas no tengo fuerzas. Cada vez que lo intento me pongo a llorar. -Margarita, abra la puerta cariño, estamos aquí para ayudarla. -No puedo hermanas, necesito prepararme mentalmente para abrir la puerta de su habitación. Lo harán ustedes y no saben cómo se lo agradezco. Por favor, vengan mejor mañana y llévense todas sus cosas; Ah, y no vengan muy temprano que mañana no trabajo y yo no le abro la puerta ni a su jefe supremo...* No, Shirley, no era la Dientes, eran las monjitas de San Germán, me pillaron mirándolas por la mirilla de la puerta. Ni loca se me hubiese ocurrido abrirles, simplemente mantuvimos una pequeña conversación amistosa, se ofrecieron a llevarse la ropa de mi madre y les pedí que volviesen al día siguiente, y oye, como por arte de magia, nada más decírselo miré por la mirilla y se habían esfumado, ya no estaban. Si esto me llega a pasar a las doce de la noche me largo a dormir a casa de la Dientes a Carabanchel. Ni te imaginas el miedo que da ver a dos monjas a través de una mirilla, no podía ni creerlo, hasta llegué a pensar que me había inventado la conversación con ellas de los nervios que tenía.

Y como era lógico y natural, Shirley, ese pequeño detalle desencadenó lo que quería contarte al principio, un cambio total en mi pensamiento y, como hubiese hecho cualquiera, salí corriendo a la habitación, cuchillo en mano, para abrir la caja del cura.

Si tuviera ahora a mi madre delante le diría muchas cosas, creo que también le pegaría, sí, mi primer instinto sería saltar a sus pelos. Fue lo primero que se me pasó por la cabeza, darle de hostias hasta que por la inercia del movimiento, no le quedara ni un solo cabello. Luego ya me relajé un poco y pensé que antes de pegarle me hubiera gustado preguntarle muchas cosas. Lo sé Shirley, sé que es feo pegar a una madre, y aún peor desear reventarle la cara a hostias. Pensarás que soy una mala bestia, pero si hubiera podido agarrarla del pelo hasta que me justificara el contenido de aquella caja seguro que me habría quedado mucho más tranquila… Nunca tuve nada, Shirley, todo era para otros. Primero para los niños de África, y luego para los niños pobres de la iglesia de San Germán, aunque yo nunca vi niños pobres en aquella iglesia del barrio de Salamanca, sólo señoras muy bien vestidas que disfrutaban con las gracias de un cura más joven que ellas. Salvo las magdalenas con chocolate que mi madre preparaba, nuestras comidas siempre fueron austeras porque había que ayudar a los niños pobres de la iglesia. Hasta las televisiones nunca eran nuestras, las heredábamos de una vecina consumista y no veas la rabia que me daba ver los dibujos de Heidi en blanco y negro.

Mi madre era la encargada de administrar el dinero y claro, nada se quedaba en casa. La escasa pensión que le arreglé era íntegra para la iglesia, gran parte de mi sueldo (te puedo garantizar que el de una auxiliar en el Estado no es para tirar cohetes) también terminaba en manos de San Germán, lo que motivó que yo, asustada, empezase a engañar a mi madre con mi salario y a ocultarle la cuantía para poder tener algunos ahorros. Por ejemplo, jamás le revelé la existencia de los trienios y, con el tiempo, me los fui quedando todos para mí. En una ocasión acerté cuatro números en la primitiva y me obligó a darle el dinero del premio porque San Germán le había dicho que el dinero maldito ganado en los juegos de azar solo se blanqueaba haciendo el sacrificio de dárselo a los pobres. Ese día la odié como nunca. San Germán decía que la Iglesia era el banco de los pobres y que a través de sus sucursales daban crédito a todo el mundo.

Siempre tuve claro que aquel cura disfrutaba utilizando a mi madre para joderme la vida. Nunca podía ir al cine porque ese dinero lo necesitaban los niños pobres para estudiar y no debía malgastarse. Tampoco tuve nunca más de cinco vestidos en el armario y prácticamente todos comprados de saldo en los mercadillos, jamás pude comprarme zapatos nuevos hasta que no se hubiesen roto y descompuesto los que llevaba, nunca estrené un abrigo, los que tenía eran heredados y parcheados innumerables veces, y así todo Shirley. Pero con esto que te cuento no te vayas a creer que en el trabajo piensan que soy una dejada, ¡qué va! Bastante tienen con pensar que estoy empastillada. Cuido la ropa al milímetro, hasta el último hilo oculto de la costura …*Que envidia me das Margarita, tú siempre tan sencilla vistiendo, como se nota que no tienes que preocuparte por el marido, ya me gustaría a mí ir siempre igual, pero mi marido erre que erre, que hay que arreglarse como si fuera el día de la boda todos los días. -Claro Marisol, si es que para lo poco que salgo últimamente tampoco necesito mucho más y además este año vuelven a llevarse las blusas estampadas. -Sí, mujer, pero no con tanta hombrera…*. ¿sabes lo más curioso Shirley? Pues que las cosas que tanto me importaban de niña, con el tiempo, poco a poco, se han vuelto insignificantes y ya no les presto atención. A fuerza de sacrificios crecí siendo consciente de lo poco que se necesita realmente para vivir, y cuando a veces ese argumento no me convence y me enfurezco por tanta injusticia, me consuelo pensando que estando muerta como estoy ¿qué necesidad tengo de comprarme nada? ¿Qué caprichos se puede dar un muerto?

Resumiendo Shirley, no sé si los niños pobres de San Germán eran realmente pobres. Lo que sí tengo claro es que yo sí que fui una pobre niña desgraciada y acosada por las intrigas del cura. Ahora, visto ya el contenido de la caja, me pregunto si los niños pobres de San Germán iban a Disneyland París todos los años, porque con todo lo que les daba mi madre seguro que les llegaba para hacer un viajecito, y hasta dos. En fin, Shirley, lo que no me cabe en la cabeza y por más vueltas que le doy no logro entender es ¿qué coño hace en mi casa una caja de zapatos con más de quinientos mil euros en billetes grandes de quinientos? Imagino que mi madre debió de ir cambiando pesetas por euros y después cambiándolos poco a poco en billetes grandes en el banco para que ocuparan menos espacio. Pero semejante cantidad no era fácil de acumular y de cambiar sin llamar la atención ni levantar sospechas en el banco o incluso en Hacienda, a no ser que los hubiera cambiado en diferentes sucursales del barrio que, al igual que pasa con los notarios, también tocamos a diez por vecino. Sí Shirley, lo he contado y recontado varias veces, exactamente ¡QUINIENTOS VEINTIÚN MIL QUINIENTOS EUROS!… ¿Cómo le explico yo esto al notario? O peor aún, ¿cómo se lo digo a Hacienda?

¡Joder, Shirley, estoy atacada! Después de muchas magdalenas con chocolate sigo sin poder tranquilizarme y descansar. Mi único consuelo ahora es escribirte y contártelo todo, animada por el pensamiento de que un día puedas leer mis memorias, las memorias de una auténtica gilipollas que se ha pasado la vida entera en la absoluta miseria, sin nada de nada.

Este pequeño armario que nunca antes pude ver, me va desvelando un pozo de secretos ocultos en su interior que van apareciendo al ir poco a poco vaciándolo. Cada nuevo secreto aumenta mi mala hostia y me revuelve las tripas, pero Shirley, soy incapaz de dejar de mirar, estoy ansiosa por saber. Descubro así que mi padre vivió en Benidorm hasta su jubilación. Tras mucho tiempo de camarero consiguió montar su propio restaurante y finalmente lo traspasó. Las cartas que encontré en el armario me revelan un padre preocupado por nosotras que durante muchos años le pidió a mi madre que nos fuéramos a vivir con él. Como tú y como yo, su pasión era vivir cerca del mar, pero eso sí, junto a nosotras.

El contenido de sus cartas dejaba muy claro que mi madre no contestaba casi nunca y, cuando lo hacía, era únicamente para darle respuesta negativa a sus propuestas. Mi padre le suplicaba siempre que dejase de jurar que nunca se iría con él y que jamás le permitiría tener contacto conmigo y que, al menos, le permitiera albergar la esperanza de que las cosas cambiasen algún día. En todas aquellas cartas se refería a un dinero ingresado para ayudar a nuestra manutención y, por las cantidades que indicaba, no debía de irle nada mal. Imagino que mi madre debió de ir ingresando ese dinero en una cuenta especial hasta que dejó de recibirlo. No acierto a comprender las razones para que mi padre desistiera, pero cuando después menciona el traspaso del restaurante, a la vez que indica que ha decidido marcharse a otra ciudad sin decir cual, vuelve a referirse a una gran cantidad de dinero que supuestamente ingresaba a mi madre para asegurarnos una vida sin problemas. Al menos ahora mi padre ha dejado de ser un perfecto desconocido, entiendo sus razones y ya conozco su nombre y apellidos. En sus últimas cartas el matasellos aparece fechado en Soria y en ellas hace referencia a que el dinero ingresado sirva para costearme la Universidad. A su manera también deja claro que, dado que yo no había querido saber nada de él en todo ese tiempo, había decidido no insistir más, y deseándonos mucha suerte se despedía de nosotras para siempre. Tengo que buscarlo Shirley, además, tengo una compañera que pidió traslado a la Seguridad Social así que estoy segura de que no me será difícil encontrarle.

No sé qué duele más, si sus mentiras ocultando el dinero que me estaba destinado, o el sufrimiento gratuito que nos ocasionó tanto a mi padre como a mí. Estoy rabiosa Shirley, de haber tenido un padre mi vida hubiese sido diferente, estoy segura. Sé que no es posible volver atrás y recuperar ese tiempo perdido, pero te aseguro que odiaré a mi madre y a ese cura malnacido durante todo el tiempo que me quede.

Sin duda San Germán debía de tener algo que ver con la decisión de mi madre de no volver con mi padre, pero estoy convencida que mi madre le ocultó siempre los ingresos que recibía y, sólo al final de sus días, tal vez arrepentida, le confesó al cura la existencia de ese dinero. No sé por qué razón, pero estoy segura de que así fue. En cualquier caso, Shirley, si nunca entendí a mi madre no entiendo qué hago ahora intentando averiguar sus razones. Era una mujer rara y extraña y jamás fui capaz, ni lo seré nunca, de entrar en su cabeza.

En cuanto mi madre, postrada ya en la silla de ruedas, necesitó asistencia y cuidados, aproveché mi momento y le prohibí tajantemente a la chica que la cuidaba permitir, bajo ningún concepto, la entrada al cura si quería conservar el puesto, y que no pretendiera jugármela porque, si al volver del trabajo olía a cera o a ambientador (y te garantizo Shirley que mi nariz es muy astuta para eso), ese sería su último día. También el portero estaba advertido, “si el cura ponía un pie en el edificio debía avisarme inmediatamente” y estaba segura de que iba a cumplir esa orden, no me cabía ninguna duda. Y no te creas que lo haría por ayudarme, sencillamente el salario de la portería lo cobraba en negro, tenía una pensión de invalidez y tenía que hacerlo así para mantenerla. Me lo contó una vez sin darle más importancia, y yo aproveché aquel desliz y mi condición de funcionaria para meterle miedo en el cuerpo si dejaba pasar al cura. Mi madre podría haberle dado la caja a la chica para que se la llevara directamente a San Germán pero, por mucho que mi madre lo amara, era racista, homófoba y xenófoba, vamos que habría sido capaz de comerse la cajita antes de dársela a una persona que estuviera dentro de sus odiosos rechazos.

En su arrepentimiento por haber ocultado a San Germán ese dineral, decidió dejarle también las cartas de mi padre para que conociera los detalles de los ingresos y de las conversaciones mantenidas con él durante tantos años. Y seguro que me puso ahí la Nancy para que yo, contenta con mi enfermera, no llegara a saber nunca de la existencia de mi padre. Joder, Shirley, ¡cuánta maldad la muy cabrona!

Ahora me pregunto si mi padre vivirá todavía para poder contarle el fallecimiento de la puta de mi madre. Aunque seguramente a estas alturas ya no le interese saberlo, quizás sí debería devolverle el dinero que nunca utilizamos y que, al fin y al cabo, es suyo. Bueno, a esto último, Shirley, creo que voy a darle una vuelta, igual no quiere que le devuelva todo, igual quiere seguir pagándome la Universidad.

Cuando hice mis tres promesas pensé que la más fácil de resolver sería la primera. Era sencillo Shirley, tan solo tenía que embutirme nuevamente en el vestido de lycra, caminar tranquilamente hasta la calle Montera y, como sigo siendo una mujer de buen ver, volver a casa con el primero que me hiciera una proposición. Quién sabe, igual hasta podría sacar algo de beneficio por vender mi más preciado tesoro, al fin y al cabo nadie se iba a enterar y dejaría zanjada la primera promesa. Eso sí, lo haría en la cama de mi madre, ese era el mejor sitio para dejar de ser virgen. ¡Ojalá se me apareciera la muy cabrona mientras yo gritaba de dolor y placer al perder mi honra! Pero, ¡qué tonta, Shirley!, Imagínate que lo hubiese hecho y, apareciendo en casa con mi nuevo acompañante, descubriera todo ese dineral en el armario; obviamente me daría dos hostias y me lo robaría todo. ¡Medio millón de euros por una simple promesa! ¡Qué poca cabeza! Por supuesto, seguiré adelante con ese plan, pero primero tengo que sacar el dinero de casa. Si me van a robar, que me roben sólo la honra. Lo único que yo quiero es ser una malaputa en su puta cama, Shirley.

Al menos mientras me recreo con esta idea peregrina se me va pasando el cabreo que tengo encima. ¡Mi padre estuvo en contacto con nosotras todos estos años y yo jamás tuve la oportunidad de hablar con él! Prefiero seguir pensando en mi imagen con el vestido de lycra caminando con algún soldado desconocido. Me quedo mucho más tranquila.

Lo que sí tengo claro es que no pienso seguir viviendo en esta casa, no hay razón para vivir en un lugar que odias. Además, es una casa enorme, demasiado grande para mí y ni siquiera tengo un solo recuerdo agradable que me apetezca conservar. Tampoco tiene sentido permanecer en un sitio que me trae recuerdos de todo lo vivido, prefiero olvidarlo y empezar de cero, aunque sea tarde. Olvidar, seguramente no podré hacerlo nunca, pero al menos no lo tendré delante golpeándome la cabeza. Eso sí, querría seguir viviendo en el centro, no sé cómo a la gente le gusta vivir en el extrarradio, a mí, personalmente, me parece una incomodidad. Así que, una vez que arregle los papeles de la casa la venderé para comprarme una más pequeña y por supuesto en el centro. ¡Y con terraza, Shirley! quiero tener una terraza para pasar las tardes en una tumbona peinando a mi Nancy, la pobre lleva tanto tiempo encerrada que, seguramente, me ha cogido alguna alergia al sol. La iría sacando poco a poco para que no se me asustara y se adaptara a la luz. Aunque ahora todo se me ha complicado, primero tendré que encontrar a mi padre y devolverle todo su dinero. Bueno, gran parte de él porque lo mismo me quedo con quinientos euros. No lo sé. Igual vendo la casa primero. Ahora es cuando empiezo a liarme.

Estoy pensado en bajar a pedirle consejo a San Germán. Puedo decirle que, además de la dichosa cajita, el último deseo de mi madre era vender la casa y que todo el dinero de la venta fuese a parar a los niños de donde sea (igual ahora pide para niños de otra zona del mundo, hay tantos pobres). Y mientras pienso esto y te escribo, me río yo sola imaginando la cara del cura al oírlo mientras le voy haciendo trenzas a mi Nancy. ¡Qué pelo tan bonito tiene, Shirley, ni una punta abierta, parece que estuviera peinando a la pobre Doña Inés!

En realidad no me importa tanto el dinero de la caja como el dolor de haber perdido la posibilidad de tener un padre y no haberlo podido disfrutar, como el dolor de haber tenido una madre tan cabrona que intentó llevarse ese secreto a su tumba ayudada por un cómplice asqueroso.

Pero Shirley, desgraciadamente y por mucho que me duela, hay que respetar las últimas voluntades de los muertos, y la suya era que terminara en manos del cura, así que voy a respetarla porque no puedo seguir más tiempo con esta caja.

# Cuatro

*Mi madre tenía una sinopsis idéntica para las series televisivas de la sobremesa que trataban sobre enredos familiares, todas se llamaban:*

*“…Otra serie de Putas y Maricones”*

**Primera promesa**: ¡ENAMORADA!

**Segunda promesa:** no cumplida, sin avances.

**Tercera promesa:** no cumplida, sin avances.

Querida Shirley: ¿has visto el avance de mis promesas? ¡Me he enamorado, Shirley! A ver si va a resultar que mi madre era gafe. Bueno, a ver, enamorarme me he enamorado muchas veces a lo largo de mi vida, en sueños he tenido tantos romances como alfileres me dio San Antonio, incluso más, ¡pero si hasta Steven Spielberg cuando se separó de Amy Irving me tiró los tejos! ¡Pero esta vez es real Shirley!, me he enamorado y estoy siendo correspondida. Estoy tan emocionada que necesito contártelo con todo lujo de detalles, sí, vale, es cierto, te he traicionado un poco, primero se lo he contado a mi Nancy, ¡qué poco expresiva es la cabrona! Normal, se ha tirado tanto tiempo encerrada en el armario que ni gesticular puede la pobre. Cuánta razón tienen cuando dicen que las cosas pasan por algo, si mi madre no se hubiera muerto no habría encontrado la caja de San Germán y si no hubiera encontrado la caja, no me habría enamorado, ¡qué caprichoso es el destino! Al final, y gracias a actuar honradamente, me llegó la recompensa, encontrar el amor de mi vida.